

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 7 - 13 noviembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 310

LA SEGURIDAD POLITICA TAMBIEN SE COTIZA

CAPITALES EXTRANJEROS CAMINO DE ESPAÑA

Una colaboración que suma más
de 2.000 millones de pesetas



La participación exterior en las
empresas nacionales limitada al
25 por 100 del capital social

Vea esta información en la pág. 3

LA SECTA DE LA LOCURA

Gran información sobre las perversiones religiosas en
Francia (pág. 55)

CHARLIE RIVEL, AMIGO DE LOS HOMBRES
La fabulosa historia de un payaso español, y universal,
por Carlos Luis Álvarez (pág. 52)

Carta del Director para los muertos (pág. 8) ● Los
ganaderos españoles se dan cita en Madrid (pág. 11) ●
Navarra, síntesis de España, por Diego Jalón, enviado
especial (pág. 15) ● En treinta días puede aprender a
leer un analfabeto (pág. 21) ● Carmen Laforet, novelista
universal (pág. 26) ● Problemática social, por Julio
Rosado (pág. 29) ● Santander, un abanico de tentacio-
nes para los ojos, por F. Carantoña, enviado especial
(página 32) ● Un inolvidable viaje político a Cataluña,
por Francisco Casares (pág. 45) ● El libro que es me-
jor leer: «La sal de la tierra», por André Frossard
(página 48) ● Barcelona, clave del universo. Una gran
Exposición de Astronomía (pág. 59)

EN EL FONDO DEL MAR
Novela por Rafael Morales





*Se acercan
los cambios
climatológicos*

*Prepara el
organismo con*

"SAL DE FRUTA"

ENO

MARCAS

PURIFICA Y ENTONA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

CAPITALES EXTRANJEROS
CAMINO DE ESPAÑA

LA SEGURIDAD POLITICA TAMBIEN SE COTIZA

Una colaboración
que suma más de
dos mil millones
de pesetas

La participación exterior en las
empresas nacionales, limitada al
25 por 100 del capital social

ESPaña es un magnífico campo de atracción para los capitales extranjeros. España vuelve a ser campo predilecto para la colaboración por el capital extranjero—bien sea en dinero, bien en maquinaria o en técnica—, por este grado de tranquilidad, de seguridad, de orden y de buena rentabilidad que nuestra actual situación política ofrece.

Es indudable que hoy el desarrollo industrial, en su aspecto intrínseco, ha sido tan grande, que ha de admitirse el apoyo de aquellos que estando en condiciones favorables para aportar dinero o maquinaria desean hacerlo sin dañar, como es lógico, los legítimos intereses de la industria nacional.

Es, pues, esta inversión extranjera—debidamente regula-

da por nuestro Gobierno—una señal óptima y esperanzadora, a la vez que un indicio perfecto y claro de la estabilidad política y económica de España. España ha pasado de ser presa fácil para el negociante extraño—en los años tristes de la incompetencia y apatía nacionales—a constituir una cierta y segurísima unidad económica, de amplias

Entrada de la fábrica Telefunken, instalada en Madrid

y magníficas posibilidades futuras, engarzadas con las realidades presentes, que hacen que las inversiones extranjeras, que en otro tiempo buscaban lejanos campos de trabajo, deseen la colaboración y el entendimiento con Empresas españolas, en las cuales la aportación de los capitales extranjeros—siempre en condiciones minoritarias; es decir, poseyendo éstos mucho menos del cincuenta por ciento del capital social—contribuye a la facilidad en la obtención de divisas, a la más barata y rápida obtención de modernísima maquinaria y a dejar una enseñanza técnica, traspasada al personal español, que hace elevar la productividad del mismo.

Vaya en este reportaje que ofrece EL ESPAÑOL a sus lectores una visión de cómo es la participación de capitales extranjeros en España, de cuáles son las condiciones en que se aceptan los mismos con el fin de no perjudicar en nada a la industria nacional ni a la libre iniciativa privada—que, por otra parte, pue-

Vista parcial de una de las naves de la fábrica SEAT, de Barcelona

de beneficiarse de esta colaboración—, con algunos ejemplos tomados de la multitud de casos que, a lo largo y a lo ancho de las instalaciones industriales recientemente inauguradas o ampliadas, pueden ofrecerse.

A España, pues, vienen los capitales extranjeros a cumplir dos fines: uno, invertir con seguridad su dinero para obtener una legal y cierta ganancia—objetivo lleno de lógica y justeza—; otro, colaborar con el capital español, en una armonía y un entendimiento difícilmente igualados en otros países.

España es, pues, un magnífico campo de atracción para los capitales extranjeros. He aquí una indubitable sentencia que así, sin más, pudiera parecer un dejar la economía española en manos extrañas, con grave perjuicio para los industriales españoles volviendo a épocas que fueron funestas. Nada de esto ocurre. España, ante el mundo y ante aquellos otros países que antaño y para esto ofrecían ventajas—hoy día pérdidas—, sirve de ejemplo.

PENICILINA JUNTO AL TAJO

A la derecha del Tajo, en el Real Sitio de Aranjuez, ha crecido un conjunto blanquecino de edificios. Unas chimeneas, rompiendo el cielo tranquilo del paisaje, señalan la presencia de un fuerte complejo industrial. Para los habitantes de Aranjuez la estampa de aquellas fábricas es conocida y ya incluso considerada como algo propio, como algo consustancial. Para el visitante ajeno que llega con el simple propósito de pasear en barca por el río, de grabar, en el recuerdo los matices y los paseos de los jardines y de contemplar el clásico arco abierto de las colas de los pavos reales, no puede por menos de preguntar:

—¿Qué es eso?

Cualquiera, hasta los niños más pequeños, puede darle la respuesta:

—Esa es la fábrica de penicilina.

Pero un técnico, impuesto en la especialidad, concretaría más:

—Es la C. E. P. A. (Compañía Española de Penicilina y Antibióticos, Sociedad Anónima).

Hace apenas ocho años obtener penicilina en España costaba, además de dinero, casi influencia diplomática. Acababa de industrializarse en América para el mundo la fabricación de penicilina y, por otra parte, el conflicto de Corea inmovilizaría grandes partidas de antibióticos para poder cubrir, en determinado momento, las necesidades sanitarias de un mayor y más poderoso ejército en combate.

Estados Unidos, con su enorme capacidad industrial, era sin duda la potencia más perfecta y más adelantada técnicamente en la fabricación del medicamento que descubriera Fleming y que más tarde Waksman redondearía con la aportación maravillosa de la estreptomocina, complementadas ambas con toda la secuela de antibióticos que, bajo el influjo de los estudios y de los descubrimientos primeros florecieron después.



Una sección de la industria italiana de los «Vespa», que se construye actualmente en la fábrica de Canillejas.

Una nación sin penicilina ni estreptomocina no puede vivir hoy. Los antibióticos son más que artículo de primera necesidad. Por ello un grupo de hombres españoles, orientados por la Dirección General de Sanidad, resolvieron crear en España una fábrica de penicilina que diera seguridad absoluta frente a la escasez extranjera o en el caso de un conflicto mundial.

El 10 de octubre de 1949, ante el notario de Madrid, don José Luis Díez Pastor, quedaba constituida una nueva Sociedad con un capital de cuarenta millones de pesetas, que en 1951 fué elevado justamente al doble: ochenta. Aceptadas las acciones totalmente por capital español, quedaba por saber en qué forma, modo y manera intervenía el capital extranjero. Porque el notario en la constitución, había leído:

—Objeto social: Fabricación de penicilina y antibióticos en general en cooperación con la casa Merck & Co. Inc.

Aquí se dió, y se da, la aportación extranjera en forma exclusiva de procedimientos de fabricación—adaptados al volumen de autoabastecimiento nacional— y de enseñanza de técnicos españoles en los laboratorios de la casa Merck en los propios Estados Unidos.

Los beneficios de la casa Merck son obtenidos en función del volumen total de las ventas. De este volumen un justo canon, convenido de acuerdo ambas partes, marca los beneficios de la casa americana. Los demás dividendos son repartidos entre los accionistas españoles. Y el negocio—en la parte tal—es próspero.

Instalada la maquinaria en Aranjuez y vueltos los técnicos españoles de Norteamérica, el proceso de fabricación de penicilina es totalmente español. Con una advertencia: analizadas la penicilina y estreptomocina que se fabrican en Aranjuez por el pertinente Servicio de Sanidad en los Estados Unidos ha dado como resultado que el margen de seguridad exigido en ella sea superior al corriente en América. Con lo cual dos instituciones están doblemente satisfechas: la casa Merck y la Compañía Española de Penicilina. Porque la calidad técnica del producto es má-

xima y porque el mercado español responde con su compra al esfuerzo.

LA SOBERANÍA INDUSTRIAL ESPAÑOLA SALVAGUARDADA SIEMPRE

Este ejemplo anterior es una muestra de la diversidad de formas en que la iniciativa privada extranjera puede participar en las industrias nacionales. Porque hay muchas y variadas.

Pero no solamente es la forma material de la intervención la que está regulada y puede presentar variación numérica, sino, y esto es lo más importante, la cuantía de la misma. Según la ley de 24 de noviembre de 1939, la participación de capital extranjero queda limitada al veinticinco por ciento del total del capital social, y únicamente en casos especialísimos y justificadísimos, de verdadero interés nacional, puede el Consejo de Ministros elevar este margen y autorizar una adquisición de acciones hasta el cuarenta y nueve por ciento del total capitalicio, con lo que siempre, y hasta en este caso extremo, la soberanía española en la industria está plenamente resguardada y conservada.

Respecto al modo de aportar capital, la colaboración extranjera, en síntesis, puede reducirse a dos tipos y a un tercero, combinación de estos dos.

El primer modo y el más simple está en la aportación directa de dinero. Así la nueva y naciente sociedad se encuentra con un caudal de divisas necesario para la adquisición de maquinaria o de material con destino a sus instalaciones, que puede comprar en donde más le convenga.

Otra forma consiste en la cesión de patentes, fórmulas de fabricación, maquinaria tangible, mano de obra especializada que, una vez cumplida la misión de adiestramiento, regresa al país; dirección técnica temporal, etc.

Los beneficios, en el primer caso, son cobrados igual que los demás accionistas; los que les correspondan en el porcentaje del capital invertido. La voz y el voto de este capital extranjero tiene la misma importancia que la parte española, ambos en



La vista de las factorías Marconi Española, S. A., industria nacional instalada en Villaverde

la proporción debida. La ventaja, pues, del dinero extranjero que viene a España—cada día es mayor el deseo de inversión—es tria, para ellos, en la seguridad que el hombre de negocios de fuera tiene en el proceso fabril español y, sobre todo, en la favorable perspectiva futura del mercado español. En este proceso de elevación del nivel de vida de los españoles, la capacidad de compra de los mismos aumentará paralelamente al desarrollo industrial en grado sumo. Y, además, con seguridad política. Con lo cual el capitalista extranjero conjuga ambos factores—economía próspera y política segura—y quiere, porque así le conviene, operar en España.

Los beneficios en el caso de cesión de maquinaria vienen cobrados mediante un canon de producción total. Por tanto, a la casa extranjera que trae la maquinaria le interesa disponer del último y más perfecto modelo de la misma y a la empresa española, también. Ambos, en definitiva, aumentarán sus ganancias. El tercer tipo es una mezcla de estos dos.

Para los tres hay siempre peticiones. Con lo que todos, españoles y extranjeros, estamos contentos.

MAQUINARIA MODERNA PARA LA GASOLINA

Si la Compañía Española de Penicilina es un ejemplo de aportación técnica, la Refinería de Petróleos de Escombreras, S. A., o R. E. P. E. S. A. por anagrama, es una muestra típica de aportación directa de capital.

En el valle de Escombreras—término municipal de la murciana ciudad de Cartagena—puede verse toda una serie de tanques petrolíferos, humo, gases de chimeneas y de hornos y un tráfico de camiones y de personas que hacen parecer aquel lugar el escenario real e inmenso de la más acabada película del oro líquido: el petróleo.

El 27 de junio de 1949 quedaba constituida, en virtud de escritura pública, la refinería. La importación de crudos petrolíferos en general, la construcción y explotación de refinerías, la ob-

tención de derivados del petróleo, el aprovechamiento de subproductos y el comercio de todo ello son los fines de la Sociedad. A cuatrocientos setenta y cinco millones de pesetas asciende el capital social y a trescientos veinticinco millones, el fundacional.

Pues bien, tres son los principales accionistas: el Instituto Nacional de Industria, la Compañía Española de Petróleos, Sociedad Anónima, y la entidad norteamericana Caltex Oil Products Co., de Nueva York, Compañía formada por la Standard Oil de California y la Texas Company, de Texas. La unión de estas dos Empresas ha dado como resultado la formación de la más poderosa Compañía norteamericana de petróleo, colaboradora, por su propia voluntad, con

el capital español en Empresa española.

Cuando se fundó la Refinería de Escombreras hacia falta importar maquinaria. La Caltex Oil P. C. había adquirido en dólares el veinticuatro por ciento del capital fundacional. Pues bien, gracias a poder disponer de ese volumen de divisas, la Dirección técnica de la Refinería pudo comprar, donde mejor quiso, la más moderna maquinaria para la instalación de sus unidades de refino a presión atmosférica y a presión reducida, llevar a cabo el reformado térmico y la polimerización de gases y, en un futuro cercanísimo, la creación de la nueva Planta de Lubricantes.

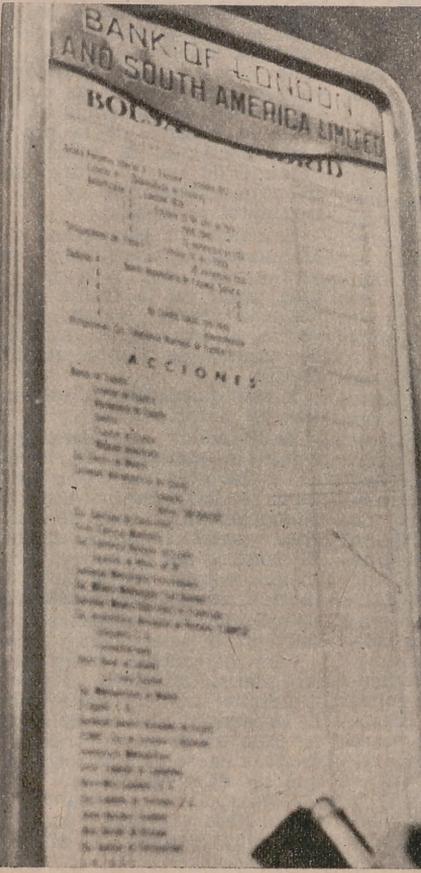
Treinta y dos millones de pesetas, parte legal de los ochenta y dos millones de beneficio líquido, se repartieron en 1952 a los accionistas.

Treinta mil barriles diarios—millón y medio de toneladas anuales—de destilación de petróleos crudos produce Escombreras. De un año a otro los beneficios aumentaron justamente el doble.

La compra de maquinaria novísima para la producción de gasolina, keroseno, gas-oil, fuel-oil y whitespirit ha sido posible gracias a la aportación directa de divisas por una entidad extranjera. Aportación que ha tenido un resultado inmediato: aumento rápido de los beneficios. Unida la realización española con la ayuda extranjera, el resultado no puede ser más perfecto. Perfección y seguridad como consecuencia de un estado político de vida.

UNA HOJA DE SERVICIOS SIN TACHA

Harold L. Stassen, director de Operaciones Extranjeras de Ad-



Cartel financiero del Banco de Londres y Sud-Americano, de Madrid

ministración de los Estados Unidos, en su reciente visita a nuestro país, dijo en sus primeras declaraciones: «Al invertir dinero en España, Norteamérica garantiza la seguridad del mundo libre y la suya propia.»

La seguridad del mundo libre se garantiza por la seguridad de España. Una política recta ha creado en España su economía fuerte y cimentada, y quince años de paz, de serenidad y de avance económico dan hoy la mejor prueba de la seriedad y honradez de un pueblo que vive de cara al trabajo y a la labor constante de su levantamiento y su vanguardia.

Cuando un capital extranjero piensa mudar de residencia, además de las garantías naturales que le ofrezca el nuevo país, en lo primero que se fija es, sin duda, en el Instituto de la Moneda. El historial del Instituto decide, a veces, si es o no aconsejable la realización de una fuerte operación dineraria.

La hoja de servicios del Instituto Nacional de Moneda Extranjera de España está impecable, limpia; no hay tachaduras, ni borrones de intereses sin pagar o saldos que cubrir. Es una hoja de servicios que se convierte en imán de atracción universal.

Todas las operaciones de compra de acciones, de gestión de maquinaria o de reparto de beneficios para los accionistas se tramitan por medio del Instituto de Moneda Extranjera.

No ha habido, a lo largo de su historia, ni una sola reclamación, ni una sola deuda impagada, ni una sola cuenta tergiversada. Por los centros financieros, comerciales o industriales del exterior, cuando se habla del Instituto Español de Moneda Extranjera, sólo hay una respuesta:

—Es la entidad más seria, entre las de su clase, del mundo.

LA FAMILIA DE LOS AUTOMÓVILES Y DE LOS TRACTORES

Pero no es sólo el mercado interior español y sus posibilidades de demanda, la estabilidad política incommovible y la seguridad de rentabilidad las causas que hacen de España un terreno abonado y cultivable para el capital extranjero. Hay otro factor que en nada desmerece de los anteriores: la inmejorable situación geográfica de la Península.

Que España está a dos pasos de Africa lo aprendimos cuando apenas pisamos por primera vez una escuela. Y que el mar Mediterráneo nos une a una gran parte del mundo es una verdad para nosotros tan vieja, al menos, como nosotros mismos. La colocación geográfica de España no es sólo estrategia para una guerra, sino estrategia para una economía de expansión, sin límites de fronteras. El mundo árabe se apunta como un gran consumidor y cliente de la producción española, y nuestro mercado aparece así, para el capital de afuera, convertido en fuente de producción, como una casa con dos puertas que, en este caso, buena es de guardar.

El capital extranjero acude a todas las nuevas industrias españolas, que se manifiestan como esperanzas seguras para la



producción y consumo en nuestros mercados, tanto nacionales como internacionales.

La industria del automóvil es ciertamente una de las que más adelantos y consistencia ha aportado en el área de la productividad nacional. El automóvil va dejando de ser un objeto de lujo para convertirse en un instrumento de trabajo.

También en esta rama de la producción, la aportación extranjera—unas veces en la parte técnica, otras en la traída de nuevas maquinarias, patentes o proyectos, o sólo en la aportación de capital—se siente atraída y segura.

Y ésta puede ser la escenografía del automóvil.

En Barcelona, por la amplia y asfaltada carretera de la costa, a un lado el mar y a otro el verde de los labrantíos, corren a buena velocidad más de cien coches iguales. Pasan a intervalos. El hombre del campo o el obrero que regresa en bicicleta de la fábrica, se detiene y espera.

—¿Quién será el vencedor?—es tal vez su pensamiento primero.

Pero los coches, verdes, de cuatro plazas, no llevan en su delantera el número de costumbre, ni siquiera el número de matrícula. Sólo en el cristal trasero van escritas en rojo unas letras a las que no da tiempo leer.

—Quizá esto no sea una carrera. Pero ¿de dónde salen tantos coches y todos del mismo color?

Servicio de la Casa Fiat italiana, instalado en Madrid para la venta y reparación

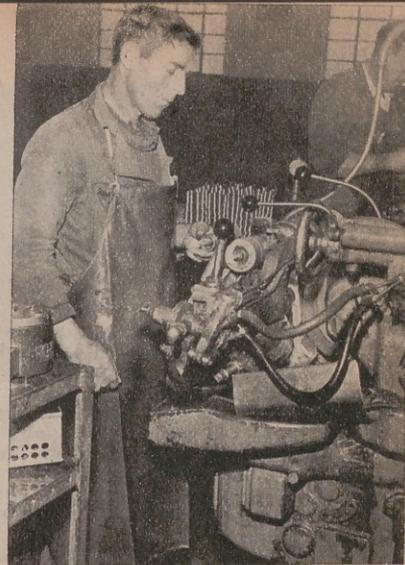
Las letras rojas dicen sólo: «En rodaje». Son coches de prueba. Antes de ser vendidos, los automóviles han de rodar los kilómetros reglamentarios. Dentro de unos días estos mismos turistas abandonarán la fábrica y pasarán a manos de un dueño, de muchos dueños, que sobre el parachoques, encima de la maleta trasera y en los círculos plateados de las cuatro ruedas podrán leer un anagrama «SEAT».

La implantación y fabricación de automóviles de turismo, por sus dificultades técnicas y gran esfuerzo financiero, fué considerada por el Instituto Nacional de Industria como una de sus misiones más características. Dedicó este organismo una constante atención al estudio de esta faceta. Se hicieron varias gestiones en busca de financiación técnica y colaboración económica. En 1950 estas gestiones tocaban a su fin: el Instituto Nacional de Industria, el Banco Urquijo y otras entidades bancarias españolas firmaron un convenio con la casa italiana Fiat, que cedía patentes, asesoramiento técnico y colaboración financiera.

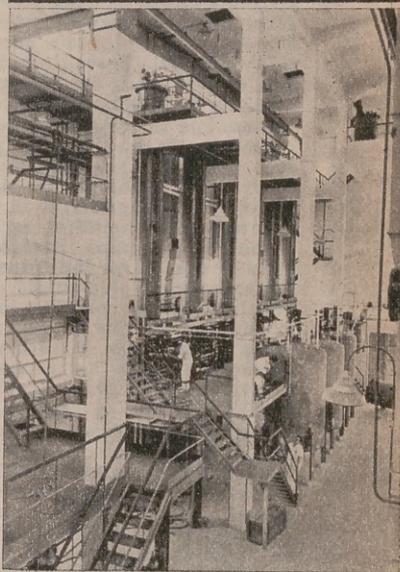
El montaje de la fábrica dura poco tiempo. Se instala en Barcelona. Los técnicos de primera hora son italianos y españoles. El material es de Italia.



Entrada a la oficina en Madrid del Crédito Lyonés, uno de los Bancos extranjeros representado en España



La Empresa Nacional de Rodamientos trabaja con aportación de maquinaria de la S. K. F. sueca. He aquí un obrero en plena jornada



Nave de extracción de la Fábrica de Estreptomicina, en Aranjuez

En la primera etapa de producción la Sociedad Española de Automóviles de Turismo lanza al mercado español diez mil coches por año. A mediados de 1953 esta cifra puede ser doblada. No hay temor a una saturación.

En 1951 se constituía en Valladolid otra nueva industria de automóviles. La casa francesa «Renault» hace un convenio con los industriales españoles para aumentar la producción nacional sin necesidad de acudir a la importación. Un capital inicial de sesenta millones de pesetas hace prever, no sólo el incremento de muchos miles de turismos, sino la fabricación en serie de un gran número de tractores, de los que hoy se favorece notablemente nuestra agricultura industrializada.

Y también en este campo afín de las manufacturas metálicas la Empresa Nacional de Rodamientos. La S. K. F., sueca, una de las mejores y más acreditadas fábricas de rodamientos del mundo, ha colaborado con patentes y maquinaria en la instalación de la E. N. R. en los maderieños terrenos de San Fernando. La misma operación de beneficios por canon afecta a la Empresa sueca.

Por todo el ámbito de España las compañías nacionales con capital extranjero presentan su

nombre. Ahí están, también, la Ford Motor Ibérica, con la concesión en exclusiva para la venta de los productos y vehículos fabricados por todas las compañías Ford del mundo, además de su propia producción; la Moto Vespa, de origen italiano, para la fabricación en España de un modelo de ese nuevo personaje: la moto; la Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas (S. I. C. E.), que construye y vende material eléctrico de todas clases, pero especialmente los procedimientos industriales de las sociedades International General Electric Co., General Electric Medical Products Ltd., Compagnie Fse., «Thomson-Houston», Société Generale de Constructions Electriques et Mechaniques, «Alstrom» y Compagnie Generale de Radiologie; la Baste Polit Valentine, S. A. de barnices y pinturas, con la explotación de las fórmulas, patentes y procedimientos de la Valentine Co. U. S. A., y la Empresa Nacional de Siderurgia, para sus modernísimas instalaciones de Avilés, ya cuenta con la participación de capital extranjero.

Estas y muchas más trabajan en España en colaboración eficaz y decidida. Más de dos mil millones de pesetas es la suma de las inversiones extranjeras en España. De todo el mundo llega la colaboración. De todo el mundo llega el trabajo. De todo el mundo llega el dinero. Los hechos hablan más que las palabras.



Obreras españolas trabajan en la Empresa Nacional de Rodamientos con arreglo a la más depurada técnica moderna

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

OS escribo a los muertos de mi sangre, a los muertos de mi amistad, a los muertos del año, cuyas esquelas mortuorias son aún una noticia del periódico; a los antiquísimos muertos ignotos, cuyas sepulturas desenterran el arqueólogo y el labrador cuando aran y cuando investigan, profanando de las dos maneras vuestra yacía funeraria. He venido este día de los difuntos al solar de mi casta para acercarme a los huesos de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo, de mi tatarabuelo, que era un hombre del siglo XVIII a quien los soldados de Napoleón maltrataron porque era el Alcalde Corregidor de la villa ocupada por los franceses, ante cuya invasión se escondió el oro de la familia en las albardas de las caballerías, creyendo que la cuadra estaría exenta de registros, pero sin suponer que la Intendencia de Bonaparte requisaría los mulos con los aparejos, llevándose, sin devolución, las onzas ocultas. Para usted, mi señor tatarabuelo (puesto que no me atrevo a tutearle), aquella desventura ha sido superada por más de cien años de ultratumba, donde, por influjo del cristianismo, la moneda no tiene precio, aunque mi bisabuela no habrá olvidado los requiebros de la tropa en presencia de su belleza, ya que la lisonja a veces vale más que el dinero. Sin embargo, la bisabuela era tan patriota que, al agradecer el pipopo de los subterfugios, como Stendhal, replicaba, a pesar de su juventud, con una macabra ironía española, pues al despedirse los franchutes prometían galantemente: «Volveremos». Y contestaba la bisabuela: «Sí, sí, como la luna...». Y, halagados, respondían los que se iban: «Esto es, que viene todos los meses...». Y mi bisabuela finalizaba socarrona, un poco entre pecho y espalda: «Pero que viene hecha cuartos...». Perdonadme la anécdota, o que me la perdone don Eugenio d'Ors, al que voy a referirme en nombre de mi bisabuela, que pudo ser un arquetipo de esta porción de España, del mismo modo que Teresa, ha representado a la mujer catalana durante media centuria. Un mes antes de morir reveló don Eugenio a un periodista que Teresa se llamaba Ursula, siendo una dama que jamás se incluyó en el coro de las d'orsianas, ya que ni Xenius, ni Octavio de Roméu, ni «Un ingenio de esta Corte» (pseudónimos fluyentes del académico don Eugenio d'Ors) nunca habían conversado con Teresa. A las cuantas semanas del fallecimiento del que ya está tranquilo en el cementerio de Villafranca del Panadés, según su voluntad testimoniada, he leído en un diario de Barcelona la muerte de doña Ursula de tal y cual, es decir, de Teresa, compañera en el tiempo de fenecer, ya que no en el tiempo del diálogo.

Tú no temes a los muertos, padre mío, aunque convives en el panteón con todos hace cerca de cuatro décadas, porque, siendo apenas un niño, besaste los pies de una anciana muerta, en un velatorio de una casa desconocida. Perdonéme esta otra anécdota familiar, señor don Frank Henius, o señora doña Margarita Mac Kormick, súbditos norteamericanos hasta su óbito de ho-gaño, porque en el más allá no hay pasaportes ni fronteras. Me acuerdo del economista mister Henius, escandinavo de origen y defensor de la España actual, meridionalmente chancero y gesticulador, mostrando a cualquiera dentro de un monedero los jirones de su primera corbata al ganar el primer dólar de emigrante a los Estados Unidos y varios amuletos de Nápoles contra la jettatura. La señora Mac Kormick era solterona, católica y sentimental, puesto que su fealdad estaba anulada por su inteligencia, que le servía para publicar en el «New York Times» unas crónicas de una sutileza y un garbo poco frecuentes en la Prensa americana. Se le regalaron unas rosas rojas a cambio de unas ver-

dades sobre España, modesto obsequio que hoy también depositaría encima de su tumba si descansase en la paz de este cementerio aldeano.

Tampoco tengo en esta proximidad fúnebre la sepultura de mi primogénito, nacido y muerto en León hace ya más de tres lustros, para el que compuse un poema con resonancias de Quevedo al redactar «La cuna y la sepultura». Mi hijo nació y murió junto a San Marcos, de León, prisión de Quevedo, y tanto me inspiré allí como en la colegiata románica de San Isidoro, donde están cercanos los sepulcros medievales y una pila bautismal por inmersión, sepultura y cuna de piedra. Perdóneme, señor don Jacinto Benavente, tanta alusión a mis afectos particulares, porque a nadie puede extrañar que rememore a mis muertos en la remembranza de este día, sino quizá a usted, a quien le pongo el único reproche, acaso común a todos los escritores de la generación del 98. O por egotismo, o por timidez, o por cobardía se han quedado solos, solteros, sin prole, o al margen de su proli-fica familia. El teatro de Benavente es un teatro sin descendencia, sin antepasados y sin herederos con legítima indiscutible. Por lo tanto, ha dejado un vacío en la sociedad española, que gracias al catolicismo de las cosas y de las personas de España, más denso que los perfumes de moda, no ha estallado en fragmentos y pedazos como un aerolito. No se puede renunciar a los hijos, como no se puede renunciar a los padres, a nuestros difuntos que ocupan su fecha y su víspera en el calendario eclesiástico. Hay fiestas modernas, como la fiesta de la Madre, que celebramos cada 8 de diciembre con más entusiasmo que el anterior, puesto que los españoles hemos sustituido esa Madre solemne a la norteamericana, por la Madre de Dios y de sus criaturas; pero hay fiestas tradicionales que proceden del principio del mundo, de su misma creación. Esta es la fiesta de los muertos, que es la fiesta religiosa de la supervivencia, casi la fiesta de la eternidad, porque no se apoya en una vida efímera y pasajera, sino en la muerte, que es la vida eterna.

Muchos muertos consanguíneos y de mi sentimiento íntimo evocaría, citándolos con sus pelos y señales, con sus apodos y con sus costumbres, tal como aparecerán, como yo, en el juicio que nos anuncia el credo de los Apóstoles, el credo de nuestra fe cristiana; pero sería menester demasiado espacio para reseñar a todos. Todos son nuestros muertos y también los muertos ajenos, por los que dobla esta campana cuyos tañidos se deslien en la atmósfera frígida y lígubre de noviembre. El campo está impregnado de tristeza en esta hora doliente del crepúsculo, en la que retumban con más empaque de funeral las campanas de la iglesia. En el pueblo no hay un vecino válido, porque hasta los inválidos han marchado en procesión lárguida y melancólica al composanto. En la ciudad, la muerte es individual y no colectiva, en la gran ciudad se visitan los cementerios, en parte, como se asiste a un espectáculo. Aquí, muertos de mi sangre y muertos de mi amistad, la vida fugaz se ha paralizado, y cuando os escribo sólo se oye el rasgueo suave de mi pluma y los sonos con catafalco del campanario próximo. Sin embargo, no es el fin del mundo, ni la ruptura de la existencia. Ya se sabe que los muertos esperan la resurrección, que la tierra está aguardando el renacimiento primaveral. Mientras tanto, una gitana ha llamado a la puerta, y cuando fui con mis manos a abrir, la gitana me ha ofrecido una cesta de mimbre que vendía. Frente a tal objeto urdido que puede deshacerse y que se rehace desde milenios por generaciones sucesivas, me han penetrado más en lo hondo de mi alma los resposos salmodiados por el párroco.

ELECCIONES MUNICIPALES

DENTRO de unos días, la vida de los Ayuntamientos españoles se va a remozar con savia nueva. Un decreto del Ministerio de la Gobernación convoca elecciones para la renovación trienal de la mitad de los concejales ejercientes en todos los Ayuntamientos de España. Algunos volverán a ser reelegidos. Tres son, con ésta, las elecciones municipales que, a partir de 1948, se han celebrado después de nuestra Cruzada.

La misma naturaleza biológica de nuestros Municipios, de nuestras Corporaciones municipales exigen este cambio, este relevo necesario de los hombres que, por un compromiso moral y cívico, cumplen ahora sus tres años de vida pública hecha y rehecha al contacto de los más someros o más profundos problemas de los pueblos, de los ciudades, de las tierras de España.

En la fisonomía española se han curado las heridas y cerrado las cicatrices. Es nueva la fisonomía de España y en esta transformación el Municipio ha actuado de causa inmediata, de principio operante que, sabiamente, con alarde de sacrificio y desvelo, ha sabido incrustar en la problemática española las directrices que emanan, como agua clara de fuente limpia, de la misma esencia del Movimiento Nacional.

El Municipio es institución que opera—a lo largo, ancho y profundo—en contacto íntimo con la célula y vida de la sociedad: familia, Sindicato, individuo y profesión. «El Municipio español, con unidad de vida, restaurado otra vez en su riqueza comunal y en su tradición», tradición de nobleza, de libertad, de comunidad fuerte, asentado en el respeto y devoción a lo que constituye célula vital de la sociedad y del Estado, debe estar llamado a llenar la más generosa creación política, gloria y riesgo del mandar.

No se hace una propaganda electoral llevando a ámbitos locales puras discusiones ideológicas, porque a viejo y poñido nos huele la técnica de los «nombres impuestos». Es

hoy la dialéctica pura de las realidades el mejor y el único argumento de una campaña electoral, y de ahí nace la obligación moral de todos los ciudadanos de apoyar a los candidatos que en mayor grado posean ese verdadero y auténtico aján revolucionario y técnico de transformación. Y por ello hay que votar al mejor.

En la vida de una nación, como en la vida de cada hombre, queda siempre algo por hacer. No tendría sentido una vida sin un quehacer día a día.

Esa tarea del hacer y quehacer diario en función del bienestar común está también reservada a los nuevos hombres que caigan en el seno del Concejo, del Concejo de la gran capital del millón y medio de habitantes, o del Ayuntamiento pedáneo de cincuenta vecinos; que el quehacer de España está en todos los sectores de la vida nacional: en la ciudad y en el campo, en la agricultura y en la industria, en la urbanización y en la cultura.

«La vida en el campo—dijo José Antonio—es absolutamente intolerable.» Era cierto. Y es cierto que, gracias al desvelo esforzado del Caudillo y su Gobierno, y a la aplicación práctica de los principios del Movimiento, el campo va dejando de ser intolerable para nuestros agricultores. Son pocos quince años para esa carrera que al agro español se le ha trazado. Sin embargo, quizá hoy más que nunca, el campo reclama del Municipio, del Concejo, una atención sensible y profunda. Una atención de esjuerzo, intensa para las nuevas necesidades que la nueva técnica exige en los problemas de una agricultura industrializada. El área del campo español renace en una primavera nueva. Su ritmo de aceleramiento depende de la buena voluntad, de la voluntad de hacer de estos hombres que están hoy en el dintel de la vida pública, de la vida municipal, porque dar vida y savia nueva a los Ayuntamientos, sembrar Municipios, es un modo—f o r m a admirable—de cosechar Patria.

EL ESPAÑOL

DE LAS PIEDRAS, PAN

MESIANISMO Y ESTADO UNIVERSAL

EL creciente interés que existe por la idea de un inmediato y por lo mismo posible Estado universal en las revistas y publicaciones europeas, nos lleva hoy a plantearnos ese tema desde esta revista «para todos los españoles». La coincidente ilusión en ese futuro imperio mundial único, de economistas, de ideólogos, de escritores católicos y de doctrinarios marxistas, nos obliga a pensar con preocupación sobre tan apasionante posibilidad.

El sentido cristiano de la Historia no está desde luego vinculado al nacionalismo excluyente; se trata de una concepción católica, o sea, universal. La cristiandad del medievo filtrando a las naciones y a los pueblos de un espíritu común y haciendo que todos los monumentos religiosos de aquellas centurias sean en su más literal concepto testimonios de universalidad, constituye un ejemplo clásico del espíritu no nacionalista de la Iglesia romana. La aspiración, pues, a la totalidad, a la unidad mundial,

no es por sí mismo anticristiana. Pero hemos de pensar como españoles, como católicos de España, en cómo se entiende actualmente ese futuro Estado mundial y comprobar si en sus características fundamentales, coincide con nuestro sentido católico y español de la existencia.

Lejos de nuestro ánimo considerar actualmente al hipotético Estado universal, que imposibilitaría una nueva guerra, como una obra del espíritu del mal. Pero nos impresionaron grandemente las palabras de José Piepper, ese filósofo alemán que muchos españoles hemos descubierto a través de las traducciones que nos facilita la colección «Patmos», de la Editorial Rialp, S. A., cuando escribe, en su libro aun no traducido «El fin de los tiempos», que «la constitución de un Estado universal que está actualmente entre nuestras posibilidades históricas, puede dar a la humanidad una situación de coherencia, de unidad en la que el reino del anti-Cristo sea algo posible». Una

organización mundial, prosigue, puede, conducirnos a la más mortal y a la más invencible de las tiranías...

La relación entre el Estado político universal y el fin del mundo tiene numerosos precedentes en los escritores profetistas como el filósofo ruso Soloviev, autor extraordinariamente citado en la literatura religiosa francesa. Soloviev afirma en su «Narración del anti-Cristo», la idea del Estado mundial como instrumento de los poderes diabólicos. He aquí un párrafo del manifiesto que Soloviev hace escribir al anti-Cristo, jefe de ese Estado planetario: «¡Pueblos de la tierra! ¡Las promesas han sido cumplidas! La paz universal está asegurada por la eternidad. Toda tentativa para destruirla se estrellará inmediatamente ante una oposición irresistible; pues a partir de hoy no hay más que un solo poder en la tierra, y este poder me pertenece...»

En el Estado universal no existiría, desde luego, ni la possibili-

dad de emigrar. Después de la revolución soviética, los doctrinarios marxistas comenzaron a hablar de ese Estado único, conquista última de la revolución proletaria mundial. La paz del mundo, anotaba Trotsky, sólo se obtendrá por el triunfo universal de la revolución proletaria. «Sólo podemos reconocer una raza: la de los proletarios; y un solo poder universal: el de la revolución comunista», afirmaba Stalin, allá por el año 1928.

El cristianismo, como decíamos más arriba, es universalidad, pero el mismo signo espiritual e histórico de nuestra religión rechaza toda suerte de mesianismo terrestre. Como católicos y como españoles no podemos adoptar una actitud cerrada frente a las aspiraciones de nuestra época a la universalidad, pero también como católicos y como españoles tenemos el deber y la obligación de analizar cuáles son las coordenadas en que se basan esas aspiraciones de universalidad y tomar posición en cada caso, según el latido espiritual o materialista, a que obedezca esa pretendida universalidad. Una tarea del Estado español y del hombre español en esta hora es alcanzar una gran eficacia política y económica sin necesidad de nivelaciones y absorciones estatistas, sean de inspiración marxista o de inspiración capitalista tecnocrática. Los que pretendemos una organización social moderna, vigorizando la vida de la familia, reconociendo en sus dimensiones auténticas la personalidad y la amplia tarea que corresponde a los sindicatos y a las instituciones de la sociedad; aquellos que creemos en las mismas peculiaridades regionales que no se oponen a la unidad nacional superior, hemos de considerar la euforia universalista que existe en determinados sectores de la intelectualidad europea, con cierta precaución y recelo. Las razones económicas, en suma, nunca podrían hacernos abdicar de las exigencias fundamentales del espíritu y del corazón del hombre.

Claudio COLOMER MARQUES

MAÑANA SERA OTRO DIA

LOS INVENTOS GENIALES

NUESTRAS bombillas eléctricas celebran ahora, encendiéndose y apagándose tan inesperada como desagradablemente, el centenario de su inventor, Edison. Si Edison fuera canonizado, cosa bastante improbable, pasaría a ser el santo patrono de los inventores. Ahora mismo, lo que no tiene de santo lo tiene de patrono, pues en el corazón de cada inventor el nombre de Edison resuena con tintineos tan insinuantes como la llamada del teléfono de la gloria.

—Pues yo le puedo decir —y me lo dice, en efecto, un inventor— que tengo patentadas tantas ideas como las que patentó Edison. Y como yo hay muchos en España. Y que, modestia aparte, la mayoría de nuestros inventos tienen tanta importancia, o más, que los del mismísimo Edison.

—Por qué sus inventos no se ven, no se realizan, no se llevan a la práctica, no...?

—¡Ah, señor mío, hay tantísimo que hablar sobre eso...! ¡Si yo le contara...!

Pero, claro está, señor mío, inventor mío, que usted no va a contarme nada. Entre otras muchas razones de sumo peso y gravedad, usted no va a contarme nada porque si me contase algo perjudicaría a sus intereses ya que, como usted sabe muy bien, el secreto riguroso, absoluto, sacratísimo y sublime es la primera condición de sus inventos. Usted ha inventado un aparatito, no mayor que una máquina de afeitar eléctrica, con la ayuda del cual basta apretar un botón para que se vayan a pique todos los buques de guerra enemigos que haya en un radio de quinientas millas (millas marinas, se entien-

de); los barcos propios y los barcos mercantes quedan a salvo de la catástrofe.

¿Qué cómo funciona ese aparatito? No hagamos preguntas cándidas. Usted levantará un poquito el velo si se constituye una Junta dependiente del Alto Estado Mayor, presidida por usted, y acuerda destinar quinientos millones de pesetas para los primeros gastos. Si la Patria se queda sin su invento, no se le culpe a usted, sino al Alto Estado Mayor. Usted bastante hace con mantener secreto su invento, sin venderlo por nada a los Altos Altos Estados Mayores de otras potencias.

—Y diga: ¿No tendrá usted algún otro invento más modestito, más fácil, más... hacederillo que ese invento colosal?

De ninguna manera. Inventar un abrelatas, un impermeabilizador para el calzado, una tinta de imprimir, un bisturí o un cepillo para las uñas son cosas que se quedan para inteligencias menos originales y elevadas que la de usted. Usted revolucionará el mundo o se pudrirá en un rincón, o las dos cosas. Pero nada de hacer cositas ridículas.

Tropezará usted con muchas dificultades, sin duda; la primera de todas, la envidia; pero la segunda, la torpeza de los técnicos, rutinarios o perezosos, de este país. Verbigracia, usted tiene inventada una central eléctrica que habría de instalarse en lo alto del picacho de Veleta aprovechando el frío reinante en aquellas latitudes. Sin consumo alguno de energía, un par de miles de dinamos funcionando en aquellas alturas proveerían de electricidad a toda España; con la ventaja de que no sería necesario poner postes, ni cables, ni transformadores, que tanto encarecen este tipo de instalaciones, porque la electricidad sería servida por radio. ¿Por qué no se ha llevado ya a la práctica su invento? Porque los técnicos, esclavos de su incuria, de su indiferencia o de su envidia, no han construido todavía dinamos cuya potencia motriz sea el frío, aunque la idea madre, que es lo importante, ya la ha puesto usted. ¿Tienen que fijarse en las centrales termoeléctricas (donde, como es sabido, el calor produce electricidad) y construirlas al revés, de modo que el frío produzca electricidad? Pero mientras nuestra técnica esté como está, las ideas más geniales serán como margaritas echadas a los cerdos, que dijo el clásico. Porque la idea titánica del genio, que es usted, sin la colaboración modesta, inferior y humilde del técnico, que es el otro, no va a ninguna parte.

Quizá todo estaría arreglado si usted, señor inventor, se convirtiera en el otro. ¿Por qué no prueba?

Luis PONCE DE LEON
(Premio Nacional de
Periodismo 1954)

“OPINION”

es la única publicación que se edita en lengua castellana sobre técnica e informaciones doxológicas

“OPINION”

es una revista de teoría y práctica de las ciencias informativas

“OPINION”

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Suscripción semestral: 30 pesetas

Dirigid los pedidos a MONTE ESQUINZA, 2.-MADRID

LOS GANADEROS ESPAÑOLES SE HAN DADO CITA EN MADRID



PLANTEAMIENTO DE PROBLEMAS PECUARIOS

Se trata de aumentar la producción y el consumo de la carne, los huevos y la leche, alimentos básicos del hombre

«REUNION de rabadanes; oveja muerta», dirán algunos ante este I Congreso Nacional Ganadero, que, no por viejos caminos pecuarios, sino por vías férreas y por carretera no siempre de Mesta, ha traído a Madrid más de tres mil criadores de ganado y más de un millar de empresarios de la riqueza y la moderna explotación pecuaria.

Si alguien se empeñara en mantener una antítesis o una radical disparidad de intereses entre la ciudad y el campo, ahí tiene este acontecimiento de una invasión de los hombres de rebaño y aprisco sobre el asfalto de la capital para discutir, como en plaza de pueblo serrano, sus problemas.

La capital de España, tan hecha a la llegada de la gente del campo, se ha visto, no obstante, un poco, si no sorprendida, por lo menos movida a curiosidad por esos ganaderos y empresarios de industrias pecuarias que han venido a discutir unos temas que incluyen todos los aspectos importantes de la economía ganadera como en una ampliación gigantesca del viejo y «honrado consejo de la Mesta».

La estampa de Madrid con la vorágine del tráfico, con las veloces rastras de automóviles que, en algunos lugares de la ciudad, aceleran a su paso el torbellino de hojas secas; la imagen de Madrid es ahora también de estos hombres. En medio de toda la dinámica urbana, los ganaderos siempre un poco filósofos naturales de la pausa y la medida, incontaminados o con un contagio solamente a medias de la civilización mecánica y sus prisas.

Se puede decir que los ganaderos españoles no se han reunido a hablar de sus cosas a lo grande en los últimos cincuenta años.

Se vieron, naturalmente, en grupos de mercado vestidos de blusón y hubo en esas múltiples ocasiones momento de cambiar puntos de vista en un descanso en el mercar o mientras se le echa el ojo al «trapío» de un toro o un caballo. Estuvieron los ganaderos en muchas ferias y hasta concursos, pero ello no disminuye la verdad de que no han sido llamados durante medio siglo a discutir en reunión nacional los importantes problemas que les afectan a ellos directamente tanto como afectan también a la renta nacional en su apartado de riqueza y renta pecuaria.

El Sindicato Nacional de Ga-

nadería ha interpretado el sentir de millares de ganaderos y ha preparado concienzudamente las ponencias que son estudiadas.

Si el I Congreso Nacional Ganadero tuviera como objetivo único el fomentar el espíritu asociativo de los hombres de rebaño, sería ya esta una gran reunión de fines justificados. Pero hay muchas más cosas a lograr, y son éstas tantas y tan complejas que puede que resulte un poco simplista el resumirlas a los tres puntos esenciales e importantísimos de aumentar la producción y el consumo de la carne, los huevos y la leche, que son los tres alimentos básicos que



El Jefe Nacional del Sindicato de Ganadería (izquierda) presidiendo una de las reuniones preparatorias del Congreso



Un aspecto de la feria de ganados de Salamanca, una de las más importantes de España

acompañan al pan en la alimentación del hombre.

Diecinueve millones y medio de ovejas tiene España. Cinco millones de cerdos. Tres millones trescientas mil unidades de ganado vacuno. Millón y medio de híbridos mulares. Seiscientos mil caballos. Veintisiete mil asnos...

Nuestro país es el primero en Europa por su renta de ganado lanar y el sexto entre todos los del mundo. Ocupa el cuarto puesto, en Europa, por su renta en el ganado de cerda. La carne que produce nuestra cabaña equivale, en su valor, a la suma de las cosechas de vino y aceite, ya que llega a los diez mil quinientos millones de pesetas de renta anual. El valor de la leche producida por las vacas, ovejas y cabras equivale, en nuestro país, al doble del valor de la cosecha de vino de un año normal. Por otra parte, la lana de las ovejas de la cabaña española tiene un valor equivalente a la producción nacional de maderas, hierro y cemento reunida, si bien por lo menos una cuarta parte de esa lana no es textil. Respecto a la avicultura hay que decir que su renta anual, de cuatro mil seiscientos millones de pesetas, supera el valor de la cosecha de frutas. Solamente la producción de carne de la avicultura española, dejando aparte la renta por cría y por huevos, supera el valor anual de la producción de plátanos. La producción de huevos vale, al año, mil millones más que nuestra importante producción de pesca. Otro dato interesante, que se pone de manifiesto en el actual I Congreso Ganadero, es el de que, referente a la avicultura, dice que la unidad huevera española es la más barata del mundo.

En la redacción de las ponencias que se estudian en este Congreso han colaborado cincuenta y cuatro Comisiones de trabajo, integradas por ganaderos, empresarios y técnicos en materia pecuaria. Y puede decirse que ni uno sólo de los aspectos importantes de la economía ganadera ha quedado fuera de ellas.

Quisiéramos dar una impresión incluso del murmullo de ganaderos en el Circo Price de Madrid. Un reflejo de cuanto se dice en los corrillos. Una referencia de lo que quieren lograr las propues-

tas de asentimiento más unánime, pero si bien es cierto que muchos de los congresistas han llegado a la reunión con un plan de peticiones trazado, no ha habido aún tiempo suficiente de que se cambien todas las impresiones y de ordenar los fines en una línea unánime de urgencias. Pero el ambiente está ya logrado en los inicios del Congreso. Se impone un tono realista, aunque sin atentados a la cordialidad ni a esa campechanería que no puede faltar nunca en una reunión de ganaderos.

UN PROBLEMA: LA REDUCCION DE PASTOS

Don Cecilio Díaz Guerra es un ganadero que tiene cuatrocientas cincuenta cabezas de ganado de lidia y vacuno: mil doscientas cabezas de ganado lanar; seiscientas cabezas de ganado de cerda... en cercados propios y también en alguna finca alquilada. La mayoría de este ganado pasta en predios cercanos a Talavera de la Reina. Le abordamos sin rodeos.

—Un problema que puede señalarse como general—nos dice—en toda la ganadería de nuestro país, es el de la reducción de pastos. Las continuas roturaciones de terreno, los nuevos regadíos, las medidas de colonización, las reploblaciones forestales arrinconan cada vez más a los pastos a zonas casi inaccesibles de montaña. Como es natural, esto se deja sentir en la economía ganadera. Habría que estudiar la dedicación de una parte del nuevo terreno roturado a la alfalfa, maíz y demás piensos indispensables al ganado.

Otro aspecto es el de la baja en el valor de las pieles vacunas. Hoy por la piel de vaca se le paga al ganadero la mitad de lo que cobraba por ella hace tres años. No obstante, no se ve que baje el precio del calzado, por ejemplo.

—La piel puede ser que se pague a menos dinero, pero, ¿y la carne?

—En esto de la carne hay que distinguir entre el precio que paga el consumidor en las carnicerías y el que percibimos los criadores de vacuno en los mataderos. Un kilo de carne de vaca en el matadero vale unas veintuna pesetas, mientras que los filetes en las carnicerías se pagan por el consumidor a treinta y seis pesetas kilo la de primera calidad, a unas veintiocho pesetas kilo las de segunda clase y a unas veinti-

tidós las de tercera. Y los huesos también valen algo, ¿no?

—¿Cuánto cuesta, por día, mantener a una vaca?

—Más que atender y cuidar a un hijo tonto. Por lo menos durante cuatro meses al año se come una vaca 10 pesetas diarias de forrajes, que hay que comprar. Noviembre, diciembre, enero y febrero hacen subir mucho el costo de manutención de una vaca. En estos meses se come, como mínimo, ocho kilos de forraje, alfalfa, por ejemplo, y la alfalfa tiene un precio medio de cinco reales el kilo.

—Y una oveja, ¿cuánto se come al día?

—Una oveja resulta, naturalmente, mucho más barata de mantener que una vaca, pero durante los cuatro meses antes expresados también se come cada día sus tres pesetas con setenta y cinco céntimos de forraje, que hay que comprar.

—Y un cerdo...

—Viene a gastar diariamente la cantidad de una oveja, unas tres pesetas con setenta y cinco céntimos, ya que al cerdo hay que darle algo así como un kilo y medio de grano al día.

—Total, que no es negocio ser criador de ganado, ¿no es así?

—No digo que no sea negocio, sino que es un negocio muy limitado.

—Pero la lana sí se paga bien y compensará...

—El producto lanero favorece, más que a nadie, al industrial textil. El precio de la lana en bruto ha sido, en mi zona de 40 a 45 pesetas el kilogramo. Hay que tener en cuenta que el mejor traje puede llevar, a lo sumo, cuatro kilogramos de lana en bruto, que una vez hilada, lavada, teñida..., viene a dar un kilo seiscientos gramos de lana elaborada. Como se trata de un tejido fino, destinado más bien a las gentes «de posibles», resulta que si nosotros percibimos algo más de lo corriente en el precio de la lana en bruto será a costa de una desproporcionada subida del precio del traje, que será fácilmente aceptado por la clase acomodada, que lo que busca es un buen tejido. En los trajes baratos no influimos mucho, ya que llevan poquísima lana; casi todo es algodón.

—Señor Díaz Guerra, usted es también ganadero de reses bravas, ¿puede decirnos algo sobre la discutida cuestión del peso de los toros?

—Tengo que decir respecto a esto una cosa muy importante, y es que está ordenado que los toros se pesen al arrastre y debería hacerse siempre a la canal. En varias ocasiones se ha comprobado que toros que fueron multados por falta de peso al arrastre han resultado tener peso justo, o bien sobrante, al ser pesados a la canal. Esto es una cosa que he podido notar por experiencia propia; el día 21 de septiembre pasado me sancionaron un toro en la plaza de Salamanca por falta de peso. Tuve que pagar una multa de cinco mil quinientas pesetas. Había sido pesado al arrastre, pero al pesarlo después a la canal le sobraba hasta un poco del peso mínimo reglamentario. De haberse tomado como base el peso en canal, no hubiera sufrido esta sanción,

que no me fué levantada, porque está mandado que el peso sea al arrastre.

—¿Cuántos trabajadores tiene usted en sus negocios?

—Pues tengo dieciocho ganaderos, dos guardas y siete gañanes. El hecho de que algunas fincas estén cercadas con pared o con alambres me ahorra mucho personal.

—¿Trae usted alguna cosa más en carterá?

—Hombre, a mí me parece que hay que pedir que se luche a fondo contra las alimañas, porque hacen mucho daño. Yo tenía reses en unos pastos de Sierra Morena y las he tenido que trasladar a los cercados de Talavera de la Reina a causa de los lobos. Hay que organizar más batidas, ya que las alimañas no solamente dañan a las reses, sino también a la caza mayor y hasta a las aves de corral.

—Desde luego.

—Otra cosa que habría que cuidar es de que no se quemaran o labrasen las rastrojeras hasta fines del mes de septiembre, cuando ya puede llover y tiene el ganado otras defensas...

Un grupo cercano a nosotros comenta animadamente las cuestiones relacionadas con el ganado ovino.

UN PAIS OPTIMO PARA LA OVEJA

Resulta que a la cabeza de la cabaña nacional está situado, como ya hemos dicho, el censo lanar. Nuestro país está situado dentro de un óptima mundial de cultivo ovino.

Tenemos para la oveja un buen «habitat», pero la población lanar española está ahora en conflicto con la roturación de los prados y el plantel de nuevos bosques; en retirada ante la invasión del gran cultivo o del monte repoblado.

Sobre todo los corderos están en una dependencia bastante directa del clima, de la lluvia y de los pastos; pueden perecer casi en masa cuando no tienen de qué alimentarse, y se multiplican extraordinariamente en los años de abundancia, que, frecuentemente, siguen de una manera inmediata a un año de extremada sequía y escasez.

La estructura del censo lanar en España se compone, aproximadamente, del 55 por 100 de ovejas de vientre; un 5 por 100 de carneros reproductores, y un 40 por 100 de corderos, cifra esta última que es la que ocasiona principalmente las fluctuaciones anuales, capaces de remediarse en gran parte con la política de abrigos invernales.

El escudo central de la especie ovina en nuestro país lo forman las regiones de Extremadura, León, ambas Castillas, Aragón, La Mancha y parte de Andalucía, pero no existe en todas estas zonas una uniformidad de tipos y colores de lanas, que pueden ir desde el merino a los ejemplares de raza churra, pasando por los entrefinos diversos, y de la lana blanca hasta la del color más negro.

En cuanto a la producción y aprovechamiento de este ganado, tiene a la carne como denominador común, pero asociado a la leche, particularmente en los núcleos merinos y entrefinos, y a la lana; también de modo espe-

cial, en los merinos y entrefinos.

Otro beneficio que rinde el ganado ovino es el de la producción de materia orgánica para el abono de tierras, y desempeña, en este aspecto, un magnífico papel en el equilibrio biológico del campo español. Tanto es así que muchos lugares de suelo muy superficial, en el que aflora la pizarra o el granito, han sido convertidos en buenos pastizales gracias al abono orgánico del ganado lanar. Esos campos, si bien no son aprovechables para la agricultura de gran rendimiento, constituyen hoy una cuantiosa riqueza en pastos, que demuestran la importancia del ganado lanar en la reconstitución biológica de nuestro suelo, explotado por el paso de mil generaciones.

Referente a los sistemas de explotación hay que señalar que la trashumancia decrece para hacerse estante. Los pastos de verano, los excelentes pastos de Asturias, León, Avila, Segovia, Cuenca... por los que se pagaba hace años sólo una peseta por cabeza, cuestan ahora, según dicen, de treinta a cincuenta pesetas por unidad de ganado en pasto.

Y si hablamos de las feraces dehesas de invierno (los pastizales templados de la Alcudia, Trujillo, Brozas, La Serena...), han sido muchos de ellos roturados, y en los que no lo fueron todavía se pagan por cabeza precios que llegan a las doscientas pesetas, por año corto, o sea, por una temporada que va desde finales de septiembre hasta mediados de junio (de San Miguel a San Juan).

Hay quien calcula que en algunas partes el precio anual del pasto por oveja supone por término medio unas doscientas cincuenta pesetas.

Pero el negocio ovino se defiende con la lana, cuyo precio se ha multiplicado por diez en los últimos quince años, y que permite pagar los salarios de los pastores, la renovación del utillaje del aprisco, los gastos de vacunación, alimento de perros, interés del capital empleado, amortización del mismo, bajas del ganado reproductor, impuestos, guías, etcétera, así como otros gastos pequeños derivados de la trashumancia a pie o del transporte del ganado por ferrocarril.

EL ESTIMULO DE LA INDUSTRIA TEXTIL

Con los datos recogidos en estos comentarios nos acercamos a quien ha realizado el importante estudio sobre «España y su ganado ovino». Se trata de una relevante personalidad en el campo de la Zootecnia. Es don Carlos Luis de Cuenca, catedrático de la Facultad de Veterinaria de Madrid, Jefe del Servicio de Fisiología zootecnia del Patronato de Biología Animal, Jefe de la Sección de Genética, Alimentación y Fomento Pecuario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas... y ganadero; ese título que don Carlos Luis de Cuenca ostenta con todo orgullo y que es el complemento necesario a sus tareas de investigador. Don Carlos Luis de Cuenca contesta así a nuestras preguntas:

—¿Es suficiente la producción de lana nacional a las necesidades de la poderosa industria textil de nuestro país?

—Los diecinueve millones y medio de ovejas que existen actualmente en España nos dan de treinta a cuarenta millones de kilos de lana en bruto, cantidad que no es suficiente a la capacidad de transformación de la industria de tejidos. La lana de nuestra cabaña proporciona solamente un metro de tejido por habitante y año. Claro que para suplir este déficit está el algodón y otras fibras...

Sobre este mismo tema del ganado lanar interrogamos al ganadero don Felipe Gil Municio que, como acaba de ser operado de la garganta, habla con alguna dificultad. «Con gran pesar mío», nos confiesa, lo que hace sospechar que, en estado normal de locuacidad, debe de ser un buen conversador.

A Gil Municio, la profesión de ganadero le viene de familia, ya que un hermano de su bisabuelo, en el año 1786, condujo 460 ovejas desde Segovia a París. He ahí un buen ejemplo de trashumancia transpirenaica. Por el camino se le perdieron 46 ovejas, pero cuando volvió a Madrid, don Andrés Gil de Hernanz fué hecho diputado a Cortes. Nuestro entrevistado es un técnico en trashumancia. Posee ese tipo de ganado andariego que en toda época del año aprovecha pastos, muchos de los cuales se secarían infructuosamente.

—¿Por dónde andan sus ovejas actualmente?

—Están de viaje. Mañana pasarán en tren por Madrid.

—¿Adónde se dirigen?

—A Extremadura. Cuando el invierno llega, mis ovejas abandonan los pastos segovianos y van a Extremadura en busca de pastos propicios.

Luego nos cuenta que el ganado trashumante «se come cada año dos primaveras y dos otoños tan tranquilamente».

—¿Tiene muchas esperanzas en los frutos de este Congreso?

—Muchísimas. Los ganaderos, en general, somos muy apáticos y necesitamos del estímulo; de la compañía de otros. De este Congreso pueden salir grandes cosas. Hablando se entiende la gente.

—El ganado trashumante tendrá ventajas, pero ¿no tiene también algún inconveniente?

—Sí que tiene desventajas; por ejemplo, los desplazamientos en ferrocarril. A veces los trenes de carga tardan más de lo necesari-



En la Dirección General de Ganadería del Ministerio de Agricultura se sigue el progreso pecuario como sobre un plano de operaciones. En la foto, don Luis Escribano, jefe de Estaciones Pecuarías y Centros de Selección Ganadera.

rio, con grave perjuicio para el ganado. Hay que tener en cuenta que las ovejas pueden ahogarse con el calor y la carbonilla, especialmente si se pasan largos túneles. Además, si una oveja está cuarenta horas sin comer, se puede quedar ciega.

EL CERDO Y SU APROVECHAMIENTO INTEGRAL

Por los pasillos del Price ya no se puede dar un paso. Oímos que los de la Ponencia de ganado porcino están reunidos. Se barajan cifras y datos con precisión y rapidez.

El ganado porcino ocupa el segundo lugar en el censo de la cabaña española. El cerdo, en carnes, tocinos y grasas, produce a nuestro país una renta anual que puede calcularse en 4.350 millones de pesetas, a los que debe sumarse el valor de los subproductos, que se calcula en más de 500 millones de pesetas.

El cerdo es uno de esos animales que, en el matadero moderno, son aprovechados casi íntegramente, ya que da origen a gran variedad de productos, básicos y secundarios.

En España existe un 45 por 100 de cerdos de tipo ibérico; un 24 por 100 de raza céltica; un 23 por 100, producto de cruces varios; un 28 por 100, que ha surgido de nuevas combinaciones, y un 1 por 100 de tipo exótico.

La explotación del ganado porcino se realiza: primero, en régimen familiar; segundo, en régimen extensivo, que puede ser comunal o de dula, cooperativo, por arrendamiento de finca o por explotación pecuaria de una gran heredad; tercero, en régimen intensivo por explotaciones modelo, granjas-escuela, etc., y cuarto, en régimen mixto, que toma ventajas e inconvenientes de los sistemas extensivo e intensivo, o sea de las explotaciones cuantitativa y la cualitativa.

La reciente creación del Grupo Nacional de Criadores de Ganado de Cerda, con su servicio de Seguros pecuarios, indica el interés con que es mirada esa explotación ganadera, que ocupa, por importancia numérica y hasta por rentabilidad, el segundo lugar en la cabaña española.

La riqueza porcina es de extraordinaria importancia en España para aprovechamiento de encinares y alcornoques, así como de los subproductos hortícolas de los viejos y nuevos regadíos. Una riqueza cuya mejora, por selección, cruzamiento y hasta sustitución de razas entra en los objetivos de este I Congreso Nacional Ganadero.

EN LOS GALLINEROS DEL CONCURSO NACIONAL DE PUESTA

Precisamente hace unos días visitamos, en el recinto de la Feria del Campo, las instalaciones del Concurso Nacional de Puesta. Hoy hay campeonatos para todo; de ese espíritu deportivo no se escapan ni las gallinas. La Escuela Nacional de Avicultura va a ser creada próximamente para que sirva de Centro investigador a los técnicos seleccionados en las granjas-escuela. Será aquel gallinero como un aula de

investidura de grados; como un doctorado de la ciencia y el arte de cuidar a las gallinas.

Don Francisco Blanco Estévez es un verdadero técnico. Según él, «España produce los huevos más baratos del mundo. En muchos países resulta cara esta producción a causa de la mano de obra que es preciso pagar para el cuidado de las granjas».

—Pero ¿es muy cuantiosa la producción de huevos en nuestro país?

—Nuestra producción de huevos vale mil millones más que la producción pesquera. Y esto sin contar el valor de la carne que produce la avicultura. Esta carne avícola tiene, en nuestro país, un valor anual superior a la producción de plátanos.

—¿Se avanza en esta línea de producción? ¿Aumenta la cantidad anual de huevos de gallina?

—El avance en la «batalla del huevo» ha sido grande en estos últimos años. Creo que con una política de importación de piosos, antes que de importar huevos, la producción huevera española podría, al incrementarse muy notablemente, ser aún más barata en precio real.

He ahí una opinión interesante; pero quizá convendría analizar si el campo español puede abastecer a una avicultura capaz de suministrar el incremento de producción de huevos que en este I Congreso Nacional Ganadero se propugna. De hecho, según lo que oímos, el autoabastecimiento en huevos está casi logrado o va a obtenerse en un plazo muy breve, aunque no sea con una mayor cantidad de gallinas, sino con un cuidado científico más esmerado de la explotación avícola. Toda una serie de circunstancias externas indican claramente que es la producción avícola una de las que mejor encajan en nuestro cuadro ganadero.

Pero en contra de estos sanos propósitos existe el peligro de esta peste aviar y demás enfermedades que diezman los gallineros. Interrogamos sobre este tema a un avicultor enteradísimo de estas cuestiones. Estamos al habla con don Esteban Múgica, quien nos dice lo siguiente:

—Especialmente los pollitos «pedigree» son muy delicados, y aun no han salido de una enfermedad o su peligro cuando ya hay que pensar en la próxima. Y enfermedades que pueden atacar a los polluelos hay muchas: Pullorosis, coccidiosis, leucosis (ésta es parecida a la leucemia humana), peste aviar, viruela, difteria, coriza vulgar, vermes planos, vermes redondos, picjillo, etc... etcétera.

—¿Pero existen medios de lucha contra estas enfermedades?

—Sí. Algunas se puede decir que están totalmente vencidas. En cambio otras—la leucosis, por ejemplo—son mortales de necesidad. Y pensar que esta dolencia la trajeron a nuestro país unos pollos holandeses que se importaron. Antes no se conocía esta enfermedad en nuestros gallineros.

—¿Se cuida bien el gallinero en España?

—Puede haber excepciones, pero en general se cuida muy bien. Tanto como puedan hacerlo

otros muchos países. El Estado se encarga de enviar inspectores que vigilen las condiciones de los polluelos en las grandes productoras, y ésta ha sido una medida muy eficaz, además de que existe un afán natural de aumentar la producción por todos los procedimientos. No cabe duda de que en el gallinero moderno tiene que haber lujo y que éste se amortiza después con el aumento de producción. También han ayudado mucho a este incremento las subvenciones que se conceden a los productores económicamente débiles.

—¿Ve algunos problemas fundamentales que convenga señalar en este Congreso?

—Pues, sí. La cuestión de que se importe bastante maíz y cebada. Sobre todo el maíz nos es muy necesario para la alimentación de los polluelos. Otra cosa que es muy deseable es la de que pudiera suprimirse la importación de huevos.

REVALORIZACION DE LA LECHE Y SUS PRODUCTOS

El consumo de leche es en nuestro país inferior al que puede alcanzar el consumo nacional, si se le estimula con la buena calidad del producto, así como por una campaña que divulgue las grandes cualidades que la leche tiene como alimento casi completo. Para ello se considera necesaria la instalación de las suficientes centrales lecheras que aseguren la pureza, higiene y calidad del producto, así como lo regular de su distribución, especialmente en los grandes núcleos de habitantes.

Como en la carne, surge en el alimento lácteo la necesidad de producir más. La urgencia de mayores rendimientos medios por selección unitaria y por incremento conjunto de toda la cabaña lechera.

Para la higienización y embotellado obligatorios de toda la leche destinada en nuestro país al consumo humano, surgen dificultades técnicas para la instalación de una tan amplia red de centrales lecheras, por lo que se divide esta vastísima operación de garantía sanitaria en tres etapas en las que se atiende a las capitales españolas según la prelación que ofrezca su capacidad total de litros-día.

Desde 1925 nuestra industria mantiguera viene abasteciendo sobradamente el mercado nacional, que ha dejado completamente de ser tributario al extranjero en este importantísimo aspecto de la alimentación. Gran parte de la mejoría de la cabaña vacuna se debe a esa industria mantiguera que se inició en las provincias de Oviedo y León para extenderse después a otras como Santander, Guipúzcoa y Lérida.

Se aprende mucho dentro de esta reunión de ganaderos. Es una enseñanza viva que pasa de la carne a la huevería, de ésta a la leche, y se habla de comercio y ordenación de esto y de lo otro. Se barajan cifras y estadísticas. Se esgrimen argumentos a veces irrefutables. Y todo dentro de un orden perfecto, este magnífico orden y buena disciplina del I Congreso Nacional Ganadero.

NAVARRA, SINTESIS DE ESPAÑA



TIERRA DE ALTO NIVEL Y
BUENA MEDIA AGRICOLA



Nuestras fotografías recogen varios aspectos de la singular tierra navarra.—A la izquierda, campesinos en las faenas de la siega del arroz en la comarca de Tudela.—Arriba: Una bella estampa del barrio viejo de la capital, con la catedral al fondo.—Abajo: Plaza del Castillo, corazón urbano de la hermosa Pamplona.

PAMPLONA, CIUDAD SIEMPRE ALEGRE,
ENTRE LO ANTIGUO Y LO MODERNO



¡BAMOS, amigo, después de tomar café en la pamplonica plaza del Castillo, a oír misa de doce en San Nicolás. De todos los portales de la calle del mismo nombre sale gente que lleva el mismo camino y se une al río humano que desemboca en la placita y se va tragando poco a poco la puerta oscura de la iglesia. Adentro, un silencio tan absoluto, que no lo quiebra ni una tos. Así: ni una. Una quietud respetuosa y ferviente que no altera ni el más leve movimiento involuntario. Ni un mirar al techo, ni un volver la cabeza. La iglesia está repleta. Imposible divisar el altar. Desde un púlpito, un sacerdote hilvana, frase a frase, el sermón que glosa el evangelio del día.

A la salida, un joven de cara curtida por el aire del campo, me ofrece, en silencio, con un gesto natural, agua bendita. He visto que aquí, hermosa costum-

bre, todos la ofrecen a todos. Sin palabras, sin necesidad de hacerlo por amistad o por razón de conocimiento. La tomo. Y, sin decir palabra, la paso a una señora que viene al lado. Pienso que así, con tanta seriedad, con una tal sensación de plena comunidad en la misma fe, debían obrar los primeros cristianos en las primeras misas. Camino del bar Bearin, el de moda, a lo que parece, al menos entre «los jóvenes», vuelvo al corazón de Pamplona, a la plaza del Castillo. Es la hora del aperitivo. El bar está lleno.

DON CAMILO PUDO HABER SIDO NAVARRO

También en Pamplona, en la barra de un bar, un domingo por la mañana se habla de fútbol. También se comentan y se discuten las combinaciones de las quinielas. He caído junto a una «peña» de aficionados. Recuerdo

haber visto al pasar, en distintos pueblos, el ángulo alto y liso que forman las dos paredes de un frontón. Alguno de ellos, si yo no recuerdo mal, construido por la obra y la gracia de Educación y Descanso. Me gusta el juego de pelota vasca por dos razones: por su estética y porque es rotundamente español.

—Pues, si le gusta — me dicen —, vaya esta tarde al Euskal Jai. Juega un pelotari muy bueno: Arbizu, «el gitano». En Navarra aún se conserva mucha afición a la pelota. Pero, claro, el fútbol... Esta tarde, además, juega el Osasuna.

No me gusta el fútbol. Deseo que gane el Osasuna y me acerco a otro grupo. En éste la cosa se presenta más interesante. Uno explica a un corro:

—El antecedente español de Don Camilo, el simpático y «combativo» sacerdote italiano, habría que buscarlo aquí, entre los curas navarros. Claro que en Navarra nunca tuvieron nada que hacer los comunistas. Ni siquiera durante la República. Pero se dieron casos en los que aparece ya esbozado, en germen «anticipado» — ¿comprendéis? — el personaje de Guareschi. Por ejemplo, aquel «curica» de Tudela que, según cuenta Iribarren, llegó un día a su iglesia allá por el año 1931 sin afeitarse y explicó su desalifio con estas palabras: «¿No dicen por ahí que quieren comer carne de cura? Pues la mía, ¡que la coman con pelo!» O aquel otro canónigo de Pamplona, tan fervoroso como fuerte, que al saber que los so-

cialistas planeaban desbaratarle la procesión del Corpus abandonó la protección del palio y se destacó a la cabeza de la piadosa comitiva dispuesto a mantener el orden y el respeto a... bofetadas.

Pues, sí, amigo; Don Camilo pudo haber sido navarro. Navarra, sin incurrir en ninguna extravagancia modernista, ha tenido siempre un concepto viril y limpio—¿quién dijo que las prácticas religiosas no eran cosa de hombres?—de la religión. Una actitud emocionante, mezcla de respeto creyente y afectuosa familiaridad, hacia el sacerdote. Posiblemente, acentuada por un hecho que deriva del sistema hereditario del derecho navarro: la libertad de testar permite transmitir el patrimonio a un hijo, y de los otros, con frecuencia, alguno toma los hábitos. De tal forma, que casi todas las familias navarras tienen un hijo sacerdote o una hija monja.

Esas escenas «cinematográficas» que en otras regiones sorprenden, por su novedad, el ánimo de las gentes—un buen «pater» que, arremangada la sotana, tripula una moto, por ejemplo—, son aquí estampas cotidianas, escenas normales, ante las que no se vuelve extrañada ninguna cabeza.

Al salir del bar—que ya es hora de comer—pasa una «rubia» gris, una Peugeot 203, conducida por una monjita. La he visto estos días, acompañada, como hoy, por otras dos hermanas, circular por Pamplona haciendo sus compras.

SOBREMESA: NAVARRA. TIERRA DE BUENA MEDIA

He dicho antes que comer en Navarra alcanzaba la categoría de un rito. Se podría escribir mucho sobre esta materia; pero solamente voy a apuntar dos cosas. La primera, que en toda la región—al fin, situada en ese «norte» particular al que siempre nos referimos con elogio los españoles a la hora de ponderar las comidas, entre otras cosas—se come muy bien. En Pamplona confluyen las carnes y truchas de la montaña pirenaica, las hortalizas y la fruta de la Ribera y los pescadores del Cantábrico.

La segunda, que únicamente por estas latitudes—y conste que incluyo algunas tierras más que las navarras—se puede contemplar un cuadro notable: el de esos hombres que saben mantener un aspecto absolutamente correcto, un cierto aire señorial, pese a sentirse a comer en mangas de camisa y con la boina puesta. ¿Estará relacionada la explicación del caso con ese sino guerrero que ha enseñado a comer en campaña a tantas generaciones de navarros?

De sobremesa, en una región donde pesa más el campo que la industria, y en estos días, de cara a la sementera del otoño, ¿cómo no hablar un poco de su agricultura?

He dicho ya que todo el campo navarro está perfectamente cultivado; pero debo añadir algunos detalles más, cuya suma proporciona un resultado magnífico: que sea Navarra, en su producción agraria, forestal y ganadera, tierra de muy buena «me-

dia»; tierra de un alto nivel en la cantidad y la calidad de sus productos.

Los detalles, resumiendo, podrían ser estos: los labradores navarros emplean siempre semillas seleccionadas, disponen de viveros como, por ejemplo, el de Villava, con más de 3.500 variedades de vid, para la obtención de plantas selectas; de paradas, con sementales puros de ganado vacuno, caballar, porcino; reciben ayuda para combatir las plagas del campo; asisten a cursillos y conferencias de divulgación, etc., etc.

El alma de toda esta gran labor «raceadora»—perdón, pero es gráfica la palabra—del campo navarro es la Dirección de Agricultura y Ganadería de la Diputación foral.

Su centro modelo, su orgullo legítimo, su gran laboratorio, es la Granja Provincial, instalada en las cercanías de Pamplona, cuyos terrenos devolvió, al tiempo que le cedía los edificios, el Ministerio de Agricultura a la Diputación en 1932. En ella, en sus campos, en sus blancos y limpios edificios, un resumen aleccionador: semilleros de tabaco y plantaciones de soja—fuente y orientación para los nuevos cultivos, que ambos lo son en Navarra—, colmenares, en los que vibra el zumbido dorado de las abejas; frescas bodegas para prácticas de vinificación; establos limpios, llenos del olor dulzón y acre de las vacas, lustrosas; departamentos para hermosos sementales vacunos de las tres razas permitidas en la región: la del país, la pirenaica, de capa colorada de la capa de aquellos sus bravísimos hermanos, los carriquiri y los guendulain, pequeños y picantes como los chiles de la Ribera—; la suiza, para las regiones de la zona norte, y la holandesa, para las zonas del sur.

Y un rebaño de karakul, el más puro de España, de 50 ovejas y tres moruecos. Y una yeguada que conserva la raza pura del «poney» navarro. Y, ¡qué sé yo! ¡Tienen que quedarse tantas cosas en el depósito de la estilográfica!

Con el karakul, y por cruces absorbentes, se va mejorando la oveja lacha indígena y los nuevos rebaños cruzados pastan ya en Leyre y la sierra de Urbasa. En la misma sierra donde se cría salvaje, y también controlada, la raza de los «poneys», de esos caballitos de poca alzada y gran resistencia, que vienen a comprar en las ferias los hortelanos de Valencia. Alegres y nerviosos caballitos de tartana, que comieron su primera hierba por las montañas de las Amescos—refugio de Zumalacárregui—, de Goizueta, de Echalar, del valle de Gofil.

Navarra, sexta provincia en la escala cerealista, tercera en remolacha, cuarta en heno, séptima en vino; primera en espárragos... Navarra, tierra de buena media.

UN PASEO POR LA CHANTREA

Pamplona, una tarde de domingo, ofrece un cuadro análogo al de cualquier otra ciudad española. Tertulias en los cafés,

colas en los cines, paseantes por todas las calles, niños que juegan en plazas y jardines y se columpian en las cadenas de la estatua de los Fueros. Una variante estupenda: no hay ni rastro de mendigos.

Vamos, aprovechando estas horas últimas del sol otoñal, hacia las afueras de la ciudad. A echar un vistazo a la Chantrea, a ver otra obra—¿cómo anda España estos años, amigo, metida en faena, sin punto ni sitio de reposo!—hecha «a la navarra».

La obra es, ni más ni menos, que todo un barrio nuevo. Pero la palabra «barrio» puede inducir a confusión: evoca algo sucio, estrecho, proletario, triste. Algo que nada tiene que ver con estas rectas calles anchas y limpias; con estas casas que contienen, afortunadamente, su elevación a la altura del segundo piso, que no quieren ser termiteños, y cuyo aspecto—fachada blanca y arcos de piedra, ventanas adornadas con flores y alegres tejados rojos—se puede calificar, sin exageración, con esa palabra con la que los arquitectos y las inmobiliarias alaban sus construcciones de lujo: «residencial». Sí; podría decirse muy bien «barrio residencial de la Chantrea». Es obra del Patronato «Francisco Franco», del Gobierno Civil, que funciona con arreglo a un peculiar y acertado sistema de construcción en el que los beneficiarios, los futuros propietarios, aportan su esfuerzo personal, se edifican ellos mismos su propia casa. Obra verdaderamente benéfica, que por ser realizada sobre una base de múltiple colaboración, un poco todos para todos—los Ayuntamientos cediendo terrenos, los constructores particulares cediendo herramienta, el Patronato haciendo posible toda la empresa—, hemos calificado de hecha «a la navarra». Afortunada experiencia del nuevo director del Instituto Nacional de la Vivienda, don Luis Valero Bermejo, hasta hace poco Gobernador Civil de la provincia.

Visibles desde la carretera, en muchos pueblos navarros se alzan, contruidos o en construcción, los grupos alegres y sólidos de las viviendas del Patronato. Hasta ahora van entregadas 1.705, están en construcción 2.018, y en proyecto, 1.372.

Y hay que sumar a ellas las edificadas por la Obra Sindical del Hogar: terminadas, 746; en construcción, 221, y en proyecto, dentro del nuevo plan de viviendas, 428.

A la vuelta de la Chantrea, Pamplona, envuelta en la media luz del atardecer, se recorta alzada sobre sus murallas.

VIEJA Y NUEVA, ALEGRE PAMPLONA

Pamplona tiene hoy dos partes, eso sí, perfectamente ensambladas. La parte añeja de la ciudad: calles estrechas, sin árboles, de un trazado caprichoso y vario; calles anteriores al automóvil y a la luz eléctrica. Y conste que no lo digo en sentido peyorativo, que todas, como toda la ciudad, están limpias y bien cuidadas, y, además, son íntimas y acogedoras: casi un portal si, uno no, una tasca, una fonda, una casa de comidas. Calles cu-

yo horizonte aparece empujado por el vuelo quieto de múltiples letreros que parecen trepar verticales por una esquina, que se tienden horizontales sobre la calzada; letreros cuadrados, redondos, multiformes, que sobresalen de las paredes, que se asoman a los balcones.

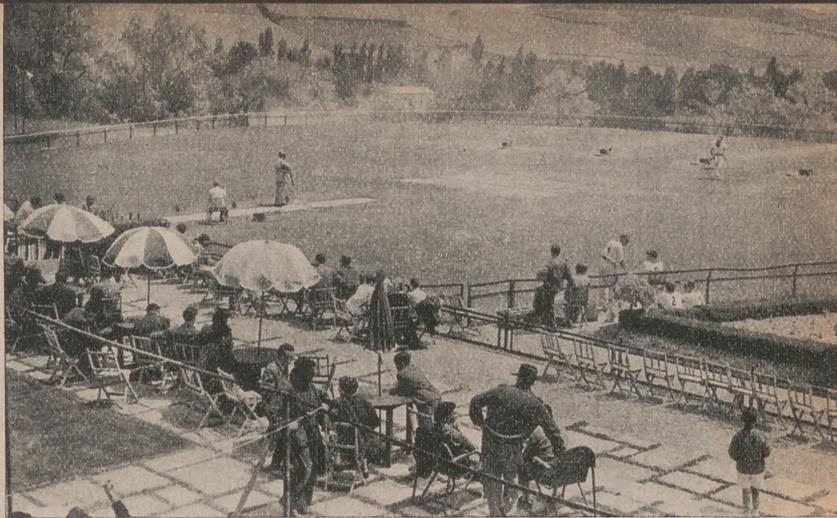
Y la parte nueva, la de los ensanches, la que ha nacido de las manos decididas de los constructores de obras. Pamplona, Navarra, mejor, es tierra de constructores; lugar de los Huarte, de los San Martín, de una buena porción de esos hombres que van

Esta parte nueva de Pamplona es, claro está, calles trazadas en cuadrícula, amplias, arboladas, bien iluminadas, flanqueadas por hermosos edificios.

La unión de ambas, de lo viejo y de lo nuevo, es Pamplona: una ciudad que no se puede resumir en una visión única—contrastes y continuidad navarros—porque en nada se parecen, exteriormente, las calles estrechas de la Estafeta y Zapatería y las anchas y rectas avenidas del General Franco y Carlos III. Porque reúne, a un tiempo, un número muy considerable de iglesias antiguas y conventos y un número muy crecido de piscinas. Pamplona, por lo menos la Pamplona de 1954, es todo lo contrario de la ciudad rancia, opresiva y monótona — «ciudad levítica»—que ha descrito Baroja.

Aparte lo ya visto, Pamplona, esta noche de domingo, es la llamada muda de las tres luminosas letras verdes del «Noe»—tapas y vino, saludos y risas, la tertulia reposada de los viejos en las mesas del fondo—y el guiño de las nueve luminosas letras rojizas del «Bar Cinema», en cuya barra cuenta Barandalla, ex alcalde de Echarrí-Aranaz, cómo, cuando era durante la guerra capitán de requetés, enseñaba la instrucción a los mozos vascos utilizando un léxico militar de su invención, en el que un «¡tiesós!»—bien acentuado en la o—sustitúa con ventaja al clásico «firmes». Y es, en algún modo, el divertido grupo que le rodea y ríe con él. Y también los dos remates airosos de las torres de San Cernín, que montan una guardia inmóvil sobre la ciudad clavadas en el aire frío y negro de la noche. Y el sonido lejano de la fuente que mana solitaria en la plaza de San Nicolás. Y el perfil quieto de los arbotantes que mantienen erguida la catedral, la armonía horizontal del palacio de la Diputación y la silueta, escurialense del monumento a los Caídos—¡Señor, qué listas interminables de nombres en el blanco mármol!—que remata el horizonte de la avenida de Carlos III.

Una mezcla de todo esto puede ser la estampa nocturna de Pamplona. Sin olvidar la figura de un hombre con aspecto severo de senador, de cuando lo había, que descubre su cordialidad en una sonrisa al responder a un saludo, y que avanza; paso a paso, por un itinerario que ya podría hacer con los ojos vendados: un camino que termina en la calle de Zapatería, en la puerta del «Diario de Navarra». El director, don Raimundo García, que sube todas las noches en el



Campo de tiro de pichón del Tenis de Pamplona

ascensor empotrado a escribir en el silencio y la soledad de su despacho.

OTRO GRAN ESFUERZO: EL SINDICAL

La claridad de la mañana se filtra por los tenuos visillos blancos. En el despacho, como en todo el edificio, se respira un ambiente de orden, de limpieza, de modernidad. Sentado tras una mesa de madera clara, bien tallada, José María Navarro, alianza nada corriente de juventud y prudencia, Delegado Provincial de Sindicatos de Navarra, con su gesto serio y carifoso al mismo tiempo, representa otro gran esfuerzo en favor de esta región de hombres esforzados.

El esfuerzo que suponen las realizaciones sindicales que en esta provincia, en la que predomina la agricultura, se proyectan, naturalmente, en mayor proporción hacia el campo. Y como el campo navarro no es latifundista, como la propiedad de las tierras está muy dividida, la mayoría de los problemas son de naturaleza económica. Hasta tal extremo, que puede decirse que en Navarra no existe problema social.

Para condensar de algún modo la múltiple acción sindical — viviendas, encauzamiento del intenso movimiento cooperativo de Navarra a través de trescientas cincuenta y ocho entidades, obras

de colonización, cajas de crédito agrícola, cursillos de capacitación agropecuaria, en colaboración con la Diputación; becas, etcétera—, para dar una idea concisa de su orientación, de su eficacia, basta el ejemplo de la red de almacenes-graneros. Viene esta red, de 110 almacenes, proyectada por la Cámara Oficial Sindical Agraria, a resolver a muchos pueblos el problema de la recogida del cereal, porque funcionarán conectados con los silos del Servicio Nacional del Trigo, del depósito de maquinaria agrícola y del suministro de abonos, semillas e insecticidas.

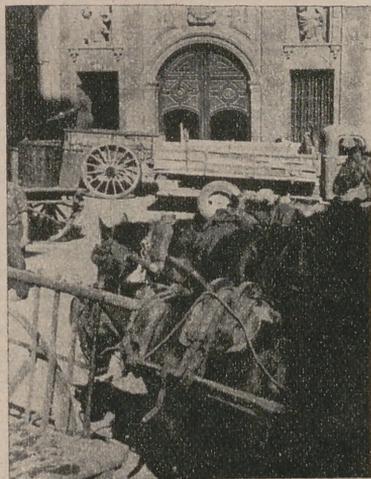
Ya están construidos 23, por un importe de seis millones de pesetas.

LA BARRANCA: DE LA FABRICA AL MAIZ

El coche avanza por la carretera, camino de otra zona navarra: de la parte colindante con Guipúzcoa y Alava, de la Barranca.

De Pamplona a Irurzun, a poco que se fije uno, percibe el cambio gradual del paisaje. Las montañas van perdiendo agudeza; la tierra toma, kilómetro a kilómetro, un moreno color de humedad; el verde a un ahora en el principio de la otoñada, invade cada vez corros mayores; las nubes empiezan a perder la línea definida de su forma, a difuminarse por todo el cielo. Aparecen algunas yuntas de soñolientos bueyes rubios y se multiplican los maizales. Pero todo ello, poco a poco, más como una insinuación que como una anticipación clara de la Barranca: un valle ancho entre dos sierras paralelas—Aralar, a la derecha, y Andía y Urbasa, a la izquierda—, por el que serpentea el Arakil y en el que se concretan todos los anteriores indicios. Nada aquí del verde duro del Pirineo oriental, ni casi rocas peladas, ni un corro de tierra desnudo de hierba. Sierras que se rematan en extensiones llanas, montes redondeados. Pastos suaves y frescos y, de ellos, ganados de carne fina.

Pero hay algo en la Barranca más interesante que el escenario natural. Algo que vamos a saber con sólo detenernos unos minutos en Lacunza, a través una placita solitaria, donde se conserva aún el grueso poste de una



Una escena típica del mercado pamplonica. Los medios de transporte son variados, como puede observarse en la foto

picota, y bajar unos metros, que no puede recorrer el coche porque están reconstruyendo un puente y hay que cruzar por un pasadizo de tablas, hasta encontrarnos ante la verja que cierra la «Cerrajería San Antonio».

Esta fábrica estaba instalada, en la época de su fundación, en las Vascongadas. Pero, según nos explica el gerente-propietario, señor Eizaguirre, un hombre delgado, vestido de negro, de labios finos, mirada aguda y afilada nariz vasca, en 1935, ante un atentado, consecuencia de ciertos disturbios políticos, él y su socio decidieron asentarse en las tierras pacíficas de Navarra. Uno de los dos nació en Lacunza: «¡Vamos a mi pueblo!», y desde entonces están aquí. Fabrican cocinas, y bajo los techos de sus naves cumplen todo el proceso: desde el fundido del hierro hasta colocar el último tornillo.

—Porque, ya lo ve usted, estamos aislados en medio del campo...

Hoy es día de colada. La hacen cada dos. Resplandece ardiente el ojo del horno. Una pareja de obreros vierte con cuidado el metal fundido, que llevan en unas pequeñas cubetas, en unos recipientes rectangulares dispuestos en el suelo en forma de cuadrícula.

—Hacemos un millar de cocinas al mes. Ahora vamos a empezar a esmaltarlas aquí.

El algo interesante de que te hablaba, amigo, viene ahora:

—Aquí trabajan ciento cincuenta obreros. Casi todos son pequeños propietarios rurales. Tienen su corro de maíz, su par de bueyes, su cerdo—«cherry», le llaman por acá—, y por eso nuestra jornada de trabajo no se ajusta a un horario rígido. Nos interesa que cada uno haga su tarea diaria, mucho más que el número de horas de permanencia en la fábrica. Así que, una vez cumplido su trabajo correspondiente, pueden irse a atender su campo.

A la salida de la fábrica, mientras nos despedimos del señor Eizaguirre—serán las cinco y media de la tarde—, dos obreros salen de la nave, recogen sus bicicletas, que estaban apoyadas en una pared, saludan — ¡Buenas tardes! ¡Hasta mañana!— y traspasan la verja. Van de la fábrica al maíz.

—¿Ve? Lo que le decía. Esos dos han terminado su trabajo de hoy y se van.

Calla un momento, como siguiendo el hilo de su pensamiento, y remata:

—Es mejor que sea así. Si supiera usted qué alegría me da verlos los domingos, a la salida de la misa, tan limpios, con tan buen aspecto. Se acercan y hablamos como amigos. Aquí, afortunadamente, no hay división de clases.

Dejamos atrás Lacunza. A ambos lados de la carretera—que empieza a poblarse de ciclistas, obreros, a juzgar por su aspecto y por lo que ya sabemos—trabajan en el campo, solas o ayudadas por yuntas de bueyes, mujeres que se cubren la cabeza con pañuelos de colores claros.

Santos Cuadra, que me ha visto contemplar la escena, me advierte:

—No es un trabajo duro. Esta tierra es muy húmeda, de laboreo fácil.

Y Miguel Anrechea, el otro amable compañero en la excursión de hoy, asiente. Pasados Baicaica — nombre que suena a isla tropical— e Iturmendi, aparece, a la derecha, Alsasua. Y más adelante, Olazagutia. En Alsasua, fundiciones. En Olazagutia, la gran fábrica de cementos «El Cangrejo», que linda con la vía del ferrocarril. Más adelante: Ciordia, el último pueblo navarro de la Barranca. Y unos metros más allá empieza Alava.

El coche da la vuelta y emprendemos el regreso. Las chimeneas de la fábrica de cemento mezclan su humo con la neblina que baja de las cumbres próximas.

Por lo visto, en la Barranca, las industrias—no sé si todas— operan con la misma táctica que hemos conocido en Lacunza. Los obreros alternan el taller y el campo. A la hora de censar jornaleros agrícolas, resultan todos propietarios. Pequeños, desde luego, pero propietarios al fin. Es hermosa una región así, donde no haya diferencias notables de clases—toda Navarra es, en este aspecto, una lección de buena sociología— y donde los hombres procuran tratarse como buenos cristianos.

Por la estrecha quebrada abierta entre las Dos Hermanas—dos rocas cortadas en vertical—pasan juntos una carretera, una vía férrea y un río. ¿Será un símbolo de ese sino de unión que parece presidir toda la Barranca, que baja las nubes para sumarlas a la tierra, que hermana a los hombres y combina la industria con el campo?

INDUSTRIA Y MINAS.—SESENTA MILLONES DE TONELADAS DE POTASA

Que Navarra sea, sobre todo, región agrícola y ganadera no significa, ni mucho menos, que no tenga industria o que ésta sea insignificante. Y no te alarmes, amigo, que no entra en mi propósito empedrar esta parte de listas de productos, cifras de producción, tantos por ciento, coeficientes estadísticos o cosa que se le parezca. Sólo quiero señalar que Navarra, en una cierta proporción, es también industrial. Con una industria muy diversa, que abarca desde los cementos de Olazagutia hasta los artículos de caucho, desde la fundición de Vera de Bidasoa a las azucareras y las fábricas de embutidos de Pamplona, cuyos cherrizos con mencionarlos basta. Y que la industria navarra, en gran parte, se deriva de su campo, de su ganado y de sus bosques. Por esto, la distribución de los centros industriales se aproxima a la distribución económico-geográfica de la provincia: en los regadíos del Sur, en las tierras ribereñas del Ebro, en San Adrián, por ejemplo, se multiplican las fábricas de conservas vegetales: espárragos, pimientos, melocotones en almíbar, frutas deshidratadas... Y en el Norte, industrias que utilizan como materia prima la madera.

Y como última consideración general cabría apuntar el predominio de la pequeña industria, paralelo al predominio de la pequeña propiedad en la distribución de las tierras. Puede que en ello influya, en medida considerable, la tradición artesana, gremial, muy fuerte en algunos pun-

tos de Navarra. En Estella, pongo por caso, a la que llaman «la Toledo navarra». Ciudad de mercados—los hay todos los jueves— que conserva su tradición artesana y de la que han nacido, en los curtidors, por ejemplo, explotaciones industriales importantes, que fabrican zapatos, sillas de montar, correas de transmisión, junto al mismo río, el Ega, en que humedecían sus pieles, hace siglos, los curtidores, y en el que siguen remojándolas muchos de los habitantes de esas casas que meten su fachada posterior en las aguas y avanzan en ellas los tres peladillos de unas escalerillas de piedra que utilizan las mujeres para lavar.

Hasta hace algunos años, Navarra, en el aspecto minero, contaba muy poco. Pero, conocida ya la riqueza de los yacimientos potásicos de la sierra del Perdón, a sólo siete kilómetros de Pamplona, y en explotación la magnésita de Eugui, cuya riqueza en óxido magnésico iguala a la de Austria, que se considera la mejor de Europa, Navarra ha ganado últimamente muchos puestos en la clasificación minera.

La potasa, en concreto, es un tema general de conservación. El año 1949 la Empresa Nacional ADARO, filial del I. N. I., comenzó los reconocimientos del yacimiento. Lleva hechos una veintena de sondeos, y el resultado ha sido el siguiente: en Navarra existe una cuenca potásica de una superficie de 56 kilómetros cuadrados que encierra, en forma de silvinita, más de 60 millones de toneladas explotables de potasa anhidra (K₂O) y 100 millones de cloruro potásico. De este yacimiento saldrán pronto de 200.000 a 300.000 toneladas anuales de potasa. Su riqueza y su importancia económica son verdaderamente excepcionales. La explotación no ha comenzado aún, pero sobre los campos se alzan las torretas metálicas que descubren la posición de los pozos, y junto a ellas dos o tres casetas mineras. Y bajo la superficie están abiertas ya muchas galerías.

Como síntoma del clima favorable a la industrialización que se respira en toda Navarra, en el índice de ponencias del Consejo Económico Sindical celebrado no hace mucho en Pamplona predominaban las dedicadas a las posibilidades y conveniencia del desarrollo industrial de la provincia. Y como prueba de que se va en serio a ello, a equilibrar la riqueza agrícola con creación de nueva riqueza industrial—y consiste que no se trata de resolver ningún problema de paro, ni estacional ni de otra frecuencia, que en Navarra no existe—, el Ayuntamiento de Pamplona ha aprobado, en febrero de este año, unas bases de exención de contribuciones, impuestos y concesión de subvenciones, como ayuda para la adquisición de terrenos, en beneficio de las industrias nuevas que se implanten en su término municipal. Beneficio que, en la normal proporción, se extiende también a la ampliación de las industrias existentes. Se ha dado, pues, un paso hacia la conversión de Pamplona en un importante centro industrial.

mente no anda muy lejos de ser realidad.

ZAPATOS, CAUCHO Y MOTOS

Visitemos, ahora, tres fábricas de Pamplona. Tres que pueden darnos el color y los perfiles del ambiente industrial de la ciudad.

En López Hermanos y Compañía, S. A., fabricantes de calzado, nos recibe y nos enseña las instalaciones, situadas dentro mismo de la ciudad, don Alfredo Martín López, sobrino de don Toribio López, el fundador de la empresa. Es de mediana edad, tiene el pelo entreverado de canas y habla con la seguridad de quien conoce todas las fases de la fabricación punto por punto.

—Hacemos todas las operaciones a máquina. Bueno, todas aquellas para las que existen máquinas. Y, salvo dificultades de importación, tenemos todas las máquinas que son necesarias para esta industria.

En el recorrido por las distintas dependencias, ordenado con arreglo al itinerario que siguen las materias primas hasta terminar siendo pares de zapatos, vemos, efectivamente, todas las máquinas imaginables: las que cosen, las que cortan, las que igualan el grosor de las suelas, las que olavan de un golpe todo el arco de clavillos que sujeta un talón, las troqueladoras...

—Tenemos capacidad para fabricar 1.000 pares diarios. Hacemos zapatos sólidos, resistentes, de alta calidad, apropiados a las exigencias de nuestro clima. Por ello, sólo nos dedicamos al calzado de caballero; a las señoras no les gusta que los zapatos duren mucho. Les gusta estrenar a menudo.

La segunda visita nos lleva a las afueras de Pamplona. A una fábrica situada a orillas del río: Industrias del Caucho, S. L. Al presentarme, don Jesús Cascante, un «viejecito» navarro que se cubre con una boina negra y que rebosa simpatía y afecto natural, abre el cajón de la mesa de su despacho y saca dos números de EL ESPAÑOL.

—Lo leo siempre. Y me gusta. Conozco, de nombre, claro está, a todos los que escriben en él. ¿Quiere ver la fábrica?

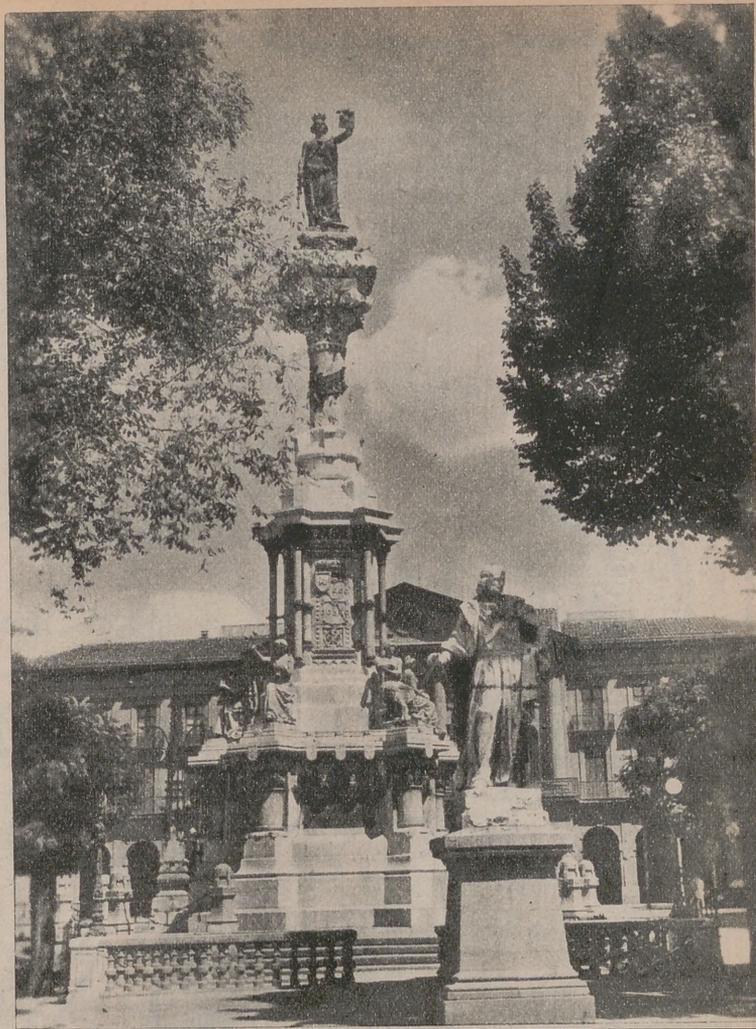
Hace un año sufrieron un incendio gordo. Algunas naves están aún en período de reconstrucción. Pero siguen trabajando, incluso en turno de noche. En unas máquinas en las que giran muy juntos dos cilindros de acero, los obreros van amasando la pasta. Y también en esta fábrica podrían terminar diariamente 1.000 pares de calzado de goma. Me han dicho que son, en su especialidad, los mejores, pero don Jesús es hombre modesto y buen compañero.

—Esto, ya lo ve, no es una gran fábrica. Una gran fábrica es la de los Armendáriz, en Tafalla. Esa sí. Ellos podrían hacer 10.000 pares diarios.

Hay una cosa de la que está orgulloso el señor Cascante: del «superito». Visto por un profano, es una especie de plancha de goma gruesa, de consistencia y aspecto de linóleo, que resiste grandes temperaturas y se emplea, entre otras cosas, para juntas de calderas.

—Esto solamente lo fabricamos, en toda España, tres industrias.

En las afueras también, pero en



Monumento erigido en Pamplona a los Fueros de Navarra

un extremo opuesto, se alza el conjunto de los edificios de I. M. E. N. A. S. A. (Industrias Metálicas Navarras, S. A.), dirigida por un joven ingeniero, don Jesús Echarte, moreno, con cara de galán de cine, de los que tienen expresión de inteligentes. Fabrican, entre otras cosas, las motos «scooter» Iruña. El explica:

—Son, en todos sus materiales, de fabricación nacional. Y diseñadas y proyectadas por técnicos españoles. Sus características principales: estabilidad, derivada de su estructura, suspensión de flexibilidad variable, fortaleza y velocidad de 70 a 75 kilómetros por hora. ¿Precio? 16.450 pesetas. ¡Ah!, con facilidades de pago.

¿Bastará decir que I. M. E. N. A. S. A. es Empresa Modelo para que cualquiera pueda imaginar cómo son de perfectas todas sus instalaciones y cómo trata a los 450 obreros que trabajan en ella?

SIN COMPLEJOS Y SIN ANGSTIA. — ¡VENGA USTED EN SAN FERMIN!

La víspera de mi regreso a Madrid he pasado unas horas charlando con José María Iribarren de «navarrerías». De gentes y cosas de Navarra, sentados, para protegernos de un vientecillo frío que barre la plaza del Castillo, en la terraza del Iruña. El, que ha escrito, que ha pintado en sus libros con singular fortuna los paisajes, los tipos, las costumbres, historias y leyendas de esta

tierra, tiene curiosidad por saber qué impresión me llevo de los navarros. ¡Y, amigo, se podrían decir tantas cosas!

Corre por ahí una palabra de uso muy corriente que serviría para calificar, en general, y para interpretar a los navarros: «sanos». Gentes sanas de cuerpo, raza fuerte por su ascendencia pastoril y ganadera; hombres sin «complejos», superiores al tirón del miedo, que por ello pueden ir tan ternes a una trinchera, a cualquier edad, mientras les sostengan las piernas. Gentes sanas de espíritu, cuya rotunda fe religiosa no ofrece resquicio a la penetración de la «angustia», de esa gran reblandecedora de la psicología contemporánea.

¿Algo más? Pues, sí. E importante. Su sentido exacto de la propia individualidad, que les permite ser muy propicios a la comunidad, a la unión con los demás, porque no tienen temor a perderse en la suma.

La última noche—uno es forastero—Pamplona ofrece otro matiz: el de la amable letanía de los amigos: ¡Venga usted en San Fermin! Cifra y divisa del carácter acogedor de la ciudad y de sus habitantes.

Ha sido en el tren, ya de vuelta, cuando—decía al principio que esta tierra se «pega»—las palabras se han unido solas y ha surgido el título de este reportaje: Navarra, síntesis de España.

Diego JALON

(Enviado especial.)



En Vanguardia de la Moda



S. Fontcuberta

FABRICA DE PAÑERIA SELECTA
DESPACHO: RONDA UNIVERSIDAD, 33 · BARCELONA



EN 30 DIAS PUEDE APRENDER A LEER UN ANALFABETO

Una interesante experiencia se está realizando en Madrid

SE ENSAYAN NUEVOS METODOS DE ENSEÑANZA

—Escuadra, ¡a formar! A ver, los que no sepan leer, un paso al frente.

—Mi sargento, yo no sé leer; pero, mire usted, tengo esta uña mala y no voy a poder manejar bien el cuchillo.

—El cuchillo, ¿para qué?

—Para las patatas, mi sargento.

—No es para pelar patatas, hombre. Ponte ahí, detrás de éste. Los demás, ¡rompan filas!

El sargento, a los reclutas analfabetos hace una advertencia última:

—Dentro de unos minutos vendrá el padre capellán. El os explicará y hará algunas preguntas.

El capellán no se ha hecho esperar. Tiene delante a los soldados y les habla. Pero esta vez no va a explicar una lección de catecismo; es otra la tarea. Se trata de seleccionar entre los reclutas aquellos que no saben nada, porque también entre los analfabetos hay grados. Desde el que a duras penas junta las letras y en un jeroglífico indescifrable compone su nombre hasta el que piensa que el abecedario es algo así como un misterio chino.

Estos últimos son los que interesan. En los mismos cuarteles van a asistir a unas clases que les darán maestros venidos de muchas partes de España. Son

inventores de nuevos métodos de enseñanza rápida para aprender a leer y escribir.

El capellán ha cumplido su misión. A los más aplicados, a los reclutas que se aprendan la cartilla, él les conseguirá unos días de permiso. Se los ha prometido.

TREINTA DIAS PARA APRENDER A LEER

Una Comisión encargada de organizar y dirigir el cursillo seleccionó diez de los veintinueve autores de procedimientos para enseñar a leer y a escribir. Los diez métodos que por sus condiciones pedagógicas podían prometer más esperanzas de éxito. Porque la característica de estas pruebas consistía en el tiempo. Se pretendía demostrar que treinta días, un mes sólo, es suficiente para enseñar a leer a un analfabeto cuando el método es adecuado y el maestro es hábil en el manejo de los recursos que la pedagogía le ofrece.

Hasta ahora en ningún país se había intentado una experiencia de este tipo. Los ensayos contra el analfabetismo se basaban siempre en las fórmulas poco aireadas de una pedagogía excesivamente tradicional.

Ya están los soldados en sus clases. Se han dividido en gru-



Una maestra parvulista enseñando las primeras letras a un niño

pos de doce. Al frente de ellos, un maestro, un pedagogo.

Al principio, los soldados acuden con cierto disgusto. Parece como si sólo estuvieran allí obedeciendo órdenes superiores. Muchos de ellos, casi todos, son hombres del campo. Tienen callos en sus manos, como recuerdo del azadón que todavía les espera en sus tierras. Abundan en estos grupos mozos de Extremadura y Andalucía. Cuando las clases van ya avanzadas, a mitad de mes, son ellos los primeros que no quieren ver terminado el cursillo. Les gusta aprender. Se han dado cuenta que hay algo para ellos tan importante como saber empuñar la manquera o abrir un surco en la tierra.

DOMINGO DIAZ AVILES, GUARDADOR DE GANADO, ALBANIL, PEDAGOGO Y AGENTE DE SEGUROS

Entre los métodos seleccionados para este récord en la enseñanza



Don Adolfo Mailló García, inspector central de Primera Enseñanza en el Ministerio de Educación Nacional y secretario de la Junta contra el Analfabetismo, en conversación con el autor de esta información

de analfabetos hay uno que se titula «Facilidad» (Método rápido de lectura y escritura). Es un procedimiento original, a menudo, sencillo, de comprensión fácil y pronta. El dibujo es el medio más eficaz de este método. Su autor lo está explicando a los doce reclutas que le han caído en suerte. Se llama Domingo Díaz Avilés.

No tiene el autor de este método ningún historial académico. Ni siquiera un certificado de haber asistido a una escuela primaria. Domingo Díaz Avilés no pudo asistir nunca a la escuela. Hoy, sin embargo, viene a Madrid y bajo el brazo trae un nuevo método para que aprendan a leer en treinta días los que, como él, se vieron privados en su niñez de la presencia de un maestro que les enseñase las primeras letras.

Domingo Díaz Avilés nació en Cortes de la Frontera, un pueblo de la provincia de Málaga. Desde muy pequeño, a la edad más temprana, cuando aun no podía manejar la honda ni correr, tras las cabras, estuvo ayudando a su padre a guardar ganados por los cortijos de Algar, de Arcos y Jerez de la Frontera. Así hasta los diecisiete años.

Poniendo la rodilla izquierda sobre la tierra y apoyando sobre la derecha un bloc, copiaba las letras del abecedario y las diez cifras, escritas rudamente por su padre.

—Domingo, ¿vas a ser ingeniero?

—No, hombre—decía otro de sus compañeros de trabajo—. Domingo va a ser «abogado». ¿No ves que hace más letras que un escribano?

Poco importaron a Domingo las burlas de sus amigos. A los veinte años sabía leer y escribir con toda corrección y hasta daba clases de lectura a algunos chicos de aquellos cortijos. Fue entonces cuando, para más facilidad en el aprendizaje de las letras de aquellos niños, se le ocurrió hacer un método de lectura que él mismo copiaba a mano y dejaba a sus alumnos. Nada de esto libró a Domingo de los rudos trabajos del campo y de la albañilería, que practicó por algún tiempo. En 1942, el peón de albañil, suficientemente preparado, ingresaba como agente en una importante Compañía de Seguros y se trasladaba a Lebrija.

Poco más tarde, daba a la luz

pública un librito titulado «Método práctico de lectura y escritura» y se disponía a la composición de otro que titulaba «Facilidad».

El día de mayor alegría para Domingo Díaz Avilés ha sido este en que vió su nombre en el «Boletín Oficial» entre los diez seleccionados para el cursillo.

Junto a los nueve maestros nacionales, regentes y directores de Graduada, que componen la selección, este hombre, cargado de paciencia y de experiencia, va explicando su método, lleno de entusiasmo, a los doce reclutas analfabetos de su sección.

LA CARTA DE LA NOVIA

En los salones de los cuarteles transformados en aulas sólo se siente la voz del maestro, que con la tiza va dibujando en la pizarra mientras explica su lección. Los soldados atienden fijamente y van copiando en sus cuadernos las figuras del encerado. Hay un silencio absoluto. En las caras de los reclutas se adivina una profunda preocupación por captar lo que el maestro va diciendo. Nadie interrumpe. Son caras toscas, morenas, quemadas por muchas jornadas de sol a sol, y el lápiz, fino, delgado, tiembla en las manos, duras, fuertes, encallecidas, más hechas hasta ahora al arado y a la azada que a la pluma.

Ha terminado la última clase de la tarde. Coincide con una corneta que toca a paseo. Un recluta alumno, mientras anda, dibuja en su cuaderno unos garabatos que en algo se parecen a las letras de algún alfabeto. De cualquiera, del chino o del árabe, o quizá del nuestro.

—¿Ha aprendido usted mucho?

—Mucho. ¿Sabe usted? Cuando empecé, ni la o con un canuto. Hoy conozco las letras y hasta sé juntarlas y escribir algunas palabras. Mire usted (y apoyando el cuaderno sobre la pared escribe en las tapas: «Juan Mena»). El segundo apellido no lo sé poner. Además, siempre que lo escribo me dicen que lo pongo mal, por que me como una letra: la primera. Me llamo Huertas.

—¿Tiene usted muchas ganas de aprender a escribir?

—Imagínese. Ya ve usted la alegría que se va a llevar mi madre cuando reciba una carta escrita por mí.

A la reunión se acerca otro re-

cluta, Benito García Moreno. Tiene veintiún años y es del Valle de la Serena (Badajoz), patria de Donoso Cortés. Benito García es uno de los alumnos más aventajados de la clase. Cuando empezó tampoco sabía el alfabeto. Nunca ha ido a la escuela. En su pueblo, hasta que vino al Ejército, se dedicaba al pastoreo y pasaba en los montes los días y las noches. Sólo han pasado veinticinco días de clase y en su cuaderno, de su puño y letra, Benito ha escrito los nombres y apellidos de todos sus jefes. La letra va pareja y encaillada entre los renglones. ¡Ah!, entre los nombres de los jefes de su regimiento se repite el de una mujer.

—Es mi novia. Hasta ahora, cuando tenía que escribirle, me lo hacía un amigo a quien yo le dictaba. Eso es muy pesado. No lo sabe usted bien. Además, no le puede uno decir todo lo que quiere. Dentro de unos días le echaré yo una carta que le estoy escribiendo, y cuando aprenda bien, le voy a escribir todos los días si tengo para el sello.

PARA BAILAR HAY QUE SABER LEER

Andalucía y Extremadura son las regiones españolas en que más abunda el analfabeto. Por eso no es de extrañar que precisamente extremeños y andaluces sean los más de estos reclutas aprendices del abecedario. Es raro encontrarse con alguno de Castilla, y desde luego, con ninguno del Norte. Badajoz y Jaén arrojan mayor porcentaje que las demás provincias, seguidas muy de cerca por Huelva, Cádiz, Sevilla y Ciudad Real.

El progreso que en la lucha contra el analfabetismo se ha realizado en España, sobre todo en los últimos años, ha sido gigantesco. En el año 1900 el porcentaje de españoles que desde diez años en adelante no sabían leer ni escribir subía a un 45 por 100. En 1940 el porcentaje no llegaba a un 18, y en 1950 sólo era un 14 por 100 el número de analfabetos. Las campañas que la Junta Nacional contra el Analfabetismo ha realizado en estos cuatro últimos años ha reducido considerablemente esta cifra, ya de suyo exponente del celo y tesón con que el Gobierno lucha en este sector cultural de la vida española.

Si comparásemos estos datos con las estadísticas de muchos países europeos, veríamos que las diferencias a nuestro favor no son de despreciar. En 1940 Yugoslavia daba un 57 por 100 de analfabetos; Portugal, un 56, y un 43 Bulgaria.

Don Adolfo Mailló García, inspector central de Primera Enseñanza en el Ministerio de Educación Nacional y secretario de la Junta contra Analfabetismo, ha sido el impulsor de estos cursillos para la selección de técnicos de enseñanzas rápidas.

—En este año se van a realizar campañas muy intensivas en Badajoz y Jaén. Las clases para adultos comenzarán en este mismo mes de noviembre.

A los Alcaldes de muchos pueblos se debe una gran cooperación con estas campañas.

En Pego, un pueblecito de Alicante, al terminar su sesión en

el Ayuntamiento, dijo el Alcalde a los concejales:

—Hay que acabar con esto. En Pego hay muchos hombres y mujeres que no saben ni poner su nombre. Las huellas digitales que se queden para la Policía.

—Yo, señor Alcalde—dijo un concejal—, creo que tengo el remedio: prohibir la entrada en el baile de la plaza a todos los analfabetos. Que al entrar enseñen un certificado de saber leer y escribir.

Así se hizo. Pero antes hubo que cambiar el portero del baile, porque el hombre, como tampoco sabía leer, cuando la primera pareja que entraba en la caseta le entregaba su certificado, él, creyendo que era una entrada que había cambiado de color, lo rompió, arrojó la mitad al suelo y entregó al caballero la otra mitad.

En Villarrubia de los Ojos, de Ciudad Real, la propuesta del Ayuntamiento dió magníficos resultados. Hasta que no saliesen de su estado, tanto las mujeres como los hombres analfabetos, tenían que pagar un impuesto al Municipio. En calidad de arbitrio se cobró una peseta diaria a los analfabetos. Y decimos que dió magnífico resultado porque hoy en Villarrubia de los Ojos no hay ningún ciudadano de diez años en adelante que no sepa leer y escribir.

CATORCE MIL ANALFABETOS DEJARON DE SERLO CON EL «MÉTODO SANABRIA»

Los diez pedagogos siguen afechos en su enseñanza a los reclusos. El cursillo está ya tocando a su fin.



En una escuela rural se ensaya un nuevo método rápido para enseñar a leer y escribir. El Gobierno, que lucha con celo y tesón en este sector de la vida cultural, ha organizado un interesante cursillo

do a su fin. Se van apurando los treinta días. Ya hay soldados que manejan bien el lápiz. Muchos, casi todos, han aprendido a leer con cierta corrección y a escribir con alguna soltura. Antonio López Delgado, recluta de Pego, que ha asistido a estas clases en su cuartel de Campamento, en Carros de Combate, está contento porque cuando vaya al pueblo nadie le impedirá que entre a la caseta de baile con su novia. El sabe ya leer y escribir. No es un analfabeto, como algunos compañeros suyos que dejó en el pueblo a la guarda del ganado.

Algunos de los procedimientos seleccionados siguen las normas

tradicionales en pedagogía de partir de la letra, de la sílaba, hasta llegar a la palabra y a la frase. Se echa de ver la falta de métodos ideovisuales, hoy muy en boga y de muy buenos resultados prácticos, que, partiendo de la frase, por descomposición, lleguen hasta la letra. Sobre todo, cuando se trata de adultos, que al leer quieren comprender, estos métodos de descomposición son insustituibles.

La conclusión de estas experiencias no nos dará a entender, naturalmente, cuál será el mejor método, el de más fácil acceso para niños y adultos, ya que el procedimiento ha sido empleado

CENSURA SANITARIA N.º 12.069

PUBLI. ORO

LUCHA CONTRA LOS MALOS HABITOS

Te llevarán a ser débil y feo. Deformarán tus mandíbulas y, con ello, la posición de tus dientes, en perjuicio de tu salud y belleza.



ES UNO DE LOS "DIEZ CONSEJOS" DE LA "CAMPAÑA "PROFIDÉN" DE HIGIENE DENTAL", 1953-1954, DIRIGIDA A LOS ESCOLARES DE PRIMERA ENSEÑANZA, Y QUE "PROFIDÉN" PUBLICA PARA HACER LLEGAR LOS BENEFICIOS DE SU LABOR DIVULGADORA AL MAS EXTENSO NUCLEO INFANTIL.



LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID



Grupo de maestros asistentes a un curso práctico con alumnos párvulos

por su inventor y es muy posible que el éxito, en alguna ocasión, no sea del método solo, sino del modo como su autor lo emplea. En el próximo mes de abril, cuando se incorporen los nuevos reclutas, el Ministerio de Educación Nacional ha previsto otro cursillo, en que los triunfadores de éste enseñen sus métodos a otros maestros, que a su vez, los usarán con los nuevos soldados. Así

podrá claramente deducirse cuál de ellos se adapta más a la capacidad de los analfabetos.

Desde el punto de vista técnico-pedagógico, las experiencias han sido interesantes, positivas y satisfactorias. La U. N. E. S. C. O. ha mostrado gran interés por este movimiento de analfabetización, y en las próximas conferencias que en este mes se celebren en Montevideo, España estará representada por Delegaciones especiales, que expondrán la profunda preocupación que por estos problemas siente nuestro Gobierno.

De los diez métodos seleccionados, tres se han declarado, en principio y de modo oficial, adecuados a los fines de enseñanza rápida de la lectura y escritura. Sus autores son Gregorio Aragón Blanco, maestro de Sección de la Graduada aneja a la Escuela del Magisterio de Logroño; Antonio Paláu Fernández, maestro nacional excedente, hoy dedicado a la publicación de libros para niños, y Matías Martín Sanabria, regente de la Escuela Graduada aneja a la del Magisterio de Toledo.

Con don Matías Martín Sanabria hemos hablado al terminar el cursillo. Es don Matías un hombre por entero dedicado a la enseñanza desde hace unos treinta años. Nació en un pueblecito de la provincia de Zamora, en Mahide de Aliste, y lleva unos veinte años en Toledo, al frente de su escuela de San Ildefonso.

—¿Hace mucho tiempo que inventó usted este método onomatopéyico que lleva su nombre?

—Pues, sí. Hace más de veinte años que lo venimos empleando.

—¿Sabe usted, sobre poco más o menos, cuántos analfabetos dejaron de serlo usando su sistema?

—Se lo puedo decir exactamente. En mi archivo tengo más de 14.000 nombres con su edad, profesión y domicilio, que, en plazos máximos de veintiocho sesiones, lograron aprender a leer y escribir. Entre estos alumnos hay hombres de sesenta años, como los que aprendieron en el pantano de «Gabriel y Galán», en Guijo de Granadilla.

—¿En qué consiste el «Método Sanabria»?

—Podría hacerle algunas observaciones. Fíjese. Cuando un analfabeto llega a la escuela, sabe hablar. No ha necesitado para haberlo conocer el nombre de las letras ni los signos escritos. El aprendiz de lector o el futuro escritor trae consigo un bagaje cultural equivalente al 50 por 100 del esfuerzo que le vamos a exigir. Habla el analfabeto porque, utilizando el oído y la vista, ha logrado una relación directa entre lo que dice y los objetos sensibles que ve y toca. Para hablar emplea unos fonemas, ruidos y sonidos que nada tienen que ver con el nombre de las letras. Yo, en mi método, eliminé esos fonemas y le di a las letras su valor onomatopéyico. ¿Se le ha ocurrido a usted pensar que la che (ch) es igual al estrépito que se produce cuando estornudamos? ¿Se diferencia en algo el fonema de la ge (g) del ruido que se produce cuando intentamos hacer gargarismos? ¿Y no es acaso la ese (s) esa pronunciación de «siseo» que se produce cuando queremos imponer silencio?

Todo esto lo sabe el analfabeto cuando llega a la escuela. El secreto del método está en la adaptación del movimiento muscular a la letra que queremos enseñar. Es fundamental para el maestro conocer perfectamente al niño, como al adulto, antes de pretender enseñarle una sola letra. La letra no entra con sangre, sólo con amor y vocación del pedagogo a la enseñanza.

RECLUTAS EN LA FACULTAD DE LETRAS

Uniformados, en filas de a dos, sin toque de corneta ni golpe de tambor, los soldados de los cinco regimientos, alumnos durante treinta días en estas clases de experimentación, van entrando en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. A las cuatro y media de la tarde comienzan las pruebas finales. Los soldados se reparten en distintas clases y el examen comienza. A cada alumno se le reparten unas hojas que rellenarán a lápiz y unas preguntas que contestarán de palabra. En el encerado de la clase de Geografía hay un geroglífico de rectas y curvas enrevesadas. Por la mañana, el catedrático de la asignatura había explicado a sus alumnos la lección de los isóbaras.

Los reclutas están un poco asustados. Les vienen un poco grandes los pupitres, y las tarimas, y las pizarras de verde. Como pueden, van leyendo despacio en las hojas grandes. Hace exactamente un mes estos 60 reclutas eran totalmente analfabetos. La experiencia, la voluntad y la inteligencia de diez hombres han obrado el milagro de la luz en las tinieblas.

—Oye, Juanillo, ¿tú has puesto todo en los papeles?

—Hombre, todo no; pero he puesto mucho. Además, leer, ya viste que leía de corrido.

—Yo el domingo te echaré a mi madre mi primera carta. Ya la tengo casi terminada. ¿No te da alegría, mucha alegría, Juanillo?

Ernesto SALCEDO



Una fricción diaria
CON
Diplona

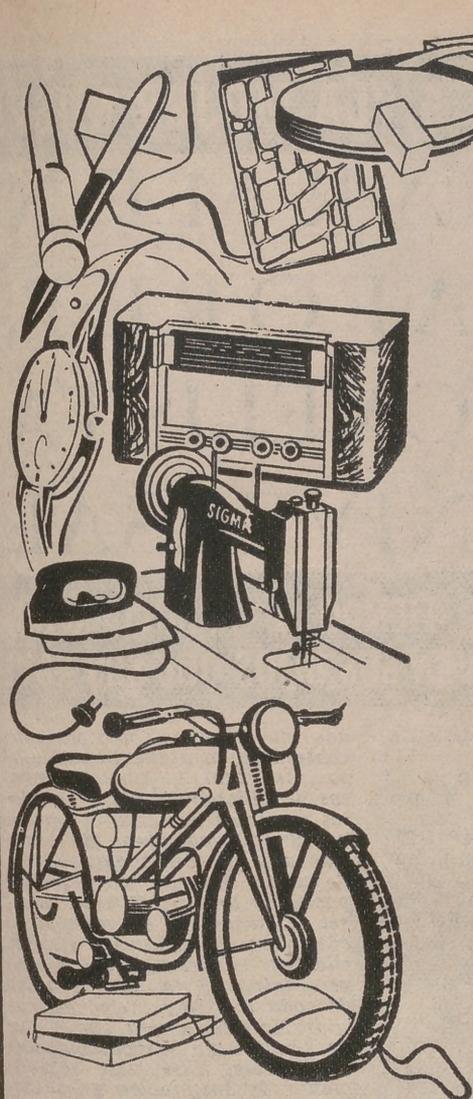
ES SUFICIENTE



PARA EVITAR LA CAIDA DEL CABELLO, ELIMINAR LAS MANIFESTACIONES SEBORREICAS Y REGENERAR LAS ZONAS CALVAS

LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA SOBRE LA CALVICIE

EFICACIA EXTRAORDINARIA



FUNDADOR

EL COÑAC QUE DESTACA
POR SU CALIDAD

CORRESPONDE A LA ATENCION
DE SUS CONSUMIDORES

CON LA DISTRIBUCION DE

100.000 PREMIOS DE ENTREGA
INMEDIATA, ADEMAS DE OTROS
MUCHOS PREMIOS EN METALI-
CO Y EL DERECHO A PARTICIPAR
EN SU EMISION **LA MELODIA
MISTERIOSA** MAS FACIL Y
ATRACTIVA QUE NUNCA.

AL COMPRAR UNA BOTELLA

DE COÑAC

FUNDADOR

NO OLVIDE PEDIR

"EL SOBRE SORPRESA"



FUNDADOR

Domecq



EL COÑAC SECO POR EXCELENCIA

DE "NADA" A "LA MUJER NUEVA"

CARMEN LAFORET, NOVELISTA UNIVERSAL

MÁS TIEMPO Y PREOCUPACIÓN LE LLEVAN SUS HIJOS QUE SUS NOVELAS



MUY pocas jamás literarias admiten una comparación seria con la de Carmen Laforet. Entre los novelistas españoles, su nombre no sólo tiene ya una universalidad conquistada, sino que cualquier rasgo de su producción, aunque sea el de una novelita corta, siempre provoca curiosidad y pasión.

Carmen Laforet nos lleva por el pasillo de su casa hasta una salita cómoda, en la que se va a celebrar la entrevista. El rostro de la novelista es expresivo. El pelo le cae a un lado y a otro de la cara, como a Juana de Arco. Un cierto aire de timidez da a entender una honda vida interior. Comienza la entrevista.

CASTILLO PUCHE.—¿Cuántas ediciones lleva su obra «Nada»?

CARMEN LAFORET.—Vamos por la décima edición.

CASTILLO PUCHE.—¿A una por año?

CARMEN LAFORET.—Eso es. **CARLOS ALVAREZ.**—¿A qué idiomas ha sido traducida?

CARMEN LAFORET.—Al francés, al alemán, al italiano, al portugués, al holandés, al sueco, al danés...

CATARINEU.—¿Qué piensa del guión de película de su novela?

CARMEN LAFORET.—Me parece muy malo. No estoy contenta de la película.

CASTILLO PUCHE.—¿A qué lo atribuye?

CARMEN LAFORET.—A que siempre cualquier director quiere ser poco menos que el creador de la obra. Y en mi cinta llegó hasta el límite de lo ridículo.

CARLOS ALVAREZ.—¿Le dio mucho dinero?

CARMEN LAFORET.—Me dieron 20.000 pesetas a plazos.

CATARINEU.—¿Y no se la han pedido fuera también?

CARMEN LAFORET.—Sí, en la Argentina.

CARLOS ALVAREZ.—¿Con más fortuna?

CARMEN LAFORET.—Sí, con algo más de fortuna.

CASTILLO PUCHE.—Y el teatro, ¿no le tienta?

CARMEN LAFORET.—No sé todavía lo que puedo hacer en este aspecto; pero por ahora no me lo he propuesto.

CARMEN LAFORET, MUJER DE SU CASA

El gran chasco se lo llevará quien sólo conozca a Carmen Laforet a través de sus novelas y cuentos y la vea moverse en su hogar. Las criaturas literarias de Carmen Laforet con frecuencia dan la impresión de seres un poco desarraigados y caprichosos, con ganas de vagabundaje y un gran deseo de libertad de acción. Parecería lógico encontrarse con una muchacha desenvuelta, algo absurda, algo pesimista y, por lo menos, con gran propensión al escepticismo. Y Carmen Laforet es todo lo contrario. Carmen Laforet es un caso tremendo de timidez y aislamiento. No timidez por falta de recursos para imponer su personalidad, sino timidez por ansia de soledad y desconocimiento voluntario de los pequeños problemas del contorno. Su aislamiento es muy posible que sea la piedra de toque de toda su obra. Carmen Laforet no está influida por nada ni por nadie, sino por sí misma y por el curso de su vida. Ella labora a ratos perdidos, unas veces con grandes urgencias y otras con calma, sobre aquellos tipos e ideas que se le van perfilando en el alma. Una lectura reposada de nuestra escritora

nos muestra que, bajo un aparente despegue y una ironía de tipo intelectual, hay muchos enteros de humanidad y ternura, datos preciosos de sencillez y rectitud. Sus últimas obras le han nacido al calor del hogar, rodada de niños. Más tiempo y preocupación le llevan a Carmen Laforet sus hijos que sus novelas. La educación de sus hijos es para ella tan importante, que es ella personalmente la que se ocupa de todo lo que se relaciona con ellos. Ha sido la casa, con su carga terrible de responsabilidades y alegrías, casi una segunda fuente de inspiración para Carmen Laforet, porque añadiendo a su intuición y a su potencia imaginativa los documentos humanos vivos es como ha logrado esa serie de emociones, reacciones y matices que forman como una segunda naturaleza de la artista y que impregnan toda su obra, sobre todo en sus últimas manifestaciones, de una riquísima vena de humanidad.

Aparentemente, Carmen Laforet puede parecer reservada, fría y un tanto arisca; pero no hay nada de eso. Carmen Laforet es toda dulzura, comprensión, espontaneidad. Lo difícil es llegar hasta ella.

CASTILLO PUCHE.—¿Cuántos hijos tiene?

CARMEN LAFORET.—Tres hijos.

CATARINEU.—¿Es cierto que tiene recogido además un niño algo pariente y sin familia?

CARMEN LAFORET.—Vive con nosotros hace ya algún tiempo.

CARLOS ALVAREZ.—¿En qué horas escribe mejor?

CARMEN LAFORET.—Escribo bien a cualquier hora, siempre que tenga ganas y me dejen.

CATARINEU.—¿Quién se lo impide?

CARMEN LAFORET.—Las mismas preocupaciones de la casa. Desde que he venido de veraneo ya hemos tenido tres anemias, una difteria y una gripe fuerte.

CASTILLO PUCHE.—¿Trabaja en alguna novela larga?

CARMEN LAFORET.—Tengo entre manos «La mujer nueva».

CARLOS ALVAREZ.—¿Ya la tiene escrita?

CARMEN LAFORET.—La tengo muy pensada. Cuando me ponga a escribirla será cosa de ir desde el principio al final de un tirón.

CATARINEU.—¿Nos podría contar a grandes rasgos esta nueva novela?

CARMEN LAFORET.—Contarlo no creo que sea divertido. Leerla, sí que puede ser distraído.

CASTILLO PUCHE.—Y sus artículos, ¿le dan mucho trabajo?

CARMEN LAFORET.—Esos salen sobre la marcha.

CARLOS ALVAREZ.—¿Construye y corrige mucho esas novelitas cortas?

CARMEN LAFORET.—Todas estas cosas menores, que están hechas para salir del paso y sacar un poco de dinero, no se puede decir que las trabaje mucho. Las novelas largas sí que las trabajo más; a las novelas les doy muchas vueltas.

CATARINEU.—¿Le llevan mucho tiempo?

CARMEN LAFORET.—Me llevan trabajo al pensarlas; pero después todo consiste en ponerme a la máquina y ver claro el asunto. Después, tan pronto me entran los personajes y el asunto, ya no paro.

CARLOS ALVAREZ.—¿Pone personajes reales en sus novelas?

CARMEN LAFORET.—Yo hago novelas, no biografías.

CATARINEU.—¿No se ha retratado nunca en sus novelas?

CARMEN LAFORET.—Nunca.

CASTILLO PUCHE.—Explíquenos un poco su vocación literaria.

CARMEN LAFORET.—Se tiene talento para escribir como se tiene para cocinar. Yo para otras cosas soy un «trasto», y, sin embargo, lo de escribir me nace como algo naturalísimo. Una da espontáneamente lo que ha visto y sentido muy dentro de sí; pero sin poder precisar tampoco por qué elige esto o aquello.

CATARINEU.—¿Por qué no va a tertulias y a cafés?

CARMEN LAFORET.—Yo no creo que sea malo ir. Pero no me es necesaria la tertulia. La mayoría de las veces estos corrillos son aburridos y están llenos de mentideros, de chismes. Quizá están bien para época de juventud, que crea esa impaciencia en los jóvenes para llenarse de cosas.

CARLOS ALVAREZ.—¿Cuáles suelen ser sus lecturas preferentes?

CARMEN LAFORET.—No leo periódicos ni revistas. No sé leer más que libros. De las cosas de los periódicos y de las revistas, aunque las lea, no me entero.

CASTILLO PUCHE.—¿Conserva las críticas, buenas o malas, que se hayan hecho sobre usted y su obra?

CARMEN LAFORET.—Pues, no.

CASTILLO PUCHE.—¿A qué hora se levanta?

CARMEN LAFORET.—Me suelo levantar bien temprano, a las



«Se tiene talento para escribir como se tiene para cocinar...»



Carmen Laforet es toda dulzura, comprensión, espontaneidad...

seis, lo más tarde a las siete, y lo más tarde que me acuesto es a las doce. Muchas veces, a primeras horas de la mañana salgo a dar un paseo.

CATARINEU.—¿Cultiva la poesía?

CARMEN LAFORET.—Nunca, claro está, si quiere decir si hago versos.

CARLOS ALVAREZ.—¿Le gusta viajar?

CARMEN LAFORET.—Me encanta. Me gustaría ir a cualquier parte. Me divierte mucho todo lo nuevo que visito y veo. No es necesario que sea un viaje al extranjero. Aunque sea a Cuenca, lo paso muy bien.

CASTILLO PUCHE.—Si se convocara algún premio para novelistas de gran cuantía, ¿se presentaría?

CARMEN LAFORET.—Desde luego, sí que sería cosa de probar fortuna; pero siempre que no fuera un premio hecho exclusivamente para descubrir valores nuevos. En ese caso no me parecería honrado?

CARLOS ALVAREZ.—¿Cuál fué su primer premio?

CARMEN LAFORET.—Un artículo que escribí en una revista femenina.

UNA MUJER SIMPATICA Y DULCE, PERO UN TANTO IMPENETRABLE

Carmen Laforet está tan jo-

ven como las protagonistas de sus novelas, esas muchachas un tanto rebeldes y agrias, que quizá sólo lo son en la letra, porque el espíritu de Carmen lo que transpira es lozanía, mucha alegría interior y una gran paz. Lo que define y separa a Carmen Laforet de muchas vocaciones literarias femeninas es que Carmen es más concentrada, más profunda, más rica espiritualmente, más repleta de secretos poéticos y cualidades humanas. Alguien podía tomar por orgullo su alejamiento de todos los dimes y diretes, de tertulias y círculos literarios. Sin embargo, no es sino modestia, deseo de silencio y verdadero afán creador. Ella está en el centro de su vida, junto a su marido y a sus hijos, completamente atenta a las voces interiores, y no quiere complicaciones. Coincide también que su obra no ha sufrido merma una religiosidad intensa y profunda. Que el proceso de Carmen Laforet es auténtico lo prueba el hecho de que la belleza de su obra no ha sufrido merma con tal actitud. Más bien se puede decir que su actividad literaria se ha enriquecido, acumulando al trabajo artístico un sinfín de exploraciones humanas de la mayor trascendencia.

CATARINEU.—¿Qué autor extranjero le parece más interesante en la actualidad?

CARMEN LAFORET.—Dostoievsky.

CARLOS ALVAREZ.—¿Qué autor español le interesa más en el momento presente?

CARMEN LAFORET.—Cervantes.

CASTILLO PUCHE.—¿Qué dice de Miró?

CARMEN LAFORET.—Lo considero un camino muerto en novela.

CATARINEU.—¿Y Baroja?

CARMEN LAFORET.—Que en novela estamos todos bien cerca de él y a mí me interesa mucho.

CARLOS ALVAREZ.—¿Y de los actuales?

CARMEN LAFORET.—Leo muy poco.

CATARINEU.—¿Le parece mejor «La isla y los demonios» que «Nada»?

CARMEN LAFORET.—Yo pienso que es más novela, que hay menos truco en ella.

CASTILLO PUCHE.—¿Le faltan o le sobran temas?

CARMEN LAFORET.—Me sobran. Sólo con lo que una oye contar es suficiente. Luego está lo que una se imagina, que también es un ancho campo.

CARLOS ALVAREZ.—¿Es cierto que en su vida se ha dado una transformación total desde el punto de vista religioso?

CARMEN LAFORET.—Puede decir que, sin hablar para nada de milagro, sí se puede hablar de conversión. Porque mis pensamientos y mis sentimientos cambiaron radicalmente en poco tiempo. No se puede decir que sea un regreso a la fe, sino algo más portentoso: que ha sido la llegada. Dios, con su Gracia, ha querido que conozca un mundo que no conocía.

CATARINEU.—¿Piensa publi-



«Mis pensamientos y mis sentimientos cambiaron radicalmente en poco tiempo...»

car el libro sobre «La misa», que tenía prometido?

CARMEN LAFORET.—No.

CASTILLO PUCHE. — ¿Suele enseñarle lo que escribe a su marido para que lo refrende con su autoridad de crítico?

CARMEN LAFORET.—Muy de

tarde en tarde, y sólo en las novelas largas le leo alguna cosa; pero del resto ni se entera. Tampoco él me tiene al corriente de sus notas y apuntes de crítico. Es una labor muy separada la nuestra; pero, como pueden suponer, muy acorde. A mi marido lo conocí, precisamente, llevándole «Nada» a que la leyera como editor. El me aconsejó que la llevara al premio y estaba dispuesto a publicarla, aunque en ello saliera yo perdiendo, porque de ningún modo podía pagarme lo que creía que valía. Lo creo muy honrado siempre en sus juicios.

CATARINEU.—¿Está contenta del éxito de «La llamada»?

CARMEN LAFORET.—El editor me ha dicho que va a tirar la segunda edición. La cosa no va mal.

«LA MUJER NUEVA» SERA UN EXITO: PRONOSTICO A TIEMPO

Lo mismo que «La llamada» ha sido un éxito porque el estilo conciso de Carmen Laforet, sobrio, vibrante, de una emoción interna y sugestiva, se ha recreado en unos personajes atractivos, nobles, estupendos, «La mujer nueva» creemos que será un desconcierto hasta para los críticos. Porque nada más difícil de clasificar y definir que el talento de un novelista. Nunca se sabe por dónde va a salir en la próxima obra. Y Carmen Laforet, no hay más que verla y tratarla, se

encuentra en un estado de madurez y sosiego muy reveladores. Nada de pasiones bajas ni ruines comentarios alrededor de las obras de los demás. Pura expectación, ecuanimidad, sonrisa, indulgencia, feminidad...

Cada día más mujer y más artista. Cada día más madre y más inteligente. Cada día más soñadora y más comprensiva. Cada día más Carmen Laforet.

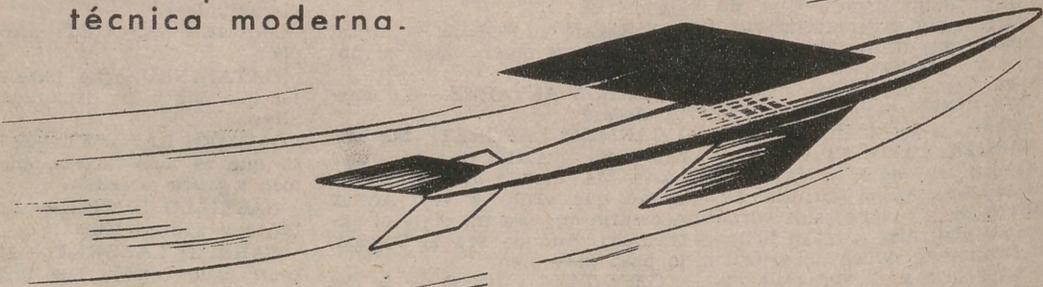
Y aquí acaba la entrevista. Como decíamos al principio, es muy difícil hablar con Carmen Laforet. Jamás expande el diálogo hasta los límites deseados por los que preguntan. Su idea íntima, reflejada en la expresión, es como de la timidez a la fiera. A veces responde con cierto miedo, a veces con fiera. ¿Cuál es la verdad última de esta mujer? Mientras nos despedimos de ella pensamos que bajo la anécdota y, habrá que confesarlo, el tópico más o menos interesante de la conversación profesional, Carmen Laforet continúa sola consigo misma, inédita. Hemos visto el agua, pero no la fuente. El hilo, pero no el ovillo. Pero en este caso nada se puede concluir porque, según propia y rigurosa, y hasta accidentada confesión, nada hay de biográfico en la obra de Carmen Laforet. Es igual. La obligación del periodista se refiere exclusivamente a la obra, según viejos cánones. Lo demás no importa. Lo demás es lo que no dijo la novelista.

(Fotografías de Mora.)

Cortar

CON MÁS RAPIDEZ Y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS

PROBLEMATICA SOCIAL

DIRECTRICES DE SU DEONTOLOGIA

Por Julio ROSADO

EN el ámbito de lo social, desde su ángulo económico, se proyectan cada vez con más urgencia, los contornos de una dialéctica moral detallada y precisa. Porque si bien es cierto que todo el mundo sabe que las relaciones en este orden de cosas marchan sobre dos ruedas fundamentales—la caridad y la justicia—trabadas por el espíritu cristiano, quizá muchos ignoren la trayectoria que describen sus órbitas respectivas. Por eso no es de extrañar que algunos fácilmente confundan las conexiones de una y otra virtud admitiendo interferencias ilusorias o despreciando el alcance de cada una. Por eso también quizá no sea impropio refrescar y divulgar nociones básicas en esta materia.

La complejidad creciente de los fenómenos económicos ha desorbitado, momentáneamente y desde luego de un modo superficial y aparente nada más, las nociones clásicas de justicia y caridad, habiéndose llegado al extremo de confundir ambas virtudes en una sola entidad ética. Y, sin embargo, la realidad es que una y otra continúan describiendo a su alrededor círculos cada vez más dilatados, y al parecer heterogéneos, pero rigurosamente concéntricos y uniformes con su idea central. ¿Qué ha ocurrido, pues, con la caridad cristiana, que al matizarla de lo social por exigencias de los tiempos modernos, parece desdibujarse y ceder su propio campo a otras obligaciones morales? Sencillamente, que ha extendido su esfera de irradiación, no tanto por el progreso económico de la vida moderna, cuanto por una mayor elucidación de sus principios constitutivos, iluminados providencialmente con el contraste de las nuevas realidades económicasociales. Desde luego, debemos dejar sentado que la caridad cristiana, ante todo y sobre todo, es una virtud formalísimamente teológica, y, por lo tanto, de tipo individual, puesto que es la reguladora de las relaciones íntimas entre Dios y el hombre. Empero, este carácter personalista de la caridad lejos de obstruir sus virtualidades comunitarias o sociales la estimula y hasta requiere por exigencias de su propia constitución, al ver en todas las criaturas, y principalísimamente en las criaturas humanas, la imagen de Dios. De ahí que no se pueda concebir una caridad ardiente sin una beneficencia operante, como ya lo insinuó el apóstol Santiago. No se puede decir que se ama a Dios si no se ama a sus criaturas; y no se ama a sus criaturas si no se les beneficia en alguna forma.

Pues esta modalidad de la beneficencia cristiana, como imperativo de la caridad, es lo que ha hecho en nuestros tiempos que se hable de caridad social, palabra desconocida en los siglos precedentes. Desde que empezó el cristianismo no cabe duda que ha habido obras de misericordia e instituciones de beneficencia. Pero no es menos cierto que hasta ahora no se ha procurado dar a esta actividad accesoria o secundaria de la reina de las virtudes una proyección verdaderamente social. ¿En qué consiste esta proyección social de la caridad que requieren los problemas económicosociales de nuestros días y que en cierto modo elevan la caridad secundaria o beneficencia al plano de lo social? Sencillamente, en adoptar frente al prójimo necesitado o indigente una doble postura: primera, en dirigir nuestra compasión eficiente y bienhechora no sólo a los individuos determinados al alcance de nuestra mirada o a grupos concretos evocadores de nuestra emoción compasiva, como hasta aquí se venía haciendo a través de toda la gama de socorros y obras asistenciales, sino también, y quizá ante todo y sobre todo, a la comunidad entera anónima y desconocida que por encontrarse en su mayoría en un estado de postración relativa merece y reclama nuestro amor, aunque

sus gemidos y quejas no hieran directamente nuestra sensibilidad, con lo cual se acrisola nuestro comportamiento; segunda, en extender el radio de nuestra cooperación voluntaria no sólo a cierta clase de miserias, sino al conjunto de necesidades de toda índole de nuestros semejantes, procurando en la parte elícuita que nos sea factible elevar su posición total y dignificar progresivamente su existencia, suavizando las relaciones de toda índole, empezando por las más vidriosas y disociativas, como son las laborales. Con lo cual evidentemente la caridad cristiana sube de quilates en cantidad y calidad mediante esa doble aspiración impuesta por las circunstancias de nuestros días y justísimamente se puede titular caridad social, no precisamente porque deba ejercerla primariamente la sociedad o ente colectivo, sino porque debe practicarla el individuo con horizontes cada vez más dilatados en todas sus dimensiones.

A su vez, en el campo de la justicia ha habido paralelamente un proceso evolutivo no menos interesante. Dejemos también enunciado que la justicia, ante todo y sobre todo, tiene un rango deontológico inferior a la caridad por tratarse de una virtud simplemente cardinal. Esta discriminación elemental nos inmuniza contra toda posible tergiversación de ideas fundamentales en moral sociológica. Pero añádamos a continuación que su ca-

Señora:
He aquí su
Media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio
nada caro!

Vilma
KNIT OF DUPONT NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EJEMPLO EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

tegoría ha subido sin desprenderse de sus elementos esenciales, eternos e inmovibles, de quilates al revestirse en nuestros días de la modalidad de justicia social. ¿Por una simple novedad terminológica sin fundamento en realidades objetivas? De ninguna forma. ¿Por una caducación imperiosa de la trilogía clásica de sus especies fundamentales? Tampoco. Sencillamente porque sus virtualidades potenciales soterradas hasta aquí, al conjuero de la técnica económica y de la política social, han alumbrado nuevos veneros de aplicación de sus principios perennes, concretamente en el terreno de la propiedad. El nuevo concepto, o mejor dicho, la delineación cada vez más precisa y exacta de este derecho ha exigido un ensanchamiento de la preceptiva regulada por la justicia originando esa nueva figura de virtud cristiana que se llama justicia social. En efecto, si concebimos a la propiedad más que como un derecho individual como un condominio «sui generis» enraizado en la comunidad y en el individuo al mismo tiempo, es evidente que ante el moderno propietario se proyecta un nuevo acreedor que hasta ahora no se le reconocía, y, por lo tanto, no se le compensaba, crematísticamente en la forma adecuada. ¿Cuál es este nuevo acreedor que puede y debe exigir, aunque no lo haga jurídicamente, prestaciones concretas al titular o mejor al cotitular de una parcela del patrimonio común? Sencillamente, la comunidad, que a estos efectos culdaremos muy mucho de no confundir con el Estado o estructura jurídica de la misma.

Tomamos por caso el dueño de una dehesa. ¿Podrá su propietario hoy día darse por satisfecho con cumplir sus obligaciones conmutativas, entre las cuales descuellan las laborales y sus compromisos fiscales o tributarios escrupulosamente, dejando improductiva o menos productiva su tierra por culpa propia? Evidentemente la comunidad quedaría defraudada de un derecho legítimo consistente en disfrutar en la mejor calidad posible los productos de ese predio. Y el propietario frustraría lamentablemente el deber primario y destino fundamental que Santo Tomás asigna a la riqueza apropiada: su máxima productividad. Por eso, a la luz de estas reflexiones, es lógico admitir una nueva especie de justicia radicalmente distinta de las tres especies conocidas. Justicia que por su propia condición específica es la mayor virtud social. En efecto, si toda justicia se caracteriza, entre otras notas discriminantes, por la alteridad, con lo cual se diferencia de otras muchas virtudes individualistas, mucho más la justicia social, uno de cuyos extremos es la sociedad entera, merece esta denominación. Tenemos, pues, que al ampliar el campo de la justicia a terrenos antes desatendidos, necesitamos construir una nueva entidad con la correspondiente teoría de derechos y deberes que no es del caso enumerar, y que los tratadistas irán, poco a poco, configurando científicamente. Claro está que al referirnos nosotros al propietario como principal originante de la justicia social, tomamos esta palabra propietarios en sentido amplio, abarcando no sólo al terrateniente, sino también al capitalista, al empresario y, en general, a

todo titular individual o colectivo de una fuente de bienes materiales.

Una cosa debemos aclarar también. Esta justicia social, a la cual nos venimos refiriendo, no debe confundirse con la justicia legal ampliada a los tiempos modernos, o con cualquier otra actividad estatal, a no ser tomando imprópiamente el término justicia social. Los deberes de justicia social son, ante todo y sobre todo, actividades de la órbita individual o privada. Solamente deben pasar al dominio estatal y adquirir forma coactiva por el incumplimiento mayoritario de los particulares. Pero entonces no seran, rigurosamente hablando, deberes de justicia social, sino obligaciones de justicia de tipo legal modernizada.

Para terminar esta breve disquisición vamos a hacer un cotejo entre la caridad social y la justicia social. La distinción entre ambas virtudes que aparentemente se mueven en el mismo plano por tender al mismo objetivo, el bienestar común, es notoria. Mientras que la caridad social tiene por punto de partida las necesidades del prójimo y en segundo término las posibilidades del sujeto caritativo de suerte que sus deberes urgen en tanto en cuanto existen las necesidades a remediar y en la medida o proporción que tengan sus recursos, no pudiendo aquietar nuestra conciencia mientras exista una sola boca hambrienta y no se le haya remediado razonablemente conforme a nuestras posibilidades, la condición de la justicia social es muy otra. Atiende primariamente, por no decir exclusivamente, a las posibilidades del justo y no cuenta para nada las necesidades del acreedor. Esto parecerá un poco duro, tanto más cuanto que la justicia social ha nacido precisamente del clamor de los depauperados, valientemente recogido por los Papas y autores cristianos. Pero la justicia será siempre justicia, como quiera que se le llame; es una cosa rígida, pero para ambos extremos o sujetos de la relación. Al deudor de justicia formalísimamente como tal, ni se le puede tolerar que se quede con un céntimo de más que no le pertenece, como tampoco se le puede exigir a título de justicia un céntimo de más, aunque se hunda el mundo. Es una exigencia de su naturaleza íntima y excelsa, cuya transgresión equivaldría a deformarla y adulterarla con la consiguiente secuela de esterilización. Y los males sociales tienen otros muchas virtudes para su alivio y la comunidad muchos recursos para su bienestar. Respetar el campo de cada uno y no convertir una medicina en panacea universal de las enfermedades sociales será buen camino para curarlas, dejándonos de sensiblerías y modernismos.

Finalmente se nos dirá. Con este ensanchamiento que supone la justicia social, ¿no correrá peligro el ejercicio de la caridad social? Evidentemente que no. Empecemos por decir que la caridad social entrega a la comunidad generosamente lo nuestro, mientras que la justicia social entrega lo suyo. Después podemos recordar el fenómeno paralelo que observamos en el campo estrictamente político. El fortalecimiento de la autoridad bien entendido lejos de perjudicar favorece al desarrollo de la libertad individual. No importa que aparentemente la autonomía personal quede menguada en ciertas esferas por las injerencias necesarias y discretas del poder público, si esta intromisión nos facilita y abre campos dilatados para el ejercicio de nuestras iniciativas particulares compensándonos, como de hechos nos compensan, con creces la pequeña pérdida. De una forma algún tanto parecida, por mucho que extendamos el área de los deberes de la justicia social, el hombre cristiano descubrirá cada vez territorios más dilatados de ejercitar su beneficencia completando, por decirlo así, las lagunas inevitables que siempre quedará detrás de sí la práctica de la virtud cardinal. Parece como si hubiera una carrera interminable entre los bienes y las necesidades del género humano. Pocas veces en la Historia se habrá dado el caso de que la producción universal de bienes haya adquirido el volumen de nuestros días, tanto en magnitud como en caridad. Pero también nunca como ahora se habrá visto el crecimiento progresivo de exigencias y necesidades de toda índole de la humanidad, quedando siempre un déficit mayor entre una y otra cantidad. Aparte de que la caridad social en un aspecto secundario también puede y debe perfumar siempre el cumplimiento más o menos penoso de los deberes de justicia, envolviendo la entrega obligatoria de los bienes económicos a personas indeterminadas con el aroma del amor divino piadoso en las relaciones fraternas del género humano.

OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA
OPINION PUBLICA

La única publicación que se edita en lengua castellana sobre técnica e informaciones doxológicas

El pulso del mundo a través de las encuestas de Institutos de Opinión Pública extranjeros

Suscripción semestral: 30 pesetas (un número al mes)

Administración: Monte Esquinza, 2
MADRID



Este **PHILIPS**
es para Ud.

La sorprendente sensibilidad merced al PASO EN ALTA FRECUENCIA y selectividad por su ENSANCHÉ INFINITO le harán oír desde Australia al Canadá y de Noruega a la Argentina, recorriendo las innumerables emisiones diarias de todo el Mundo.

¡TOME NOTA

RECEPTOR **BE 631 A** !
5.241,45 PTAS.
(Incluido impuestos)



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S. A.

Pág. 31.—EL ESPAÑOL



SANTANDER

LAS CINCO CARAS DE LA MONTAÑA

UN ABANICO DE TENTACIONES PARA LOS

PARAECIA fresco de playa y era aire de sierra y niebla de las alturas. En los picos de Reinosa el semblante del tiempo estaba húmedo, y húmedo seguiría después cuando, ya en la luminosa bahía de Santander, la bruma jugase a suprimir con guifios caprichosos el verde de la otra orilla.

El tren sólo tenía que bajar, echarse por la pendiente del valle del Besaya, donde las truchas abundan y es hielo casi el agua, que se bate entre peñascos. Pero también resulta duro descender, aunque tire del convoy una flamante máquina eléctrica recién estrenada. Quizá ocho túneles, quizá nueve, sea preciso atravesar en el rizo a que los carriles se cifien entre Media Concha y Bárcena. Las lucitas del pueblo, perdido en lo hondo, se ocultan y asoman según el tren da vueltas y revueltas como un velero navegando en bolina. La oscuridad encubre el paisaje; sólo adivinación som-

bría por la noche, vendrá su presencia ahora, con esas cinco caras que Emilio Guinea ha descubierto con paciencia de entusiasta. La bruma está ahora más cerca del corazón de la Península, tendido eléctrico para la marcha de los trenes, se verá en mayor grado el ferrocarril Santander-Burgos a término.

Un abanico de tentaciones para los ojos se abre ahora antes de llegar a lo suyo, sin embargo, le el pulso y el maraje a una provincia bajadora. Uno de los grandes deseos de los viajeros es llegar a la capital. Este y el Oeste, el rada avizorante de un lazarillo conocido, los datos caen al mirar posterior se al meollo de los objetos y te queda el mar.

sus cosas tienen demasiados rostros. No se puede hablar de ellos también en un solo viaje.

CON EL OTOÑO, SANTANDER DUERME EN SI MISMO

Ahora todo es sosiego. Llega con el otoño, cuando se van los que acudieron de fuera para mojarse en el mar y dar descanso a la mirada. Los cafés, medio vacíos, sólo tienen clientes semihogareños que juegan al «chamelo» o hablan de temas comarcales. Esta es la otra cara de Santander, con la bahía cruzada por trasatlánticos y los pesqueros de Puerto Chico, o por alguna rezagada canoa que sigue cortando el agua un poco fuera de tiempo. Tal vez sea la faceta más auténtica de la ciudad, cerrada en sí misma. La otra, sin embargo, vale la pena, y deja en muchas arcas dinero con que vivir durante la invernada.

Lo cierto es que falta lo adjetivo. Aunque nunca se pierde, en Santander puede buscarse mejor en esta época el matiz ganadero, agrícola y forestal que da carácter y solidez a su economía. Del bosque, madera; de los prados, heno para pasto, que luego será leche y manteca y queso de buen comer. Quedan aparte el mar y el subsuelo, y las fábricas, que también ayudan a vivir. Con el tema primero hay ya bastante. Aunque entre todas estas oportunidades para el trabajo, mezcladas entre sí íntimamente, se dé sostén a una población rica y optimista. Con un nivel de vida tan alto que no hace falta preguntar: entra por los ojos según se camina por las calles o se viaja por las carreteras.

LOS CINCO PAISAJES MONTAÑESES

Están catalogados ya. Un libro excepcional, que la Diputación de Santander financió y escribió amorosamente don Emilio Guinea, los describe. El libro es una de esas obras que enorgullecen a los que tomaron parte en su creación. Encierra, entera y verdadera, toda la fisonomía geobotánica de la Montaña. Es como un retrato minucioso y fiel que contuviera también la anatomía del individuo reproducido.

Comienza a la orilla del mar. Dunas, marismas y cantiles se reparten las notas típicas del ambiente. Aquí el hombre ha tenido mucho que ver. Por ejemplo, las marismas más típicas y extensas, en los alrededores de Santoña, fueron desecadas y puestas en cultivo, con gran desesperación de los naturalistas, que allí tenían un terreno de estudio excepcional. Lo malo para ellos, claro, es que hay más necesidades en este mundo. Pero era un paisaje pintoresco, quebrado y lleno de sorpresas, que los que corrimos aventuras infantiles por él recordamos con cierta melancolía.

La segunda faz engloba tierras más altas. Hasta los quinientos e incluso setecientos metros de nivel alcanza su dominio. Los argomales, las praderas, el maíz, los bosques de eucaliptos en las zonas bajas y de pinos en las



Una plaza céntrica del moderno Santander

altas la caracterizan. Y después vienen los peñascales y laderas inclinadas, donde abundan pastos y encinares, hayedos, robledales... También los hay más abajo. Pero el haya marca el límite más alto, resistiendo incluso niveles de 1.500 metros.

Y ya llegan las cimas, las cabeceras de los valles y los ríos con bosques tupidos, donde el hacha no se ensañó, y exiguos pastos.

Y, por último, las cumbres. Paisaje árido, seco, de aristas y desolación, donde la gracia viene del aire puro, los barrancos cortados y el cielo límpido cuando se deja ver. Como espécimen más puro se ha escogido siempre los Picos de Europa. No vale la pena descubrirlos. Se queda uno corto por fuerza. El que quiera gozarlos que suba hasta allí.

Es sobre estos paisajes, definidos a vuelapluma y con muletas de sabio, donde la vida agrícola y ganadera de Santander se desarrolla. Luego de descrito el escenario, viene lo demás.

UNA PRADERA CON UNA VACA BLANCA Y NEGRA

De tiempos antiguos, como recuerdo de heroísmo marineros,

Típica escena montañesa

les vienen a las villas de la costa santanderina esos blasones con galeras navegando. A un hombre de hoy, dejándose llevar por el paisaje, quizá se le ocurriera



En estas tres fotografías ofrecemos una muestra del paisaje santanderino (San Pedro del Romeral), la Correría de Castro Urdiales y el Cantábrico desde la atalaya de Piquío



El ganado vacuno, una de las más grandes riquezas santanderinas

añadir a estos emblemas un cuartel más con una vaca blanca y negra pastando sin prisa en un prado verdísimo. Lo curioso es que este animal, unido ya sin remedio a la geografía montañesa, es extranjero. Llegó a finales del siglo XIX de las tierras bajas de Holanda, y desde entonces ha ido desplazando a la raza del país. Esta tenía más variado color: desde el gris plomo oscuro hasta el colorado rubicundo, multitud de variedades cromáticas la definían. La vaca suiza también tiene color rojo. Vino de fuera, como es natural. Y aunque al principio tuvo fortuna, luego decayó. Parece que la cría de este ganado aumenta gracias a la demanda de las Vascongadas. La vaca holandesa despierta más deseos. Muchos más que las otras. De treinta a cincuenta mil reses salen cada año de la provincia para los establos urbanos de Madrid y Barcelona principalmente. El caso es que de las vacas—unas doscientas mil hay en la provincia—nacieron las fábricas. Las fábricas de crema, y de leche condensada y de quesos, claro, que se llevan para transformar la mayor parte de los trescientos mil litros de leche que a diario da el ordeño.

Está en retroceso la cabaña trashumante, que se subía a los montes en verano e internaba en los valles. Se ha industrializado casi totalmente esta actividad. Y las torres de los henares, donde la hierba se cura para el tiempo de escasez, son como chimeneas sin humo que señalan el lugar de unas factorías semifamiliares, donde el trabajo está realizado por muy pocas personas.

LA ESCASA COQUETERIA DE LA VACA

Fué en Mazcuerras. Un poco más allá de Torrelavega y de Ca-

bezón de la Sal. Aquí, en Santander, como en casi todo el Norte, las ciudades no acaban ni empiezan. Están unidas por un cordón casi continuo de casas alineadas en el borde de los caminos. De Santander a Torrelavega el cordón no se rompe. Luego, hay claros, pero muy pocos.

Volviendo adonde íbamos, fué Mazcuerras el sitio en que uno pudo comprobar que a la vaca no ha llegado todavía la coquetería. Cuando el fotógrafo buscaba las posturas más airosas de unas cuantas que pastaban sin alterarse, ellas se dejaban recoger en las placas con desdenosa mansedumbre. En cambio, al intentar lograr un primer plano con una chiquilla al lado, vino la rebeldía y el tener que recurrir a retorcer la oreja del rumiante y el rabo incluso, sin que así siquiera se consiguiese un dominio absoluto.

En Mazcuerras—prados con setos de arbustos, casonas de pie-

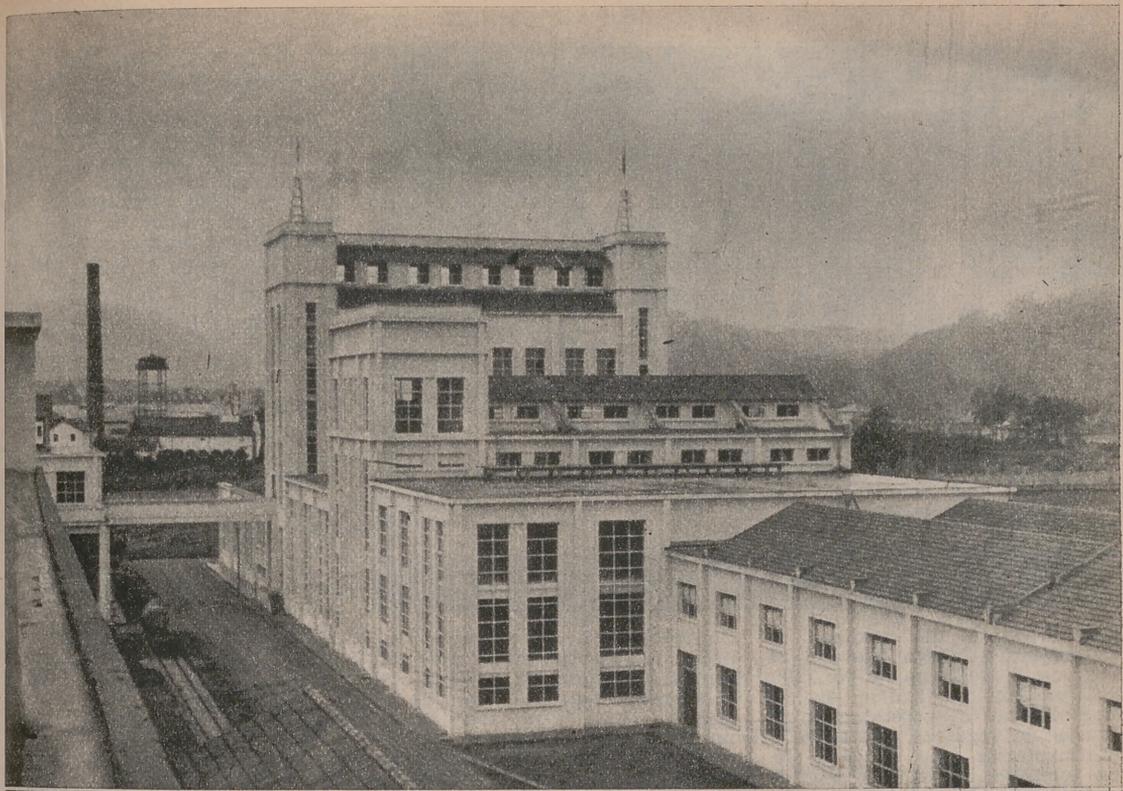
dra dorada, montecillos con telones de eucaliptos—se resume el paisaje de las tierras bajas de Santander. La niebla, pertinaz y blanda, acercaba el cielo a la tierra. Y daba al ambiente un aire entre submarino y superalto. Uno no sabría decir si se hallaba en las entrañas del mar o escondido en el seno de una nube. Allí crecía un maíz de dos metros, cuando menos, de alto. Era un híbrido americano que su cultivador dedicaba, por mitad, a granar y a forraje. En esto también se ha modernizado el agro montañés. Lo cual tiene su importancia, porque dar de comer al ganado, si no es obra de misericordia, puede crear, en cambio, quebraderos de cabeza sin cuento.

DE DONDE LE VIENE EL VIVIR A TREINTA MIL FAMILIAS

Hay un viento económico que sopla, a veces, sobre los precios y los hace subir y bajar como a



Una vieja calle de Bárcena



Aspecto parcial de la gran factoría de S. N. I. A. C. E. en Torrelavega

los papeles callejeros. Cuando esto pasa dan un vuelco muchos corazones: treinta mil, por lo menos, si se trata de problemas ganaderos, que afectan a Santander, porque otras tantas son las familias que viven de este quehacer. Uno supone que es sólo una treintena de cientos de millares los asustados, porque a los padres les toca casi siempre preocuparse si las cosas van mal. Las dificultades empiezan —cuando las hay, que gracias a Dios, es de tarde en tarde— con la importación de piensos. Estos vienen, aunque no lo parezca, de tierra adentro, de la Castilla mesetaria. Sin embargo, el contingente principal y normal, la más grande parte del consumo, se cubre con la producción de las praderas naturales y artificiales, con toda su secuela de fertilizantes, silos, híbridos para el maíz, etc.

El prado es un pequeño uni-

verso. Los insectos y las hierbecillas más dispares se mezclan en él y hay que saber escoger las que valen, porque no todo lo verde es alimento. El trébol, en sus especies más variadas; el cuernecillo, la cola de perro, el césped, la grama, el cedacillo y mil más, dan categoría nutritiva a lo que, para cualquier hombre poco enterado, es sólo mullida alfombra natural. En contrapartida, hay una treintena corrida de malas hierbas cuya extinción exige una lucha continua y sin descuidos. Vaya como ejemplo la zanahoria silvestre, conocida por los botánicos con el sobrenombre de «Daucus Carota». Por desgracia no está sola.

EL LUSTRE Y LA LOZANIA LO DA EL AIRE DE ESTA TIERRA

Sin llegar a ser divinizada como en el antiguo Egipto, la va-

ca despierta aquí admiración y orgullo. Hay que oírlo directamente para coger toda la ternura con que un ganadero le explica a uno que la estampa hermosa y delicada que una res tiene sobre una pradera montañesa, se marchita al cambiar de aire:

—He visto en Málaga vacas criadas por mí y vendidas a ganaderos de allá. Era otro el brillo de sus ojos, más apagado y mortecino, y el lustre de la piel se había perdido. Hasta en los mismos cuernos se notaba una degeneración...

Así me hablaba, con entusiasmo no disimulado, un santanderino entregado de lleno al cuidado de sus establos. Y el hecho cierto es que el hombre —como sus compañeros— se desvive en la tarea.

Ya ha adquirido carta de naturaleza la inseminación artificial, utilizada casi en exclusiva hoy. Con ella se ahorran disgustos y percances y se logra más finura en la selección ganadera. Hay un centro principal y veinticinco secundarios que no dan abasto. Y en el escogido de sementales se hila delgadísimo. No hace mucho llegaron dos toros americanos «Carnation», raza de extraordinarias cualidades lecheras. En total, son 1.500 las cabezas de ganado que se inseminan al mes, y se espera que pronto el número crezca. El método es una revolución en la cabaña. Permite beneficiar un número diez veces mayor de reses, evita enfermedades, pone al alcance de campesinos modestos sementales que de otra manera les serían inasequibles. En resumen, es una fuente casi inagotable de beneficios.

Las ferias tampoco hay que olvidarlas. Allí cambian de mano los animales y los billetes con fluidez de río en terreno quebrado. Los precios han bajado. De ocho a diez mil pesetas vale una



Potes, uno de los más famosos pueblos de Santander



Los maravillosos balcones de Piquío, frente al mar, en la capital montañesa

buena vaca. Y del volumen de operaciones da idea que en la feria de Torrelavega, en un solo día, pueden movilizarse diez o doce millones de pesetas. Con su escuela de regateos, tratantes e intermediarios, que en esta tierra tampoco faltan. Lo pide la naturaleza del negocio en cualquier latitud.

Y con esto decimos adiós a la vaca, el animal de dulces ojos inexpresivos. Ahora, dando un viraje a lo puramente vegetal, saltamos al monte. O, más exactamente, a los bosques.

LA DESDICHADA LUCHA CONTRA EL ARBOL

Dicen que el eucalipto nos llegó de Australia en la maleta de un frailecico. Pero viniera como viniera ha servido para cambiar el aspecto de las colinas montañosas. Tradicionalmente había hermosos bosques, donde el abedul, el roble, la encina, el chopo, el castaño y otras especies nobles daban carácter y fisonomía a las Asturias de Santillana. Lo malo es que a mediados del siglo XVIII comenzó lo que técnicamente se llama deforestación y, en términos vulgares, se puede calificar como lucha contra el árbol. La marina dieciochesca de

Churruca, Gravina y Alcalá Galiano, la que fué sacrificada sin sentido en Trafalgar, tenía su estructura construída con leños santanderinos. Con todo, aquel no fué el gran desastre. La catástrofe llegó a mediados del siglo XIX, cuando los ferrocarriles comenzaron a devorar traviesas y los Gobiernos no se preocuparon de crear una política ordenadora de la devastación. Así se fueron transformando en montañas peladas, sin tierra siquiera donde intentar una repoblación, las que antes eran cimas erizadas de troncos milenarios. Sólo los lugares inaccesibles se vieron libres de la codicia. En los demás, el agua erosionó laderas, arrastrando el terreno útil. A principios de siglo se intentó poner algún remedio. Las zonas bajas se repoblaron con pinos. Y entonces apareció otro enemigo implacable: la procesonaria. Y así fracasó la prueba.

Y, por último, el eucalipto. En mediana escala emprendió su cultivo una sociedad creada antes de la guerra. El gran impulso vino después. Cuando S. N. I. A. C. E. montó sus grandes factorías de Torrelavega, devoradoras de celulosa. Pero esto merece capítulo aparte.

Parece hecho para el suelo montaños. El eucalipto se adaptó desde el principio maravillosamente a este clima y a esta geología. Sólo pide terrenos con una altura menor de trescientos cincuenta metros. Cumplida esta condición se le ve crecer casi de un día para otro. Su tronco exige fabulosas cantidades de agua y aquí se la da la naturaleza sin regateos. En principio sólo ofrece ventajas. En diez o quince años una explotación da ya rendimiento, y los ejemplares pueden pasar de doscientos cincuenta a trescientos kilogramos. Luego, una vez hecha la corta, se reproduce sobre el muñón hasta tres o cuatro veces. Salen varias puntas, y con dejar crecer una sola está todo arreglado. Claro que si el segundo crecimiento es más rápido que el primero, el tercero ya suele dejar que desear. Y los vientos marinos y las heladas le perjudican lo suyo. Por eso va mejor el eucalipto en laderas orientadas al Sur.

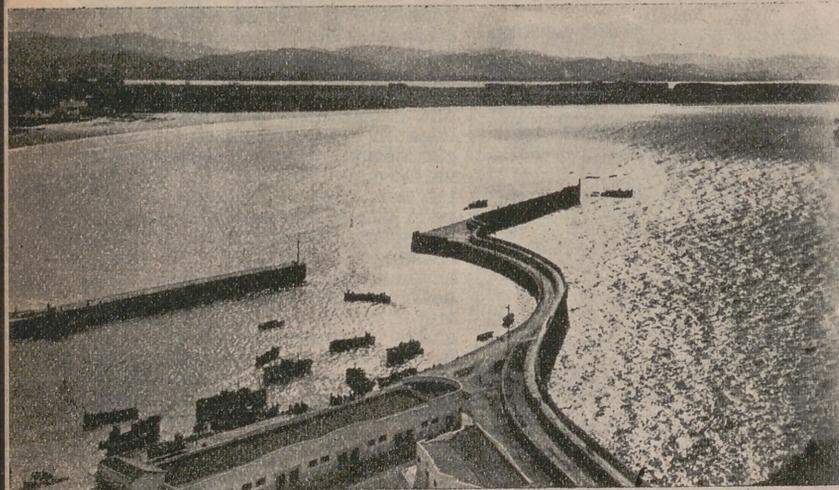
Más inconvenientes: El terreno hay que sacarlo de algún sitio, y como se trata de laderas bajas casi siempre se roba a los prados, que buena falta hacen. Además, impide el asentamiento de familias, que iban roturando el suelo para establecerse.

En contrapartida, papel y textiles abundantes salen al final de los balsámicos bosques nuevos. Cuando usted lea un periódico o vea una mujer bien vestida, piense en el eucalipto. Quizá tenga una íntima ligazón lo que usted lee y lo que usted admira al pasar por la calle con el paisaje santanderino de este siglo. Y al hombre de campo le interesa plantarlo, porque su rendimiento suele ser mayor que el de cualquier otro cultivo.

Lo que hay que buscar, al decir de los técnicos, es una ordenación lógica de las zonas dedicadas al bosque, a la agricultura y a la ganadería. Con esto todo quedaría arreglado. Y el eucalipto, a pesar de todo, seguiría siendo el gran milagro de este siglo.

COMO AYUDA EL PATRIMONIO FORESTAL DEL ESTADO

De arriba, de Madrid, o de los señores que mandan, debe venir la ayuda. Más o menos de esta forma suelen indicar la necesidad de auxilio los hombres que viven en los medios rurales. Y de allí llega, a través del Patrimonio Forestal del Estado, que incluso adelanta el total del dinero preciso para las plantaciones. Las grandes empresas interesadas en la explotación tampoco se quedan atrás, aunque a veces intenten llevarse la parte del león. Al principio, las condiciones que éstas ponían eran francamente onerosas, y hasta podían llamarse de otra manera menos cortés. Hoy se ha puesto



Atardecer en el puerto de Laredo. A la izquierda, la playa, una de las más frecuentadas

remedio a casi todos los abusos y se ha llegado a participaciones del 50 por 100 en los beneficios de la plantación.

PERO AUN QUEDA OTRA TAREA MAS IMPORTANTE

Con la golosina de los buenos rendimientos económicos a plazos cortos, la atención se fija en la repoblación con especies de crecimiento rápido. Pero quedan las otras, las nobles, que muy bien pueden crecer en los picachos y defender las cabeceras de los ríos, evitando torrentes y avenidas. Así, ahora el Patrimonio Forestal y la Diputación están metidas en la faena de repoblar las márgenes de los ríos. El programa de este año es ambicioso. Afecta a cuarenta kilómetros de ribera. Y luego vendrá más.

Y también los frutales. El manzano tiene buen acomodo, sin que sea incompatible con explotaciones ganaderas. Y el mismo lúpulo, que aunque no es árbol también se encuentra a gusto en el ambiente montañoso y produce beneficios pingües. En esto cada año señala un adelanto decisivo sobre el anterior.

HAY QUE CREAR UNA AGRICULTURA INDUSTRIAL

Va por regiones. Aquí la tierra de cultivo se mide por carros, y a uno le coge de nuevo esa manera de contar. El caso es que abundan fincas de un cuarto y hasta de un octavo de hectárea, aunque las más frecuentes sean de media. El santederino, y aquí no hacemos más que recoger la opinión de una persona metida en estos asuntos, es más aficionado a la ganadería que a la agricultura. Sin embargo, no hay manera de separar una actividad de otra, y así el maíz, naturalizado en el siglo XVIII, vino a resolver muchos problemas y hoy se cultiva «in extenso». Pero para hacer más holgada la economía del agricultor es preciso recurrir a nuevas especies. El lúpulo antes citado y el tabaco, por ejemplo, se dan aquí maravillosamente. Y sus precios altos permiten buenas ganancias. Además, es necesaria una mecanización, adaptada al microfundio dominante, que no llega a ser minifundio disparatado y antieconómico. Hay muchas cosas en estudio y muchos planes adelantados, que llevan en marcha las corporaciones municipales y provinciales. Ha sido el Estado quien ha puesto en sus manos la tarea, a través de la ley de Coordinación y Cooperación de servicios. Las esperanzas puestas en ella son grandes. La ilusión y el entusiasmo de los hombres encargados de convertirla en realidad, enorme. De esta manera no será extraño que todo salga bien. Y nosotros que lo veamos.

Francisco CARANTONA
(Enviado especial.)

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA



APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

INGLES FRANCES ALEMAN

LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos fonobilingües

Poliglophone

CON DISCOS (corrientes o microsurco)

SIN DISCOS

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.



"Obsequiamos con un tocadiscos miniatura"

★ **RADIO** Televisión - Cine Sonoro

★ **COMERCIO**

Contabilidad - Tributación - Cálculo mercantil
Taquigrafía - Mecanografía - Redacción

★ **CULTURA** Ortografía-Lingüística

★ **CORTE**

Curso de Corte y Confección FEMINA

★ **DEPORTE**

Fútbol - Judo - Jiu Jitsu

Aprenda lo que ignora



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.....
señas.....
solicita información **GRATIS** sobre el curso o cursos siguientes.....

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN



EN EL FONDO DEL MAR

NOVELA

Por Rafael MORALES

ALDO Popoloni acababa de cumplir setenta años, pero no era un viejo decrepito. Sus manos huesudas, enormes, el pelo negro, su aguda mirada, su ancha espalda, todavía le daban aspecto saludable. Sin embargo, Aldo Popoloni caminaba trabajosamente, apoyado en un recio bastón rematado por una empuñadura que tenía forma de pez, un pez monstruoso de grandes ojos vaciados y cabeza feroz. Aldo Popoloni aseguraba que aquel bastón lo había encontrado en un estuche metálico junto a una pequeña daga con empuñadura de plata y otros dos bastones de menos valor, enterrado todo ello en las costas de Sicilia, a 20 metros bajo el agua, cuando él era buzo, no hacía más de diez años. También aseguraba que los bastones y la daga pertenecieron, sin ningún género de dudas, al agnón pirata inglés de tiempos remotos, pues en la daga podía leerse «London 1763». Gustaba Popoloni de contar sus aventuras de hombre de mar, gustaba también de maldecir su leve parálisis, la torpeza de sus piernas, la falta de fuerza de sus brazos, que fueron poderosos. Cuando entró en la pequeña taberna del puerto, arrastrando sus pies, suspiró fuertemente y golpeó con furia el piso de cemento con la contera de hierro oxidado de su viejo bastón. Desde un rincón oscuro donde sonaba un vaso su desvencijada boca contra el cuello de una botella le llamaron a voces.

—¡Eh! Popoloni, Popoloni. Aldo miró rápidamente con sus pequeños ojos hacia el rincón de donde salía la voz y sonrió al reconocerla. Era otro viejo buzo como él, Bruno Jacobi, que se levantó pesadamente e intentó avanzar hacia el recién llegado, derribando en el suelo la gran botella de ginebra, ya casi vacía, que saltó hecha pedazos.

—¡Maldita sea!—exclamó Jacobi, y siguió su camino hacia Popoloni.

Se dieron un fuerte abrazo los dos viejos buzos, pidieron más ginebra y comenzaron a charlar.

—¿Cómo van esas piernas, Popoloni? —Mal; muy mal, Jacobi. Ya no sé andar por la tierra. El otro día hice una pequeña inmersión. No

había buzos jóvenes en el puerto y no tuvieron más remedio que contratarme. Estuve media hora a 30 metros; poca cosa, pero yo era otro hombre. No me acordaba de esta maldita parálisis. ¡Oh, si vieras...! Perdí mucho tiempo pa-

seando sobre las rocas del fondo. Sentí algo de opresión en los oídos; pero, ¡bah! Ya sabes tú que a eso no se le da importancia, y mucho menos cuando ves que tus brazos y tus piernas tullidos no te pesan. Tienes que volver a bajar, Jacobi...

—¿Bajar? No puede ser, Popoloni. No tengo tanta suerte como tú. Nadie se acuerda ya del viejo Jacobi. Ya no soy aquel famoso buceador de las esponjas y el coral. Tú tienes más suerte, Popoloni.

—Fue una casualidad, Jacobi. Se le cayeron unos prismáticos a un millonario americano que iba asomado a la borda de su barco de recreo y se empeñó en recuperarlos porque habían sido de su padre, un irlandés, según decía. Me pagó el precio de muchos prismáticos cuando le di la alegría de devolvérselos sin un rasguño; pero era yo el que le tendría que haber pagado. Gratis bajaría mil veces, y eso que el agua estaba fría. ¡Oh, qué delicia, Jacobi! Allí se olvida uno de la parálisis. Andas como de joven por la tierra; el agua te ayuda. En seguida que encontré los prismáticos, que estaban fijos entre dos rocas, me puse a perseguir a un dentón azul. ¡Igual que un muchacho, Jacobi! ¡Hice igual que un muchacho! Le acorralé entre unas rocas, en una cuevecilla pe-

queña, y le aterricé. Erizaba sus aletas dorsales, entreabierto ferozmente la boca y giraba los ojos furiosos. ¡Y yo, como un muchacho! Fue algo extraordinario. Por fin, se decidió y saltó velocísimo sobre mi escafandra. Cuando miré había desaparecido. ¡Oh, como un muchacho, Jacobi! ¡Como un muchacho!—y Popoloni soltó su carcajada, aun vigorosa, a pesar de los años; pero de pronto hizo un gesto de dolor y se oprimió la pierna derecha—. ¡Maldita pierna! ¡Maldita parálisis! ¡Oh, el mar! ¡El mar! ¡Odio a la tierra, Jacobi!

—Yo también, Popoloni. Ni mujer ni hijos tenéis. Sólo el mar que nos alivie. Sólo el mar...

Y los viejos buzos siguieron bebiendo su ginebra, maldiciendo sus parálisis y alabando al mar. Una toseca persistente de vejete asmático, que sonaba en el mostrador de la tabernilla, los hizo apartar la mirada de sus vasos de ginebra y levantar la cabeza. Conocían muy bien la tos de aquel borrachín. Se trataba del doctor Bracoli, viejo médico de marinos, pescadores y buzos, cuya ancianidad no le permitía ya ejercer la profesión; pero que no era obstáculo para la bebida.

—¡Eh, doctor Bracoli!—llamó Popoloni.

Los pequeños ojillos enrojecidos del vejete se entornaron rápidamente tras los lentes e intentaron localizar a quien le hubiese llamado. La penumbra, el ajeno y la miopía no permitieron que tal cosa sucediese, y el doctor Bracoli, despreocupado ya, agarró fuertemente su vaso mediado de ajeno y lo apuró de un trago. Después chasqueó la lengua con un infantil regocijo. En aquel momento le volvió a llamar el buzo Aldo Popoloni.

—¡Viejo Bracoli! ¡Borrachín! Que estamos aquí sus amigos.

Fue entonces cuando el borrachillo Bracoli avanzó hacia los viejos buzos, dejando deslizar su mano insegura a lo largo de la barra metálica y dorada que se extendía paralela al viejo y sucio mostrador de la taberna marinera. Caminó sin mostrarse de la barra hasta el extremo donde el mostrador se terminaba. Se paró allí, miró de nuevo hacia el rincón de donde salían las voces y, aun sin reconocer a los que le llamaban, siguió avanzando hacia ellos. Cuando ya estuvo cerca, el doctor Bracoli soltó su risita cascada y exclamó:

—¡Popoloni y Jacobi! Buen par de borrachos... Eso es... dos borrachos—y los abrazó cariñosamente.

—¿No quiere sentarse con nosotros, doctor Bracoli?—dijo Jacobi.

—Pues claro que sí; pero, ¿quién me convida a un traguito de ajeno?

—Yo—exclamó Popoloni, haciendo llegar al sucio camarero y pidiendo seguidamente el ajeno para el médico.

Cuando nadie lo esperaba, comenzó a reírse el doctor Bracoli con sus clásicas carcajaditas, que cortaba bruscamente.

—No creáis que estoy loco, ni siquiera borracho. Eso es, ni siquiera borracho. Me río de que se me está ocurriendo que sois dos viejas botellas de champagne. Eso es—repetía su muletilla—, dos botellas de champagne—y soltó de nuevo su risita, rematada por un golpe de tos.

Jacobi se puso serio.

—¿Champagne? ¡Bah! Eso es una bebida para grandes damas y caballeros... gordos.

Lo de que fuera bebida de caballeros gordos no le pareció muy afortunado al propio Jacobi, y añadió en seguida, después de un titubeo:

—Gordos y flacos, naturalmente; quiero decir para gente de salón.

El doctor Bracoli seguía con su risita.

—Sois, sois dos viejas botellas de champagne. Dos botellas de champagne—y seguía riendo.

Intervino Popoloni:

—Acaba usted de decir que se le estaba ocurriendo compararnos con dos botellas de champagne, y la verdad es que siempre nos dice lo mismo, sin que jamás nos haya explicado el fundamento que tiene para encontrar tal semejanza. Además, ya que somos las víctimas de sus bromas, nos gustaría mucho que nos aclarara el motivo en que se inspira para buscarnos tan insospechados parecidos.

—¡Ah! Pero, ¿es posible que no te lo haya dicho nunca?

—Nunca, doctor Bracoli.

—Pues vais a saberlo ahora mismo—y dando previamente un buen trago de ajeno, el viejo borrachín empezó a explicar lo que se le preguntaba—. Vamos a ver si lo entendéis. Cuando un buzo se sumerge respira una buena cantidad de nitrógeno, que luego, dentro del agua, no expulsa por entero en sus exhalaciones. Dicho nitrógeno se le entra en la sangre, donde se disuelve, y también en los cartílagos. A pesar de todo esto, el buzo no nota nada molesto cuando se halla en el fondo...

—¡Oh, sí! Allí somos felices—exclamó Popoloni. El doctor continuó, sin hacer caso de las palabras del buzo:

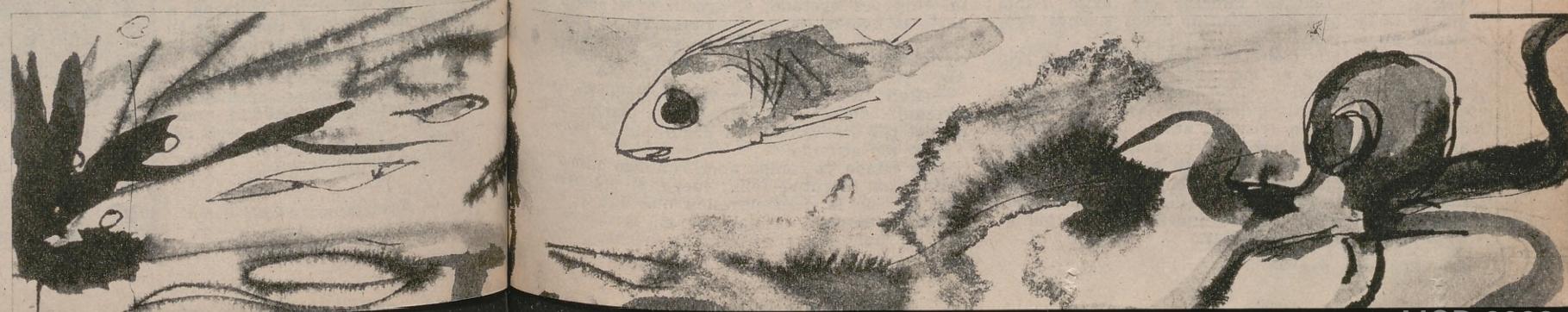
—Eso es—empleó su muletilla—; allí el buzo es feliz. Pero cuando le levantan a la superficie no se cuidan, mejor dicho, no se cuidaban en vuestros mejores tiempos, de que la elevación no sea brusca, y, claro es, al entrar el pobre buzo en las zonas más altas, la presión es menor y el nitrógeno que lleva en sus cartílagos y en su sangre se expande igual que el anhídrido carbónico de una botella de champagne. Esta expansión produce lo que se llama el mal de los «caissons» o encorvaduras, a causa de las cuales al buzo le duelen mucho las articulaciones una vez en la superficie. A veces eso os puede costar la vida, como le ocurrió a vuestro amigo el griego Kortikopulos. Yo certifiqué su defunción. El nitrógeno espumeante le obstruyó las venas, le aisló los ganglios y, ¡zas!, la embolia cardíaca hizo su aparición. ¡Como una botella de champagne! Eso es, como una botella de champagne. Fue la descompresión. El pobre griego había estado buceando a muchos metros de profundidad en busca del coral. Había descendido rápidamente, cosa de segundos. Eso es, de segundos, muy pocos, y luego le sacaron de prisa. Antes se hacía así. Ahora ya no hay peligro, pues los buzos son levantados hasta unos tres metros por debajo de la superficie y allí los tienen durante diez o doce minutos. Así exhalan el nitrógeno y no pasa nada ni nada tienen que temer fuera del agua. No tienen que retorcerse de dolor como vosotros os retorciésteis. Eso es; tú, Jacobi, y tú, Popoloni, estáis tullidos porque no os sostenían a tres metros de la superficie durante diez o doce minutos. Y ahora sois dos viejas botellas de champagne aun sin descorchar—y el doctor Bracoli comenzó a reír con sus carcajaditas entrecortadas de asmático. Un puñetazo en la mesa, con el consiguiente estruendo de botellas y vasos, le cortó la risa. Jacobi estaba en pie, aun con el puño pegado al mármol y con los ojos chispeantes de furia.

—¡Doctor Bracoli, cálese!

El vejete palideció, mirando fijamente con sus ojillos miopes y enturbiados por el ajeno al gigantesco Jacobi. Luego entornó dulcemente los rugosos párpados y se disculpó:

—No me río de nadie, Jacobi—movió lentamente la cabeza hacia izquierda y derecha, pestañeó como intentando despejarse y, atrapando furtivamente su sombrero, procuró levantarse. Popoloni le puso su gran manaza sobre el hombro y le obligó cariñosamente a seguir sentado.

—No se asuste, doctor Bracoli. Jacobi ha bebido más de la cuenta.



Jacobi se sentó silenciosamente, bebió más ginebra y carraspeó con una especie de ronquido leonino.

—Perdone, doctor Bracolli. No estoy enfadado con usted—y le echaba ginebra sobre el poco ajeno que aun quedaba en el fondo del vaso—. Estoy enfadado con mi mala suerte, con mis años, con mi parálisis. Y, sobre todo, estoy furioso porque nadie me contrata ya para bucear. Dicen que estoy viejo y tullido. ¡Y eso es mentira! Estoy tullido en la tierra, igual que lo estaría una morsa; pero en el fondo del mar me volvería la juventud. Popoloni lo sabe. En el fondo del mar se siente uno un muchacho y hasta puede luchar contra los dentones azules o las palometas de cien kilos.

Los tres se quedaron en silencio. Durante unos segundos solamente sonaron los vasos. Luego hablaron de nimiedades, de recuerdos, y por fin salieron de la taberna los tres juntos. Jacobi permanecía callado al lado de los otros. Una pasión terrible le quemaba por dentro: el mar, el mar...

A la mañana siguiente madrugó Jacobi. Oía el oleaje desde el cuartucho que habitaba y no podía resistir ni un momento más en la cama. Escuchó la sirena de un barco petrolero que enfilaba el puerto. Tiraba el mar de él; estaba nervioso y comenzó a vestirse pesada, lentamente, mientras le dolían los brazos y las piernas. Cuando estuvo vestido, pero aun descalzo, se encaminó hacia su ventana, y allí se quedó carraspeando con su rugido hondo y pausado de viejo león. Luego se calzó, se afeitó con su maquinilla de hierro enmohecido, se lavó, se peinó y salió a la calle, donde desayunó fuertemente. En el cafetín, mientras devoraba un par de huevos fritos y tocino, fué trazando su plan. Era preciso volver al mar, tenía que bucear. Dentro del agua sería como un muchacho. Popoloni se lo aseguraba.

Cuando Jacobi salió del cafetín ya había ideado todo un plan para volver al mar. Lo primero sería presentarse en la factoría de esponjas para la que trabajó exactamente doce años. El gerente, un hombre todavía joven, era buen amigo suyo. Le conmoviera, le regaría, se lo pediría de rodillas, si era preciso. El, tan indomable, se humillaría como un franciscano; pero tenía que volver a sumergirse, a sentirse joven, sin el freno de su parálisis. ¡El mar, el mar!, le gritaba la sangre.

Entró en la factoría. Algunos antiguos empleados que empaquetaban esponjas para la exportación le saludaron llenos de alegría, pero él iba a lo suyo y apenas si prestó atención a los saludos.

—Quiero ver al gerente, quiero ver al gerente—repetía Jacobi.

Por fin, el viejo buzo pudo verse sentado ante la conocida mesa del gerente. Del otro lado de ella podía llegarle la felicidad, y estaba nervioso, sí, nervioso como un muchacho, con más nervios aun que el día de su primera inmersión. Hablaba atropelladamente, se le enredaban las palabras.

—Mire, señor... Yo no soy viejo. ¿Eh? Nada de eso. Aun podría pelear con cualquiera. Aun levanto pesos con el brazo izquierdo. El derecho está peor. ¿Quiere ver como levanto con una mano esa máquina de escribir?

—Sí, ya veo que aun está usted fuerte, amigo Jacobi. ¡Vaya sí está usted fuerte! Y animoso, caramba; le veo muy animoso...

—Pues por eso he venido. ¿Sabe? Me consumo gastándome los pocos ahorros que hice trabajando en la barriga de los barcos y atrapando coral y esponjas. Quiero que me dé una ocasión. Tiene que dármele. ¿Eh, señor gerente? Tiene que dármele. Se lo ruego, se lo pido por favor...

Jacobi adivinó en el gesto del gerente que su asunto era difícil de rematar con éxito. Sabía que en la factoría disponían de buzos jóvenes. Prcsiguió, angustiado:

—Gratis, gratis trabajaré para la factoría... ¿No me oye? ¿Por qué no me contesta?

—¿Gratis, Jacobi?—sonrió con cierta amargura el gerente—. ¿Gratis quiere trabajar usted? No le puedo escuchar sin tristeza, amigo Jacobi. Si algún día volviera a trabajar para nosotros le pagaría más que a nadie. Ningún buzo de la factoría puede compararse al Jacobi de los buenos tiempos. Sin embargo..., tiene que comprender que... —y el gerente hizo un gesto indefinido, pero que el viejo buzo creyó interpretar...

—¡Oh, no! ¡No han pasado mis buenos tiempos! En tierra puede parecerlo, pero en el mar seré como un muchacho. Se lo aseguro, señor gerente. Deme una ocasión, por favor. Ahora, después de la guerra, necesitan ustedes buzos. Casi todos están trabajando para el Gobierno, para la Marina de Guerra. Hay muchos barcos en la panza del mar, muchos barcos... No me diga que no me necesitan. No me engañe.

—Jacobi, ¿no comprende que no se encuentra bien? Yo quisiera ayudarle, pero lo veo difícil. Aquí hay buzos de sobra. Además—mintió el gerente—, en su última reunión los consejeros han acordado contratar hombres-rana, en vez de buzos... Lo lamento, Jacobi. Créame que lo lamento.

—Pero los hombres-rana quieren cobrar mucho. Yo lo haré gratis.

—No insista, Jacobi.

El viejo Jacobi se puso en pie.

—¡Váyanse ustedes al diablo!—y volviendo sus anchas espaldas al gerente se encaminó hacia la puerta, la abrió con ira y la cerró tras sí con ofensiva brusquedad. El gerente miró con tristeza hacia la puerta, sin molestarse por la actitud de Jacobi.

—¡Pobre viejo!—exclamó.

Bruno Jacobi, con un mal humor verdaderamente indescriptible, se encaminó de nuevo a la tabernilla del puerto donde solía reunirse con Popoloni. Le dolían las piernas y los brazos, pero andaba con relativa rapidez, con toda la que le permitían sus extremidades tullidas. Hablaba solo, entredientes...

—Cerdos, cochinos. Despreciarme a mí, a Bruno Jacobi, al mejor buzo que han tenido en la factoría. A mí, que los he enriquecido. ¡Ah, cerdos! ¡Cerdos!

Jacobi se detuvo un momento, respiró fatigosamente y emitió su rugido característico. Miró hacia el mar borrascoso y se quedó contemplando un trasatlántico que cruzaba por la línea del horizonte. Así permaneció algunos minutos para tomar aliento. No abandonó su monólogo.

—Todos, todos disfrutan del mar; hasta Popoloni, tan viejo como yo. ¡Pero a mí me está prohibido! ¡Me está prohibido!—y comenzó de nuevo a caminar con toda la ligereza que le permitían sus pesadas piernas, hasta que se vió sentado en la taberna, en un oscuro rincón, donde bostezaba ya desde hacía un buen rato el bueno de Popoloni. Lo primero que hizo Jacobi, sirviéndose un bien colmado vaso de ginebra, fué contar a su viejo colega lo que le había sucedido con el gerente de la factoría para la que hacía años trabajó.

—Y ya ves, allí me quedé tullido, enriqueciéndoles a todos, y ahora me desprecian. ¡Cerdos! ¡Cerdos!—y golpeaba con sus puños enormes la húmeda mesa de la taberna.

—Te lo debiste suponer, Jacobi. Ni tú ni yo volveremos al mar.

—Tú volviste.

—Una casualidad.

—¡Cerdos! ¡Cerdos!—repetía Jacobi.

En la mesa de al lado un grupo de marineros relataban cosas del mar. Popoloni y Jacobi terminaron por callarse y prestar atención. Cualquiera relato marino los entusiasmba. Un muchachote joven hablaba de peces americanos. Su acento era marcadamente argentino.

—El «arapaima» o «pirarucú» no se da más que en el Amazonas. Es un pez rojo, de más de dos metros y llega a pesar los 100 kilogramos. Se le pesca con arpón. Cuando le hieren, salta en el aire y se hunde luego entre una ruidosa columna de agua para emprender una huída vertiginosa. Le dejan alejarse, para lo cual aflojan la cuerda que va del arpón a la barca hasta que el pez se agota. Una vez agotado, el arpónero se acerca y le parte la cabeza de un hachazo. Yo he visto pescarlos y es un espectáculo extraordinario... En cierta ocasión acababa yo de embarcar en Buenos Aires y...

—¡Bah! No escuches más, Popoloni. No es interesante. Además me entristece la manera de morir del pez ese. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No me acuerdo.

—Lo estaba yo comparando conmigo mismo. Primero, una juventud feliz; luego, el arponazo del mar, eso de la descompresión que dice el doctor Bracolli; después, el hachazo en la cabeza, por que un hachazo, sí, señor, un hachazo ha sido

lo que me dió a mí hace una hora ese maldito gerente de la factoría.

—Quizá todo se arregle. Hay escasez de buzos y terminarán por echar mano de nosotros antes o después. Ten confianza.

—¿Confianza? ¡Bah! Somos muy crueles los hombres—y Jacobi emitía su entrecortado rugido de viejo león.

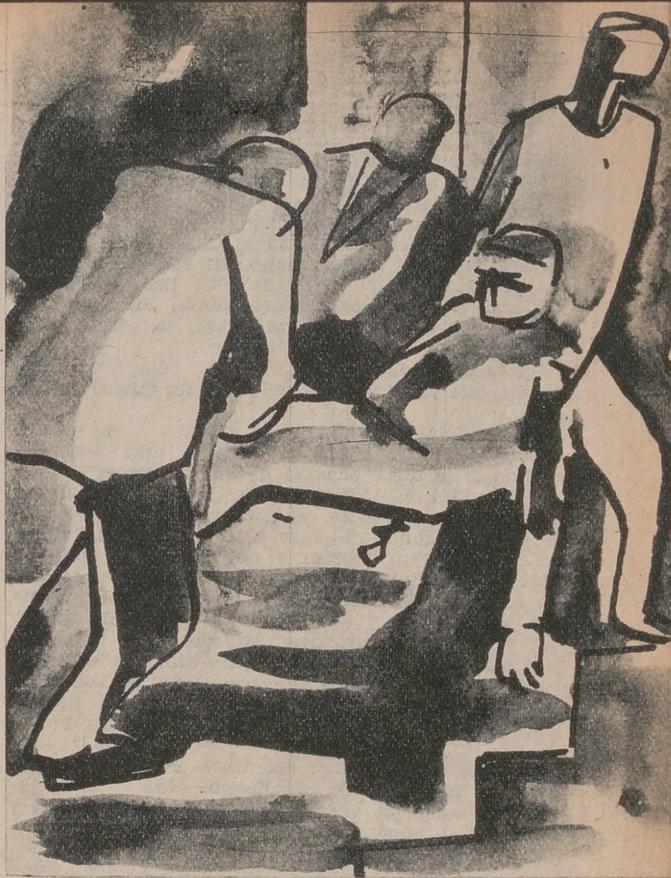
No cabe duda de que Aldo Popoloni era un hombre cabal, lo que se dice un buen hombre. Apenas se separó de su amigo Jacobi empezó a hacer gestiones para que éste fuese contratado para alguna inmersión. Ciertamente, recién finalizada la guerra, los buzos libres escaseaban, pues tanto las compañías navieras como los Gobiernos se los disputaban a buenos precios, ya que era preciso poner a flote los centenares de barcos mercantes o de la Armada que dormían en el fondo del mar. Pensó Popoloni que si se dejaban escapar unos días tan propicios, no volverían a tener ocasión de ponerse la querida escafandra. Así es que aquella misma tarde comenzó a peregrinar entre los armadores buscando trabajo para él y para Jacobi. En todas partes le rechazaban. Le mentaban descaradamente. En un sitio le aseguraban que tenían contratados varios buzos, más de los que necesitaban, en otra parte le decía que todavía no se efectuarían exploraciones en los pecios. En fin, Popoloni y Jacobi eran rechazados por viejos, por parálíticos. En una compañía naviera oyó Popoloni a su espalda, cuando abandonaba el despacho del director.

—Pobre viejo. Está tullido y quiere volver al mar. Pobre, pobre...

Iba a volverse Popoloni y a protestar; pero también estaba él convencido de que no podía compararse con los buzos jóvenes y decidió callarse y seguir su camino. Aun le quedaban varias casas armadoras por visitar, y a tesón nadie le ganaba.

—Pues no faltaría más! Se adentró por una callejuela empinada por la que apenas podía subir. Se fatigaba, le dolían las piernas, el corazón le latía fuerte. La callejuela daba a una calle amplia y soleada del barrio moderno. Oficinas y comercios por todas partes, lujosos automóviles. Esperó que el guardia de la circulación le permitiese el paso a la acera de enfrente. Mientras tanto, no quitó su mirada de un amplio ventanal que tenía ante él. Correspondía dicho ventanal al despacho de mister Clayton, su viejo amigo inglés para el que había trabajado durante muchos años en los bancos de coral. Mr. Clayton le atendería. No le iba a tratar tan despectivamente como habían tratado a Jacobi en la vieja factoría de esponjas donde dejó la salud y la mocedad. Mr. Clayton era un hombre sensible a pesar de sus grandes negocios internacionales. Muchas veces había perdido grandes sumas a causa de su buen corazón y a causa también de no ser avaricioso. Si Mr. Clayton le cerraba sus puertas, Popoloni se daría por vencido y desistiría de su intento. Con Mr. Clayton se podía hablar claro. Esto pensaba Popoloni cuando el guardia de la circulación detuvo los automóviles e indicó a los peatones que el paso estaba libre. Popoloni cruzó la calle, sorteó la gente que circulaba por la acera y se metió en el portal de la casa. El ascensor estaba estropeado y tuvo que subir penosamente cuatro pisos. Al llegar al tercero, no podía con sus piernas, su respiración era fatigosa. Tuvo que sentarse en los peldaños y permanecer así unos minutos, el bastón apoyado en el suelo entre los pies y la cabeza descansando sobre las manos que apretaban la empuñadura.

—¡Maldita edad! ¡Malditas piernas! Pero no quiero que me vean fatigado. Sería ridículo. Ni a mí ni a Jacobi nos darían trabajo—pensaba, casi pronunciaba el bueno de Aldo Popoloni. En aquel momento, se abrió la puerta de la oficina a la que se encaminaba y oyó claramente la voz de mister Clayton, que empezó a bajar las escaleras en compañía de otro señor. Quiso levantarse Popoloni para que no le sorprendieran sentado en la escalera. Además de resultar ridículo, según creía Popoloni, le haría fracasar. Se apoyó fuertemente en su viejo bastón pirata y comenzó a incorporarse pesadamente; pero pisó mal y las piernas tullidas no le sostuvieron. Se cayó de espaldas y se dió un fuerte golpe en la cabeza. El bastón se deslizó escaleras abajo. De nuevo el duro viejo intentó incorporarse apoyando sus manos sobre el helado mármol de la escalera. Fue entonces cuando se



desvaneció y cayó rodando tres o cuatro peldaños. Mr. Clayton lo vió todo y apresurose en unión del señor que le acompañaba a recoger al desvanecido Popoloni al que sangraba la frente. Mister Clayton llamó a voces a sus empleados e, inmediatamente, salió de la oficina un grupo de ellos que recogieron al desdichado Popoloni y le subieron al despacho de Mr. Clayton, donde le dejaron en un amplio sofá de cuero. Lavada la herida, Popoloni volvió en sí cuando le estaban vendando. Los empleados fueron saliendo del despacho, cosa que también hizo la secretaria en seguida que terminó de vendar al buzo. Mr. Clayton miraba compasivo a Popoloni.

—¿Se encuentra mejor, Popoloni?

—¡Oh!, sí. Muchas gracias. Fue un pequeño mareo. No había desayunado—mintió el buzo para que no sospechase Mr. Clayton que era un viejo caduco.

—Ahora mismo avisaré para que le traigan un bocadillo.

—No, gracias. Desde aquí marcharé a comer. Prefiero una copa de ginebra.

—Está bien—Mr. Clayton oprimió un timbre y al instante apareció la secretaria por la puerta de cristales que ponía en comunicación al director con su empleada.

—¿Llamaba?

—Sí. Mande traer una botella de ginebra y dos vasos.

Momentos después, Mr. Clayton y Popoloni charlaban animadamente y bebían la ginebra.

—No sabe, Popoloni, lo que le agradezco su visita.

—Quizá haya venido a molestarle.

—En esta casa no molesta usted nunca. Lo que lamento es que hace un par de años que no se le ve por aquí.

—Es cierto; pero crea que si no vengo es por no sufrir. Sufro pensando que ya no trabajo para ustedes, y, la verdad, aún pudiera hacerlo. Aunque haya visto que me he mareado, me encuentro fuerte, muy fuerte y deseoso de sumergirme. Nunca debí retirarme del mar.

—Se lo aconsejó el médico, si mal no recuerdo.

—¡Bah! Ese boraohín del doctor Bracoli no sabe lo que dice.

—¡Vaya si lo sabe! Es un médico muy bueno.

—Sí, puede que sea; pero a mí me engañó. Yo aún sirvo para el mar. Hace muy pocos días lo he comprobado. Precisamente, de ello quiero ha-

blar con usted. Tanto yo como Bruno Jacobi, al que ya conoce, queremos volver al mar.

—Piénselo antes de decidirse, Popoloni. Tiene ya muchos años y no le irán bien las grandes presiones.

—¡Bah! Si usted quiere, podemos hacer una prueba Jacobi y yo.

—No, no quiero que se arriesguen. Ahora bien, si necesitan trabajo, siempre que no sea como buzos, no tienen más que pedírmelo. Para ustedes dos, siempre lo encontraremos, ya sea en esta casa, ya sea en otra. Mejor dicho, en ésta siempre.

—Muchas gracias, Mr. Clayton; pero tiene que ser aquí y de buzos, naturalmente. Sí, señor, de buzos. No me diga que no están necesitados de ellos. Sé que los están deseando.

—Eso es verdad; pero ¿usted no comprende, Popoloni, que yo le aprecio mucho y no quiero arriesgarle

—¿Arriesgarme? ¡Bah! En cuanto a mi amigo Jacobi, le haría usted el hombre más feliz del mundo si le diese ocasión de ver los peces.

—Popoloni, está bien. No he de ser yo quien ha de quitarles a ustedes ese placer. Les daré ocasión de bajar al fondo del mar a la semana que viene. Se trata de un mercante que hay que poner a flote. Está tumbado de estribor. Fue hundido por un torpedero. Me han pedido los armadores que me encargue de él, y a la semana que viene quiero que se hagan las primeras exploraciones. Como no está más que a veinte metros, las dificultades serán pocas. Usted y Jacobi se encargarán de todo. Ya les daré instrucciones completas mañana por la mañana. Pueden pasar por aquí alrededor de las doce.

—Sí, señor, sí, señor—contestó Popoloni dando efusivas muestras de agradecimiento.

Terminados los vasos de ginebra, Mr. Clayton y Popoloni se encaminaron a la calle.

Cuando el viejo buzo se despidió del bondadoso mister Clayton, no pensó en otra cosa que en buscar a su íntimo amigo y compañero de andanzas marinas Bruno Jacobi, al que pensaba convertir en el hombre más feliz del mundo. Le buscó por el puerto, en la taberna, en dos comedores populares; pero no le encontró. Fue entonces cuando pensó que Jacobi estaría enfermo y que no habría salido del cuartucho que le alquiló una vendedora de globos, viuda de un pescador, y allá se dirigió. Como el portal y la escalera estaban oscuros y Popoloni nunca recordaba dónde estaba el timbre del piso, golpeó con su manaza la desvencijada puerta. Al instante le abrieron. Ante él, la vendedora de globos apareció secándole las manos en su oscuro delantal.

—¡Ah! Es usted, señor Popoloni. Supongo que viene en busca de su amigo.

—Exacto. En su busca vengo.

—Pues ya sabe dónde le tiene. ¿Está usted herido? ¿Qué le ocurre en la cabeza?

—Nada, no es nada. Me di un pequeño golpe—y Popoloni avanzó por el pasillo, dejando a su espalda a la vendedora de globos. Golpeó en la puerta de Jacobi. Nadie contestó. Volvió a golpear.

—¡Eh! ¡Jacobi! ¿Por qué no abres? Soy Popoloni. La puerta empezó a girar lentamente.

—Pasa, pasa, Popoloni.

Había abierto Jacobi con verdadera cautela porque no quería que la vendedora de globos pudiera verle con la escafandra puesta.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Qué demonios es esto ¿Por qué andas metido en esa escafandra?

—¡Phs...!—impuso silencio Jacobi—. No hables tan alto. Puede oírte. Se reiría de mí. ¿Sabes? Esa mujer se ríe de todo. ¿Y a ti, qué te pasa en la cabeza?

—Nada. Me di un pequeño golpe. No tiene importancia. Lo que yo quisiera saber es la razón de que te metas en esa escafandra rota, sin cristal. ¿Acaso te divierte?

—Todos los días me la pongo un rato, cuando nadie me ve. Me gusta sentirla. Sólo tú me has visto con ella. No me la quise quitar cuando llamaste porque reconocí tu voz y porque supuse que tú también...

—También ¿qué?

—Que también te la pondrías cuando nadie te viera.

—Yo no hago tonterías.

Jacobi carraspeó, emitiendo sus característicos ruidos y se quitó la escafandra. Popoloni se le quedó mirando a la cara.

—Tú has llorado, Jacobi. ¿Qué te ocurre?

—Si no te enfadas, te diré la verdad; pero si te burlas o me dices que son tonterías, como acostumbres, te vas al diablo y aquí no vuelvas más. ¿Me oyes?

—Vamos, vamos. No digas ton... ¡Vaya! Cuéntame el motivo de tus lágrimas. Ya sabes que soy el único gran amigo que te queda, el único en el que puedes confiar.

—Pues la cosa está clara, Popoloni. Cuando me pongo la escafandra, pues... Figúrate. Me acuerdo de muchas cosas y... bueno, se me saltan las lágrimas.

—¡Bah! Te estás volviendo un viejo loco.

—¡No insultes, Popoloni!

—Calla y siéntate. No me gusta que me griten. Aun no estoy sordo y, además, te traigo una buena noticia, que te va a dar mucha alegría.

Jacobi se quedó parado en medio de la habitación.

—¿Mucha alegría? ¿Qué es ello?—y empezó a avanzar hacia Popoloni con los ojos muy abiertos.

—Volverás a ponerte la escafandra; pero no esa sin cristal, y bajarás otra vez a la barriga de los barcos. ¿Qué te parece?

Jacobi se abrazó a Popoloni.

—¿Tú me lo has buscado? ¡Oh, Popoloni! Verdaderamente eres mi mejor amigo. Pero cuéntame, cuéntame.

Aldo Popoloni contó entonces a Jacobi todo lo que había sucedido en su entrevista con Mr. Clayton, sin dejar olvidado ni un detalle. Jacobi dió un puntapié a la vieja escafandra.

—¡Volveré al mar! ¡Volveré al mar! Vamos a celebrarlo, Popoloni.

Y Bruno Jacobi y Aldo Popoloni salieron canturreando como en sus buenos tiempos hacia la tabernilla del puerto.

Al día siguiente, a las doce de la mañana, los dos viejos y tullidos buzos se presentaron en las oficinas de Mr. Clayton, conforme a las instrucciones que éste diera a Popoloni.

—¿Está Mr. Clayton?—preguntó Popoloni al muchacho que abrió la puerta.

—No, señor. Hoy no ha venido.

—Pero vendrá. ¿No es así?—preguntó impaciente Jacobi, mirando de reojo a su compañero.

—No lo puedo asegurar, señor. El señor director suele venir todos los días a las nueve y media de la mañana. Es muy extraño que hoy no haya venido.

—Podremos esperar, supongo—dijo Popoloni encaminándose hacia los sillones del vestíbulo, seguido de Jacobi.

—Claro que sí. Siéntense.

Popoloni y Jacobi en el mayor silencio sacaron sus pipas y se pusieron a fumar. Pasados unos momentos, Popoloni inició la conversación.

—No me lo expliques, Jacobi. Quizá se haya puesto enfermo. Ya es extraño que no esté aquí.

—Sí, es extraño.

El reloj de pared que estaba colgado exactamente frente a los buzos, avanzaba con su tic-tac irritante hacia las doce y veinte. En los momentos en que los dos viejos callaban, tan sólo se le oía a él. Jacobi estaba cada vez más nervioso.

—¿No habrá sido una broma?—dijo Jacobi, y empezó a carraspear con su entrecortado rugido de león.

—Mr. Clayton es un caballero—contestó secamente Popoloni.

Dieron las doce y media en el reloj de pared.

—Oye, Popoloni, ¿estás seguro de que te dijo que viniéramos hoy?

—Sí—volvió a contestar secamente Popoloni. Después callaron los dos viejos.

Sonaron las doce y cuarenta y cinco en el reloj. Exactamente en aquel momento se abrió la puerta y apareció Mr. Clayton. Se disculpó con los buzos y los hizo pasar a su despacho, donde les detalló todo el proyecto, fijándoles el día y la hora en que debían estar en el puerto para embarcar en «El Delfín», pequeño barco de cabotaje que los ha-

bía de llevar a la rada donde se hundió el mercante que iban a explorar.

El día fijado por Mr. Clayton, «El Delfin» ancló a unos 50 metros del barco hundido, enfilandose a proa hacia la pequeña playa de la rada que el mercante había buscado ansiosamente para encallar y salvarse de ir al fondo, sin poderlo lograr. Se comenzaron los preparativos y, al poco tiempo, fué lanzada al mar una lancha con varios expertos, los aparatos necesarios y los dos buzos, preparados para la inmersión. Mr. Clayton no quiso como otras veces, quedarse a bordo del barquito y también bajó a la lancha que pronto se situó sobre el mercante. Fué entonces cuando Mr. Clayton preguntó cuál de los dos buzos quería sumergirse primero, pues no era posible a la vez, sino que uno debía suceder al otro.

—Yo bajaré primero—dijo Popoloni.

Jacobi se calló; pero no pudo evitar un gesto de disimulada contrariedad. Pensó que, al fin y al cabo, el amigo de Mr. Clayton era Popoloni, a quien debía el contrato. No había más remedio que resignarse. Frunció el entrecejo. A Popoloni, que ya tenía la escafandra en la mano, no le pasó desapercibida la contrariedad de su amigo y se le acercó afectuosamente.

—¿Te has ofendido, Jacobi?

Jacobi no contestó.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no contestas? ¿Quieres ser el primero?

—No. Tú eres el amigo de Mr. Clayton y, además, si yo estoy aquí es porque tú has querido. Baja, baja el primero.

—Vamos, prepárese, Popoloni—sonó al otro lado de la lancha la voz de Mr. Clayton.

Popoloni seguía con la escafandra en la mano. Se la pasó calladamente a Jacobi, que no se movió.

—Toma. Baja tú, Jacobi.

—No. Te corresponde a ti.

—Vamos, No seas chiquillo—dijo Popoloni apretándose a preparar a Jacobi para la inmersión e intentando colocarle la escafandra—. Yo bajé el otro día, y tú hace muchos años que no ves la barriga del mar. —Luego se volvió a Mr. Clayton—. Bajará Jacobi el primero.

—Pues... ¿no iba a ser usted, Popoloni?

—Sí; pero he pensado que es mucho mejor que la primera inmersión la haga Jacobi. Está más acostumbrado a los pecios. Yo, ya sabe, me dediqué mucho más al coral.

—Está bien. Entiéndanse ustedes; pero no pierdan el tiempo.

Jacobi ya estaba totalmente preparado con la ayuda de Popoloni y los expertos. Su viejo amigo le contempló con una noble envidia y le sonrió. Tras su escafandra, también sonríe el veterano Jacobi. Verdaderamente, en aquellos momentos era el hombre más feliz del mundo. A los pocos minutos, en seguida que lo dispusiera Mr. Clayton, empezaban a funcionar las bombas neumáticas y sentiría el mar ciñéndole con su poderoso abrazo. ¡Tantos años lo había esperado! A Jacobi le parecía casi un sueño. No sabía nunca cómo pagárselo a Popoloni y a Mr. Clayton. Este último apenas si le conocía, pues nunca había trabajado para él ni en los pecios ni en el coral y, sin embargo, gracias a Popoloni, le acababa de proporcionar su mayor alegría desde hacía muchos años. ¡Gran hombre este Popoloni!—pensaba Jacobi—Es muy capaz de sacrificarse por los amigos. De seguro que está sufriendo porque no baja él. Es un gran hombre, un gran hombre. Por estos mares hay tiburones. A lo mejor, fué por eso por lo que quiso bajar. Es muy capaz. Gran hombre, gran amigo este Popoloni.

Minutos después, comenzó la inmersión, demasiado rápida; pero verdaderamente deliciosa para Jacobi. No se tocaba fondo a veinte metros, como habían asegurado. Jacobi no pisó la arena a menos de treinta. No le hacía falta comprobarlo por ningún sistema. Su fino instinto, la presión, la luz, el tiempo del descenso, todo le indicaba la profundidad. Eran muchos años de mar los suyos.

Lo primero que hizo Jacobi al poner pie en el fondo es lo que hace cualquier buzo con práctica, es decir, observar la zona de la inmersión. Aquel paisaje submarino era subyugante, lleno de maravillosas rocas de formas extrañas, muchas de ellas cortadas a pico, hasta terminar en agudísimas lan-

zas, otras eran casi redondas como cabezotas enormes o como torsos monumentales. Frente a él estaba el mercante en un fondo de arena, tumbado de estribor como un gigantesco animal dormido. A su lado, grandes rocas se levantaban hasta sobrepasarle. A Jacobi se le olvidó por un momento que su misión era explorar el barco y no hizo otra cosa que caminar entre las aguas. ¡Cómo un muchacho! ¡Cómo un muchacho—pensaba, casi gritaba dentro de su escafandra.

Jacobi comenzó a encaramarse por una roca empinada y en unos segundos se encontró a la altura de las bordas retorcidas, rotas, enmarañadas junto a la proa. No le fué difícil saltar hasta el costado del buque y deslizarse a lo largo de él hasta que topó con los bordes de la descomunal brecha abierta por el torpedo en la línea de flotación. Estaba herrumbrosa y parecía la boca de un monstruo de desiguales y descomunales dientes. Perfectamente podía deslizarse un hombre por allí, pero tenía instrucciones contrarias a ello. Su misión consistía, según le dijeron, en informar de la situación del barco. Acostumbrado, como estaba, a entrar en las bodegas de los buques a través de los boquetes abiertos por los torpedos, le contrarió el no poderlo hacer. Pero seguramente le darían nuevas instrucciones para las inmersiones siguientes. Al final de la guerra anterior había entrado en más de 20 barcos a través de las brechas abiertas por los torpedos. Se asomó por la que tenía ante sí e intentó ver algo en la oscuridad interior del mercante. Nada se veía. Siguió caminando por el costado del barco hasta una escotilla de carga que estaba abierta. Algo de la bodega podía divisar, pero era mucha la oscuridad y apenas si percibía unos grandes bultos medio cubiertos de arena que no eran otra cosa que sacos de víveres. Parecía que se habían conservado sin rasgarse, pero posiblemente el contenido estaría estropeado. Fué entonces cuando sintió agitarse las aguas por encima de su cabeza. Era un bando de grandes meros que nadaban tranquilamente sobre él y que se le acercaban sin temor ninguno casi hasta rozarle. A veces tres o cuatro de ellos se quedaban casi quietos a un metro de su escafandra, a la altura de la frente, y le observaban con curiosidad, guardando la distancia, mirándole atentos con sus redondos ojos impenetrables. Jacobi también los observaba, olvidado por completo de que su misión era



tomar buena nota de la posición y condiciones en que se encontraba el mercante. Súbitamente el mero que estaba más próximo a Jacobi comenzó a nadar con viva rapidez, dirigiéndose hacia la superficie. Los demás, unos 30 aproximadamente, le siguieron con visible terror. Algo pasa, pensó Jacobi, ¿Serán los tiburones? Pero desechó la idea porque, aunque sabía que los tiburones solían llegar hasta allí, era un caso poco frecuente. Sólo era seguro encontrarlos a ocho o diez millas más allá. Miró el viejo a su alrededor. Nada, no se veía nada. Se acercó hasta el timón de seguridad. Comprobó que le faltaban algunos caballos, pero no era un detalle importante. Siguió explorando el barco. Tomó nota mental de los desperfectos exteriores y calculó, dada la disposición del mercante, cuál sería la mejor manera de extraer los viveres que no hubieran sufrido desperfectos y el modo más seguro de poner a flote el barco.

Le empezaba a fatigar la enorme presión del mar, aunque sentía una agilidad en piernas y brazos que le hacía feliz. En aquel momento se explicó la vertiginosa huida de los meros. Las terribles picudas habían hecho su aparición. Era un pequeño bando de diez o doce. Seguro que no pasaban de quince. Tampoco era cosa de contarlas, pensó Jacobi, y descolgó de su cintura la pequeña hacha que llevaba. Si le atacaban se defendería hasta el último instante. Sabía el viejo que las picudas no son tan temeroso enemigo como los tiburones. Estos escualos podían arrancarle un miembro de una sola dentellada. Las picudas, a pesar de su metro y medio, o a veces más, y de sus terribles dientes, semejantes a diminutos puñales, son incapaces de hacer tal cosa, pero en sus mordeduras se pueden llevar grandes trozos de carne y ocasionar la muerte.

Se mantenía el grupo de picudas a unos tres metros de Jacobi, sin intentar acercarse todavía; pero era seguro que se estaban disponiendo para la batalla, apretándose unas contra otras en el menor espacio posible. Si la primera se lanzaba contra él, todas las demás le seguirían a una velocidad endiablada, desgarrándole el equipo de inmersión y las carnes. Si acertaban a herirle, sus ataques serían cada vez más cruentos. Ver sangre las enardece. Le estaban mirando con sus ojos inexpresivos y mostraban sus diabólicos dientes. Cada vez se aproximaban más, y en ocasiones se desplegaban en un semicírculo que luego deshacían para agruparse en una sola dirección. Pasaba el tiempo y Jacobi comenzaba a ponerse nervioso, pero tampoco deseaba que le subiesen a bordo. Quería resucitar sus viejas emociones y prefería morir a rechazar el combate. En el agua se movía con ligereza, no era como en la tierra. Tenía el hacha ligeramente levantada, dispuesto a descargar un golpe mortal en la cabeza de la primera picuda que se decidiese a no guardar las distancias. Por fin llegó el momento. La picuda que abría la formación y que era seguida en sus movimientos por las demás avanzó pausadamente hacia Jacobi. Las otras la imitaron, desplegándose ligeramente. Jacobi levantó el hacha, pero en ese momento se pararon todas. Algunas de ellas empezaban a situarse a los costados de Jacobi, a unos dos metros de distancia. Pensó el viejo buzo que si le cercaban totalmente estaba perdido. Saltó entonces desde el costado del barco hasta las rocas que sobresalían próximas y buscó protección para su espalda. Jacobi había encontrado una situación favorable. Cuando saltó, las picudas comprendieron instintivamente que su enemigo había abandonado la guardia. Se lanzaron rápidamente

contra su espalda; pero en el momento que el ataque era inminente, Jacobi estaba de nuevo en posición defensiva, con la espalda protegida, y las picudas se detuvieron. Una de ellas, sin embargo, quedó más cercana de lo que debía haber calculado y rápidamente retrocedió. A pesar de ello, Jacobi pudo alcanzarla con su pequeña hacha por detrás de las agallas; pero no tan de lleno como hubiese deseado, porque, aunque herida de muerte, la picuda se revolvió furiosa y se alejó. No tardaría mucho en morir, aunque Jacobi no podría disfrutar del placer de verlo. Las otras picudas se disgregaron ante el ataque a su compañera; pero inmediatamente se reagruparon, como si nada hubiese acontecido. Sus ojos, impasibles y redondos, miraban insistentemente a su anhelada presa. Jacobi tampoco perdía de vista a sus enemigas. Toda su atención estaba puesta en ellas. Le entusiasmaba aquel juego peligroso, del que ni él mismo imaginaba cómo podría salir. Súbitamente, y con una sonrisa en los labios, soltó el hacha, que cayó a sus pies. No se molestó en cogerla. Las picudas seguían amenazantes, como si nada les importase el tiempo. Jacobi avanzó hacia ellas, siempre sonriente, dejando su espalda sin ninguna protección. Las picudas nadaban a su alrededor. La actitud de Jacobi era la de un loco. Acababa de ser atacado de la borchera de la profundidad. Primeramente, una ligera anestesia, a causa de la cual el atacado pierde



toda noción de peligro; después, una felicidad extraordinaria que hace a los buzos sentirse como verdaderos dioses marinos. Esta especie de borchera se produce en las grandes profundidades, a causa de la sobresaturación de nitrógeno. Jacobi soñaba despierto. Estaba viviendo el más bello momento de su larga existencia. El mar era más hermoso que nunca y más fantástico. Jacobi abrió los brazos, pleno de dicho. Fué en aquel momento cuando su corazón no pudo resistir más y Jacobi se desplomó muerto sobre la arena, pleno de dicha. Habían extraído del mar al infortunado Bruno Jacobi. Aldo Popolini acercaba febril su redonda cabezota al corazón parado de su amigo. Luego la levantaba triste y lentamente, con las mejillas surcadas por gruesos lagrimones.

—Está muerto, está muerto—repetía Popolini.

Mister Clayton se lamentaba:

—No debí escucharle, Popolini; no debí escucharle. Yo he tenido la culpa. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Aldo Popolini estaba en pie sobre la lancha, los ojos levantados al cielo y las manos crispadas sobre el pecho.

—¡Soy un asesino! ¡Yo le he matado! ¡Yo le he matado!—gritaba el viejo buzo.

La lancha se aproximó a «El Delfín» y el cuerpo del desgraciado Bruno Jacobi fué subido a bordo; después, los demás ocupantes y la lancha. La pequeña embarcación levó anclas, enfiló la proa hacia el mar abierto y abandonó la rada.

Aldo Popolini no se separaba del cadáver de su mejor amigo. Se sentó junto a él en un rollo de cuerdas, apoyó los codos en las rodillas e inclinó su cabeza, sosteniéndola entre sus poderosas manos. Daba una gran pena mirarle. Parecía mentira que aquel gigantón fuera llorando como un niño. Mister Clayton, en pie a su lado, le miraba compasivo. Popolini levantó la cabeza.

—Somos viejos, Señor. Tampoco el mar nos quiere.

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

UN INOLVIDABLE VIAJE POLITICO A CATALUÑA

UN ARTICULO MIO PLAGIADO OBTIENE EL "MARIANO DE CAVIA"

El premio "Luca de Tena" a un reportaje sobre el levantamiento comunista de Navalmodal de la Mata

Por Francisco CASARES

PROBADO por las Constituyentes el Estatuto de Cataluña, en el mes de septiembre de 1932, se organizó un viaje político a Barcelona para hacer entrega solemne de la ley antiespañola a las autoridades de la Mancomunidad, Presidió la expedición don Manuel Azafia, y formaron parte de ella algún ministro de la República, diputados, altos cargos del régimen y un grupo de periodistas. Yo fui uno de ellos, en representación de «La Epoca», el periódico monárquico y conservador, del que era, a la sazón, redactor político.

Muchos diarios españoles y, entre ellos, varios de Madrid, no pudieron enviar redactores y tampoco publicar una sola línea de aquella visita, a la que se quiso conceder especial trascendencia, porque se hallaban suspendidos. A raíz de los episodios del 10 de agosto y hasta el 30 de noviembre, estuvieron sin salir los principales periódicos. Se ha hablado, muchas veces, de la censura y de la libertad de Prensa. Ni fué nunca tan severa, aquella, como en la etapa republicana, ni se ha registrado jamás en nuestro país, una infracción tan notoria y escandalosa de esa libertad de expresión. Un gran número de periódicos suspendidos, al mismo tiempo que se mantuvieron clausurados varios locales políticos, constituían una buena interpretación de cómo los gobernantes de entonces entendían la libertad tan estrepitosamente ponderada en sus discursos parlamentarios, en sus propagandas anteriores a la instauración del régimen, y durante su vida de cinco años, y en los artículos y comentarios de la Prensa que se llamaba también liberal, y que servía a aquella política que era la más categórica negación de los principios tan hipócritamente exaltados.

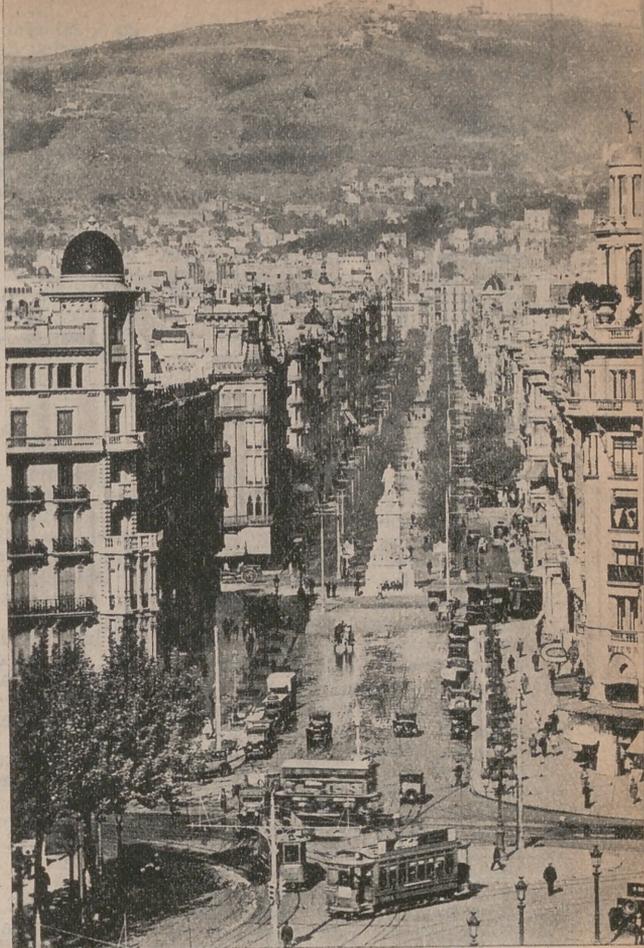
VIAJE POLITICO A CATALUÑA.— LA ENTREGA DEL ESTATUTO

«La Epoca», —no se por qué; acaso por su tirada corta o por

el tono de moderación que puso siempre en sus campañas — se libró de la dracónica medida. Y, como digo, en el viaje a Cataluña, la representé. Hubo, como es de rigor, banquetes, recepciones, discursos y todo el protocolo que se consideró correspondía a coyuntura tan solemne, que los organizadores titulaban histórica, y realmente, por lo que significara de desastre para la unidad nacional, lo era. No es sólo historia lo que tiene matices gloriosos o satisfactorios. Para los buenos españoles, aquella excursión tenía todo el carácter de la traición, del desmembramiento.

Seguramente, en los apuntes que vengo pergeñando, aludiré a a las discusiones de que hube de ser testigo y relator en el Congreso, para la confección y promulgación del Estatuto. Polémicas empeñadas, en las que unos y otros, como era natural, pusieron el ardor apasionado de sus respectivas posiciones y actitudes. No hay que decir que las derechas, con excepción de la minoría vasca, combatieron reciamente el proyecto. Consideraban justamente que era la destrucción de la unidad secular, el quebranto más grave que se podía infligir a la Patria. Pero prevalecieron los votos mayoritarios. Y aquella monstruosa ley fué realizada. Hoy, en este capítulo, me limitaré a recordar la expedición, especialmente en el acto que se consideró por los republicanos y socialistas como más trascendente, expresión culminante de la vergonzosa entrega.

Fué la excursión a Nuria. Allí, según las informaciones profusamente divulgadas, se habían reunido los redactores del Estatuto. Buscaron la serenidad de las soledades de la montaña nevada, para que su espíritu recibiera la «inspiración». Como si se tratase de una obra poética, de la tarea



La rambla de Cataluña en la época a que se refiere este artículo

más elevada y noble que los legisladores españoles pudieran acometer. Y a Nuria fuimos.

EN NURIA.— UN ARTICULO MIO, PLAGIADO, OBTIENE EL «MARIANO DE CAVIA».

Ello dió lugar a uno de los episodios de orden personal más interesante en mi vida y actuación de periodista. Desde allí, envié una crónica a «La Epoca». Era el reportaje objetivo, aunque no prescindí de incluir la natural tendencia contraria a lo que el acto significaba, de la excursión de los gobernantes y los parlamentarios. Este artículo lo publicó mi periódico en su número de 29 de septiembre. Poco después, en la revista titulada «Crónica» aparecía otra del periodista de izquierdas —redactor al mismo tiempo de «El Liberal»— Pedro Massa.

Pasó el tiempo, y en 1933 se reunió, como todos los años, el Jurado que había de discernir el Premio «Mariano de Cavia» de Prensa Española. Lo formaban en aquella ocasión, figuras tan relevantes de la literatura y el periodismo, como don Miguel de Unamuno, don Julio Casares, don Alfonso Hernández Catá, don Pedro Saiz Rodríguez y don Manuel Bueno. Y el premio, tan estimado y valioso, se le otorgó a Pedro Massa por su artículo en «Crónica», sobre el viaje a Nuria.

titulado «Sardana en la montaña y sardana en la ciudad». Hasta aquí todo es normal. Pero no lo es tanto —y se reveló el hecho en seguida— que el artículo premiado por Jurado tañ ilustre fuese un plagio del mío, aparecido en «La Epoca», unas fechas antes. Es perfectamente lógico que aquellos esclarecidos juzgadores no se dieran cuenta. No leerían, seguramente mi crónica. Si alguno la hubo leído en su momento, es también explicable que no la recordara. Yo mismo no me percaté de la copia hasta que alguien me lo advirtió. Varios periodistas dedicaron nuestras glosas e informaciones a la excursión. Una de ellas fué presentada al concurso de «A B C» y se consideró digna del galardón. Y nadie se acordaba seis meses después, de que un diario de la tarde de Madrid, había publicado otro artículo que se parecía mucho al seleccionado. La crónica mía se insertó, como he dicho, el 29 de septiembre. La de Massa apareció el 9 de octubre. El fallo del Jurado se hizo público el 18 de marzo, medio año más tarde.

Ya en el subtítulo había una coincidencia, que pudo fácilmente evitarse. Como pudo eludirse en el texto completo de los dos reportajes. Yo reconozco que el autor del plagio tenía capacidad suficiente y destreza de pluma bastante para no tener que acudir al arbitrio de repetir frases y conceptos. Pero lo hizo. Y se comentó mucho. «El Duende», semanario un tanto escandaloso, que publicaba por aquellas fechas Abelardo Fernández Arias, «El Duende de la Colegiata», pseudónimo con el que alcanzó años antes en «Heraldo de Madrid» una gran popularidad, reprodujo los dos artículos. En una columna el mío, en otra, a la derecha, el de Massa. Fué muy comentado, como indico, el hecho. Y no demasiado galantemente para el plagiario. Como el semanario de Fernández Arias era de escasa tirada, aunque se leyera en los círculos periodísticos y políticos, y ha pasado mucho tiempo del escándalo que produjo, no habrá quedado por ahí, de seguro, ningún ejemplar del número en el que publicó, enfrentados, los dos reportajes. Yo conservaba un ejemplar, pero al asaltar mi hogar los rojos en julio de 1936 desapareció con todos mis papeles y recuerdos personales. He buscado ahora los dos textos: el de «La Epoca» y el reproducido por «A B C», al dar noticia del premio discernido a Massa. Y voy a reproducir algunos párrafos para dejar constancia fehaciente de que el premio se le dió por un artículo copiado en gran parte. Tengo que aclarar que yo no me presenté al Premio «Mariano de Cavia». Si lo hubiese hecho, naturalmente, los jurados habrían advertido la semejanza de ambos trabajos. Insisto en que ellos no pudieron darse cuenta. Su fallo, sin conocer el antecedente, era correcto. No sé si sería justo, porque hubo concursantes de tanta talla como Felipe Sassone, Tomás Borrás, Francisco Valdés, —el notable poeta extremeño asesinado por la furia marxista—, Emilia Carrere, Murlane Michelena, José María Pemán y Víctor de la Serna. Cualquiera de ellos desde lue-

go —no creo preciso insistir mucho cerca de quienes me lean— de más nombre, talento y buena pluma que Massa. Pero se entendería que su artículo era mejor. Por eso digo que el premio fué correcto y no afirmo que fuese completamente justo. Respecto de Sassone, se aclara en el acta que no le premiaron por ser extranjero —como todo el mundo sabe, peruano—, y en cuanto a Víctor de la Serna, se decía que quedaron finalistas y que en una segunda votación fué vencido por el que resultó galardonado.

LA SEMEJANZA D'E DOS ARTICULOS

Y vamos a la reproducción de las coincidencias. Como decía más arriba, se dieron ya en el subtítulo. Mi artículo se titulaba sencillamente «Nuria», y debajo «Viaje». El del premiado titulábase, como antes he señalado, «Sardana en la montaña y sardana en la ciudad», y de subtítulo puso: «Notas de un viaje histórico». Hare la reproducción de lo semejante —para mi modo de ver más grave el seguir la línea del trabajo, con las mismas observaciones y detalles, que la copia literal de algunos de los párrafos— poniendo por delante mi apellido y lo que escribí, y a continuación el del autor del plagio y lo que él escribió en su crónica:

CASARES.—«A lo largo de la vía férrea se enfrenta con el viajero un río, un pequeño río que da la impresión de que va a desaparecer entre un zurcido de la tierra para no salir más.»

MASSA.—«Corre un río de claras aguas paralelo a la vía. Un río torcido que salta entre peñas, que da la sensación de que va a perderse de un momento a otro.»

CASARES.—«Pero sigue, tiene su curso hasta el final.»

MASSA.—«No obstante, escolta el camino hasta que la naturaleza cierra definitivamente su paso.»

CASARES.—«Después, las huertas y las masías, y al fondo las montañas, leves, poseídas de verdor. Esta es la perspectiva que encuentra el viajero a su derecha. A la izquierda, nada.»

MASSA.—«...haciendo pasar al viajero de las tierras labrantías, del maizal alto y espeso, al corte granítico de la montaña, que ya no habrá de abandonarnos a derecha e izquierda.»

CASARES.—«Cada vez que el ferrocarril se enfrenta con una de las montañas el viajero ha de pensar: ¡Ya no más! De aquí no se pasa.»

MASSA.—«La montaña pirenaica, enorme, abrumadora, dice: ¡Aquí estoy yo!»

CASARES.—«Otra nota de sugestión: las bocas de las cuevas. Negras heridas subterráneas, capricho de la naturaleza.»

MASSA.—«En esta cueva de arca boca negra y profunda...»

CASARES.—«Tal es el escenario que atribuye la leyenda a las correrías místicas y heroicas del Comte l'Arnau.»

MASSA.—«Dice la voz de la conseja que se refugiaba el conde de Arnau después de sus sacriléas correrías.»

CASARES.—«Bajo la imagen

hay una olla de amplia boca, ancho vientre y asas laterales.»

MASSA.—«Debajo del altar de esta Virgen de Nuria existe una olla de ancha boca y voluminosa panza.»

CASARES.—«Se dice de ella que da la fecundidad.»

MASSA.—«Su virtud es la de la da la fecundidad.»

CASARES.—«Allí ha de meter la cabeza la mujer que quiere ser prolífica. O el hombre. Para tener hijos es remedio seguro.»

MASSA.—«Mujer u hombre que mete su cabeza en la enorme vasija están seguros de dar hijos al mundo.»

CASARES.—«Se besa una cruz de plata que hay encima y se tira de la cuerda de una campana que resuena en el templo, atronadora.»

MASSA.—«Pero hay que hacer, además, otras dos cosas: besar una cruz de plata que hay encima del altar y tirar de la cuerda de una campana, cuyo eco irá a perderse, alegre y metálico, por la concavidad infinita.»

CASARES.—«Y Maragall, alma y sentido de Cataluña, a quien tanto invocan los hombres laicos de la Cataluña de ahora, cantó a la Virgen.»

MASSA.—«Maragall—poeta de Dios y de los hombres—supo descubrir y mejor que descubrir cantar en estos lugares.»

Copiaba yo—me dió el texto un amigo mío de Barcelona—un fragmento de las estrofas del poeta en su canto a la Virgen de Nuria. Eran éstos los versos:

«Verge de la vall de Nuria
voltada de soletats
que, inmòvil en la foscuria
oïn l'eterna canturia
del vent y las tempestats.
¡Verge de la vall de Nuria,
a vos venen las ciutats...!»

Pues bien, a Pedro Massa «se le ocurrió» reproducir los mismos versos. Ya digo que yo los recogí de labios de un amigo que me los recitó. El linotipista de «La Epoca», al reproducir esos versos, en el sexto—«del vent y las tempestats», no se fijó en que la «oï» era latina, por ser catalán, y la puso griega, y el artículo de Pedro Massa, que daba la casualidad que reproducía las mismas estrofas, llevaba también la «oï» griega. ¡Coincidencia!

En lo único que no había esa coincidencia en los dos artículos era en los párrafos que tenían un sentido estimativo, de comentario. Decía yo:

«Todavía otro recuerdo de Nuria. Allí se redactó el Estatuto. De allí salió el germen de la ley que ahora ha recibido Cataluña. Nuria es para los catalanes una joya que les enorgullece... ¡Que un día no vuelvan su mirada con rencor hacia el valle que cantó Maragall!»

Y Massa ponía este final a «sus» glosas del viaje:

«Estad seguros que el agua amarga de la desilusión no caerá sobre la República. Porque Cataluña sabe que España entera la sigue en esta su nueva ruta de autodeterminación fecunda.»

Este final, como puede verse, no era plagio. Era la respuesta. Pero, en definitiva, una compro-

bación más de que el autor seguía pendiente de mi artículo. Puesto que, en cierto modo, lo contestaba.

OTRO REPORTAJE MIO ME REPRESENTA EL PREMIO «LUCA DE TENA»

Ya he dicho que yo no concurrí al Premio «Cavia». No he acudido nunca a él. Se me ha otorgado el «Luca de Tena». Entonces no me creí con méritos ni con obra literaria y periodística merecedora de ser refrendada con tan alto galardón. No me podía imaginar que una crónica mía sirviese para que lo lograra otro periodista. Después, con el «Luca de Tena», me ha parecido que no debía concurrir al otro de la misma Casa. Nadie ha tenido los dos. Nadie, sin duda, después de obtener uno, ha considerado que debería ir por el otro. Es decir, hay un periodista que tiene el «Cavia» y el «Luca de Tena». Ese periodista se llama Pedro Massa. El segundo, por un trabajo anónimo, según disponen las bases del concurso. Fué un artículo publicado sin firma en «El Liberal». Si mal no recuerdo, un reportaje sobre determinado reparto de juguetes. Se presentó y le dieron el premio. Ni «El Duende de la Colegiata» ni nadie ha dicho que este segundo trabajo fuera plagiado. En el caso de Nuria debió ser un arbitrio de comodidad. Yo tuve que dictar la crónica por teléfono, sobre la marcha. El la hizo después de volver a Madrid «tranquilamente».

Se me concedió, como digo, un año después, el «Luca de Tena». Fué por un artículo en «El Sol», no firmado. Habían circulado en Madrid rumores de que en Navalnoral de la Mata estaban en pleno comunismo. Así, por las buenas. Un pueblo de España que por su cuenta había cambiado de régimen. Y pasaba de la República al Soviet. Era, en realidad, un anticipo. Un episodio precursor. ¿No iba, algo más tarde, la República a desembocar en el comunismo? Está bien probado—es ya historia—que en 1936, cuando se produjo el Alzamiento, las fuerzas anarcosoviéticas tenían preparada su revolución. Y en las ciudades que fueron rojas funcionaron las «checas», se asesinó a la gente, se acudió a todos los arbitrios y métodos de Rusia. De todos modos, resultaba entonces sorprendente. ¡Un pueblo que se desvinculaba voluntariamente del Estado republicano, todavía burgués, y que se entregaba al sistema libertario! Don Manuel Aznar, mi director, me encargó que me trasladase a Navalnoral. Hi-

ce el viaje en el tren, sin saber a lo que iba, sin tener la seguridad de salir con bien de mi empresa. Y llegué, tras de varias horas de aburrimiento, en un vagón de ferrocarril, yo sólo, a ese pueblo, y me enfrenté con la estampa del levantamiento. Pero ya vencido. Ya no pasaba nada. Mi viaje serviría sólo para recoger los relatos de las gentes que habían presenciado, perplejas y atemorizadas, la locura de unos cuantos, que ya pagaban en la cárcel su extraña aventura.

Tomé mis notas, dormí en una fonda de mala muerte, volví a encerrarme en un departamento de un tren lento y sucio. Y llegué a Madrid al día siguiente, cerca de la madrugada. Desde la estación, sin detenerme, porque si lo hacía no entregaría mi crónica, me trasladé a la calle de Larra. Me senté ante una máquina—la que usaba siempre, en un despacho pequeño, que creo recordar era el de Eduardo Ruiz de Velasco—, y escribí de prisa, sin pararme a hacer preciosismos, la impresión rápida de lo que había visto y sabido. Entregué, muy cerca de la hora del cierre, al director las cuartillas. Dispuso su tipografía y colocación en las páginas del periódico. Y salió en el número del día siguiente mi relato. No pensaba yo, ni mucho menos, que me iba a significar cinco mil pesetas. El reportaje mejor pagado que he escrito, pues aunque luego tuve otro premio de más cuantía—el «Francisco Franco» del periodismo, del que ya hablaré—, fué por una colección de artículos firmados. Y presenté nada menos que 138. Una labor aplastante que yo creo —a falta de otros méritos— que decidió al Jurado.

UN SUELTO INSIDIOSO DE «EL SOCIALISTA»

No pensaba yo presentar aquel artículo de «El Sol» al Premio «Luca de Tena». Me instó alguien, muy cercano a mí, familiar y entrañablemente. Y a última hora me decidí. La verdad es que no esperaba el importante galardón. Después de aquella

época se han creado otros más valiosos, cuantitativamente. Entonces, en el aspecto periodístico, los de Prensa Española eran los más codiciados por categoría y por asignación. Pasaron los meses, hasta el de la concesión, y me encontré con la grata sorpresa. Fué en los pasillos del Congreso donde supe que había sido yo el elegido. El marqués de las Marismas, actual de Valdeiglesias, me dió la enhorabuena.

—¿Por qué?—le pregunté sinceramente sorprendido.

—¡Vamos, Casares, no se haga de nuevas! ¿Por qué va a ser?—me replicó.

—Le doy mi palabra de que no sé nada.

Y me comunicó la buena nueva. El Jurado acababa de fallar y me concedía el «Luca de Tena».

Hubo las consiguientes felicitaciones, fotos y elogios en los periódicos. Y un banquete. De éste

también hablaré en otro capítulo, porque tuvo algún interés de tipo político. Y hubo una reacción inusitada. «El Socialista» publicó un suelto a dos columnas, con el léxico agresivo que era característico en aquel periódico, en el que se metía con el premio, con la Casa periodística que lo había creado y conmigo. Por aquellos días acababa yo de fundar, con un numeroso grupo de compañeros, como ya he relatado en otra crónica, el Sindicato Autónomo de Periodistas de Madrid. Tenía nuestra agrupación un señalado carácter antimarxista. Estábamos en ella todos los de «derechas». Y el órgano del socialismo decía en ese suelto que se me había premiado por la fama de haber dividido a los profesionales de la Prensa madrileña. La verdad es que el Jurado ni se metió, ni tenía por qué meterse en cosas políticas. Ni el dar a un reportero por una crónica informativa el Premio «Luca de Tena» podía nunca ser un modo de recompensar actuaciones de tipo político. Pero aquella gente, de tan acusada y notorio sectarismo, no perdía ocasión de atribuir a los demás sus propios pecados y procedimientos. La reacción era muy de ellos. El lenguaje —aludiendo a mi cocido— correspondía igualmente al estilo de procaacidad y chabacanería que les era peculiar. Pero, en fin, lo que me interesaba recordar es que se me dió el Premio de artículos sin firma y que, con un mío firmado anterior, otro periodista consiguió el «Cavia». Moralmente, aunque no de un modo formal y efectivo, creo que puedo ufanarme de haberlo obtenido también.



Francisco Casares cuando le fué concedido el Premio «Luca de Tena».



Caricatura de Francisco Casares publicada en «A B C» en 1934

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA SAL DE LA TIERRA

(Las grandes Ordenes religiosas)

Por André FROSSARD

CONTEMPLATIVOS
EN EL SIGLO ATO-
MICO

EN el dédalo fortificado del monte de Saint Michel, una dama turista contemplando un día a un religioso de Santo Domingo, revestido de su tradicional hábito, tuvo esta exclamación escandalosa:

—¿Cómo es posible que en nuestra época existan todavía gentes como éstas?

Sin duda, se hubiese acabado de confundir a la turista si se le revelase que el portador de este vestido insolito, no contento de cubrirse con un sayal y de afeitarse la coronilla de la cabeza, se vinculaba además a las edades pasadas por un triple voto de pobreza, obediencia y castidad, en contradicción absoluta con lo que se considera como ideal tópic moderno.

—¡En nuestra época, votos semejantes!

¡Y, sin embargo, hay estas gentes y cosas! Y no solamente en la sombra de los conventos, donde la invisible luz de la contemplación mantiene su alma atenta y silenciosa, sino sobre todas las rutas, en todos los caminos, que algunas veces fueron los primeros en trazar y frecuentemente los últimos en recorrer, vestidos de blanco, de negro o de marrón, barbudos o rigurosamente afeitados, calzados con las sandalias franciscanas o con el borcegüi jesuita, armados de un rosario o de un crucifijo. Y no tienen en absoluto un aire inadecuado para el siglo de Einstein, pues van a vapor o a petróleo, como ustedes y yo, atraviesan los mares en avión y tejen alrededor de la tierra, capuchón y escapulario al viento, una red de monasterios, de escuelas, hospitales e instituciones religiosas o sociales, sólida y cerrada, cuyas mallas rotas son incansablemente renovadas día tras día, lo que hace a la Iglesia católica y apostólica, la más grande potencia espiritual de todos los tiempos.

Exactamente nuestro arrogante siglo XX, nuestro siglo de la velocidad, de la televisión, del radar y de la máquina de pensar, que parece excluir toda posibilidad de recogimiento, toda forma de vida interior, en fin, nuestra edad atómica, ve—o más bien no ve—, pues los acontecimientos pa-

AUNQUE resulte paradójico es muy reducido el número de obras dedicadas al estudio de las Ordenes religiosas dentro de la copiosa y abundante bibliografía sobre la Iglesia católica. Todavía resulta más reducida la proporción de libros dedicados a divulgar y poner al alcance de las masas el papel de éstas en la vida de los pueblos. Para subsanar este vacío, André Frossard, conocido periodista y escritor francés, se propuso publicar un volumen que cumpliera la tarea de poner al alcance de todos la vida de las diversas Ordenes religiosas. Una vez visitados los principales conventos de Francia se lanzó a la empresa, siendo justo el reconocer que la remató con el mayor éxito.

En un sabroso libro de menos de 200 páginas, Frossard, con un estilo sencillo en donde alterna el humor y el apasionamiento, y sin apartarse jamás de la más estricta ortodoxia, ha trazado en elocuentes bosquejos las principales características de los votos monásticos y las particularidades de cada una de las órdenes.

Frossard asegura que su libro va dedicado principalmente a los ateos que consideran incompatible la vida contemplativa con la civilización moderna, pero creemos que es excesivamente modesto, ya que la lectura de su libro hará también mucho bien a todos los creyentes, pues siempre descubrirán en sus páginas cosas que remocan sus viejas creencias.

Frossard (André). *La Sel de la Terre. (Les grands ordres religieux)*. Librairie Arthème Fayard, Paris, 1954.

Universidad, y las Ordenes estrictamente contemplativas desempeñan un papel comparable al de los grandes establecimientos de crédito o de los Bancos privilegiados que se llaman Institutos de emisión.

Ciertamente, la analogía es lejana. Es necesario, por lo menos, espiritualizar la comparación. La Trapa, la Cartuja, el Carmelo, semejan a Bancos en la medida en que éstos, sin ejercer directamente ninguna actividad comercial o industrial (no se fabrica nada en un Banco), detentan un poder considerable sobre el organismo social: La Trapa, la Cartuja y el Carmelo tienen un poder análogo sobre la economía espiritual de la Iglesia sin participar, además, en su acción visible. La oración, el flujo de la vida interior, tienen aquí el papel devoluto del dinero.

Si la Compañía de Jesús es comparable a un Ejército, es por la disciplina ejemplar que sabe obtener de sus miembros y, sobre todo, por su voto especial de obediencia a la Santa Sede, que le permite al Papa disponer a su grado de ella para la fundación de una Universidad, la inicia-

ANDRÉ FROSSARD

le
sel
de
la terre

les grands ordres religieux

LIBRAIRIE ARTHÈME FAYARD

ción de una misión, el desarrollo de una obra apostólica o caritativa, semejantemente a como un general designa un objetivo a sus tropas y las hace moverse según las necesidades de su estrategia. Presta a ocupar donde quiera que sea cualquier posición ante una orden de Roma, la Compañía no está menos dispuesta a evacuarla a la primera contraorden, abandonando la tarea emprendida o el terreno conquistado con la simplicidad del soldado que cambia de sector o de guarnición.

Los religiosos se gobiernan según la carta que reciben de Roma desde hace diez años o diez siglos, y que hace de cada Orden una especie de principado o de república confederada en el seno de la Iglesia. Toda Orden tiene sus representantes en el Vaticano, en donde se comportan casi como embajadores. En el dominio político el régimen de los Estados Unidos ofrecería una analogía aceptable: los Estados confederados con sus tradiciones, sus costumbres y sus leyes propias, sustituyen considerablemente al poder central de Washington y participan en cierto modo en el gobierno de la Unión sin perder nada, en los límites de su territorio, de sus prerrogativas particulares en materia de derecho. Pero para que la comparación sea satisfactoria sería necesario, además, que la forma de gobierno local difiriese en cada Estado, al igual que varía con cada Orden religiosa.

El régimen benedictino, por ejemplo, es de esencia monárquica. El abad benedictino concentra todos los poderes y reina vitaliciamente sobre su monasterio; todas las abadías de San Benito constituyen pequeños principados independientes, convenientemente unificados bajo el cetro honorífico de un abad presidente. Por el contrario, los dominicos son netamente demócratas. Practican la elección temporal en todos los grados. La democracia dominicana dura, sin embargo, desde hace ocho siglos, y el voto de perfección de los electores explica, sin duda, este fenómeno de longevidad que les permite cambiar frecuentemente de gobierno.

El régimen de los cartujos es de estilo aristocrático. El prior de la Cartuja es elegido vitaliciamente como el abad benedictino, pero a diferencia de éste, que reina sin compartir su poder y sin dar cuenta a nadie de su administración, el prior cartujo se presenta ante el Capítulo General, asamblea anual y soberana de los priores de todos los conventos de la Orden.

En cuanto a los jesuitas, su sentido de la autoridad se traduce por la elección de tres candidatos, entre los cuales el Papa escoge el general de la Orden, que nombra a todos los cargos.

Así, el mundo religioso practica indiferentemente las grandes formas clásicas de gobierno que el mundo político estima en general incompatibles. Estas se encuentran incluso combinadas en la mayor parte de las Ordenes. El abad—monarca—benedictino es elegido por sufragio universal de segundo grado, siendo prisionero de su regla tanto como lo es el Rey de Inglaterra de la tradición británica. Si los dominicos pueden pasar por «demócratas», es porque las funciones gubernamentales en ellos, están limitadas por el tiempo. En la sociedad religiosa, los principios democráticos, aristocráticos y monárquicos, se mezclan, se entrecruzan y chocan de tal manera, que es difícil discernir la parte que tiene cada uno en el llamativo equilibrio del edificio.

EL OFICIO BENEDICTINO: FUENTE DE ENERGIA

Cuando se quiere electrificar una región se comienza por construir una presa. Un convento con su clausura es también un embalse: como el agua en un lago artificial, la vida exterior se acumula detrás de sus muros, que dejan filtrar de ella lo que es necesario para alimentar una prudente industria. Lo que un convento recibe así del mundo en fuerza motriz, lo transforma en oración y lo convierte en luz espiritual.

Es por esto por lo que, junto al Clero secular, los monjes civilizadores de San Benito, con sus innumerables «estaciones» contemplativas de energía, han electrificado, quiero decir han cristianizado Europa. Hoy nos cuesta trabajo representarnos el potencial de este milagro.

El centro de la vida benedictina es el oficio divino, que lleva al coro siete veces por día a una larga fila de «Papás Noeles» de capuchones punti-

agudos, que se deslizan sin ruido dos a dos sobre las losas de la iglesia, se inclinan ante el altar y después, volviéndose el uno al otro, se saludan profundamente, antes de irse a colocar en su banco como lo podían hacer en una caja.

El oficio divino, el «Opus Dei», se compone de un cierto número de salmos antifonas, himnos y oraciones distribuidos en «Horas» (Maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas), que forman, entre las ocho horas consagradas al trabajo y las ocho abandonadas al descanso, la obra principal de los tres ochos monásticos. El elogio divino es a la vez la alegría, la función esencial y la razón de ser de un monje.

En todo tiempo, el ceremonial benedictino se distinguió por su grandeza y por su fasto. En otras épocas, el «Opus Dei» revistió en Cluny la majestad y el esplendor de una coronación. La propia Iglesia ha sacado los principales motivos de su liturgia de estos magníficos oficios cantados que han dado la gloria de la Orden y que valen a los benedictinos, que gustosamente renunciarían a esto, la reputación de distinguidos organizadores de conciertos sacros. Una o dos veces al año, los espíritus cultivados se dan cita en las abadías de San Benito, para ejercer sobre el canto llano del oficio gregoriano su misterioso poder de gozar de todo sin amar nada. Si se quiere figurar en el mundo, es necesario haber oído cantar la noche de Navidad o la mañana de Pascua en un convento benedictino, como es necesario conocer la cuarta sinfonía de Bela Bartok o la última salida pictórica de Picasso. Los benedictinos no tienen la culpa de todo esto. Cantan hoy como lo hacían en el siglo XII, no para que les oigan, sino en honor de una invisible presencia, hasta el punto de que se puede decir paradójicamente que si sus cantos son hermosos es porque no lo pueden hacer de otro modo.

La mediocridad no soporta los siglos. Ningún asceta, por ansioso de penitencia que estuviese, podría cantar el mismo tono dos o tres veces por día durante cuarenta años si tuviese la más mínima probabilidad de que este aire se convirtiese en una pesadez. La belleza del canto gregoriano sobrevive a la repetición indefinida de los oficios, porque es impersonal; esta música arrebatada al alma sin necesitar los instrumentos de la composición y de la fabricación musical: es una efusión, un homenaje, una oración, no es un arte.

LA SONRISA: INSTITUCION TRAPENSE

Con una sonrisa es como acoge el hermano portero al viajero que se detiene en Cîteaux, y es también sonriente como el padre hostelero os conduce a su habitación, a través de los corredores silenciosos de la hostelería.

La sonrisa es un signo de alegría acogedora. Ella permite economizar un número considerable de palabras; en los trapenses reemplaza ventajosamente las banalidades usuales.

Sonrisa y austeridad, este contraste característico de la Trapa comienza desde el umbral del monasterio y no acaba probablemente más que en la morada de los elegidos, donde la sonrisa se transforma en beatitud y la austeridad en perfección. Las pesadas puertas de hierro de la clausura, que no aligera lo más mínimo la inscripción en letras de metal brillante: «o beata solitudo—o sola beatitudo», no se abren como su hosco aspecto hace pensar sobre el emplazamiento de un cementerio, sino sobre el encantador entrelazado de un jardín, rodeado por un arroyo. La Trapa está llena de estas sorpresas. No obstante, no hay que fiarse de la amable perezosa del riachuelo: un poco más allá del jardín alimenta una presa y mueve una turbina.

Los benedictinos van vestidos de negro, los trapenses de blanco. En la Edad Media el blanco era el color sacerdotal. Los benedictinos, aunque hoy sean todos sacerdotes, han mantenido el hábito negro en recuerdo de su fundador, que no recibió órdenes. Si merecen justificadamente el bello título de contemplativos por estar consagrados a la oración y a los trabajos intelectuales, sin inclinarse a la acción inmediata, los trapenses y los cartujos son los contemplativos por excelencia.

Siguiendo la regla de San Benito, comparten su tiempo entre el oficio, la lectura sagrada y el trabajo manual, laborando las cosechas y mostrando

así que los verdaderos monjes viven del trabajo de sus manos, al igual que nuestros padres y los Apóstoles. No flanquean jamás las fronteras de sus dominios, y lo menos frecuentemente posible los estrechos límites de la clausura que engloba los edificios conventuales y algunas hectáreas del jardín. Se levantan a las dos de la mañana y a la una y media el domingo y los días festivos en los que el oficio canónico es más largo. A la hora del primer Metro los trapenses rezan ya desde hace tres horas por el conductor, que no lo sabrá nunca desde su puesto.

El silencio en ellos es una regla absoluta. Un código rudimentario de signos les permite explicarse entre ellos en estilo telegráfico. Por ejemplo, se dice «pan» uniendo los pulgares y el índice en forma de triángulo; «comprendido» llevando rápidamente la palma de la mano a los labios; «muñer» trazando con el dedo alrededor de la frente la línea imaginaria de un velo o de una diadema, y se designa el «vino» con un cierto aire burlón, colocando el índice sobre la punta de la nariz.

Yo no sé por qué esta regla del silencio parece tan cruel, sobre todo a las señoras. Cuando en un salón el murmullo de las conversaciones se interrumpe un instante y no se oye más que el tintineo de las cucharillas de las tazas de té, se dice que «pasa un ángel...».

Pero no se le tiene nunca. Sin embargo, los trapenses no le dejan marcharse, he aquí la explicación de todo.

El silencio no hace peores los caracteres. Si os encontráis a un padre en la hospedería, en el oratorio, o en los campos, os saludará sonriente. Si sorprendéis alguno a la vuelta de un camino, con la nariz metida en un libro, el murmullo de vuestros pasos, le hará levantar la cabeza y en ella veréis la gentil aurora de una sonrisa infantil.

Y cuando se ve a uno de ellos de rodillas ante la Virgen María, que reina sobre las flores del jardín, uno tiene que resistirse al deseo de aproximarse precipitadamente para levantar con toda presteza el capuchón del monje que reza. ¿Pero para qué?, seguro que sonríe.

Al pasar cerca de cada uno de ellos, he enriquecido, naturalmente, mi colección de sonrisas de una especie rara, en donde se lee una profunda gratitud hacia un misterioso bienhechor que yo en vano he buscado con los ojos en lo que me rodea.

La sonrisa es una institución trapense.

JORNADA SIN FIN DE LOS CARTUJOS

Los cartujos ven grande y alto. La llanura de los trapenses, cultivadores y los lugares campestres de los benedictinos no les va bien. Ellos necesitan la montaña, con sus cimas y sus vértigos. Sus conventos son inmensos. Cada solitario dispone de un alojamiento de cuatro habitaciones y de un extremo a otro del jardín, el claustro, que une estas pequeñas casitas, alcanza algunas veces las dimensiones de un bulevar. El de la Gran Cartuja mide 215 metros de longitud. Construido sobre un terreno desigual, toma a medio camino una pendiente acentuada, en la que no se ve el fin. Parece hundirse en la montaña o perderse en una garganta invisible. No hay espectáculo más extraño que el hábito de un monje floteando a lo largo de este túnel luminoso y desapareciendo a lo lejos, poco a poco, como la vela blanca de una carabela en el horizonte.

Un cartujo deja su celda tres veces por día: a la noche, para el oficio, que dura cerca de tres horas y media; a la mañana, para la misa, y a la tarde, para las vísperas. El resto de su tiempo lo pasa en la soledad total del cautivo secreto. Su alojamiento se compone, como ya hemos dicho, de cuatro habitaciones, que dan sobre un jardín de algunos metros cuadrados, rodeado todo él de muros; el del convento, el de la celda vecina y el del claustro, flanqueado de un corredor. En el primer piso, la pieza llamada del «Ave María» a causa de la oración que el monje recita cada vez que entra en este recinto consagrado a la Virgen, y el «cubiculum» o «living-room» comprende un minúsculo oratorio, una alcoba con un lecho de tablas provisto de un colchón de cerda y de sábanas, una estufa, una mesa y una silla. Nada en los muros, salvo un crucifijo adornado algunas veces, como la imagen del Ave María, con flores recogidas durante el paseo semanal que se realiza por las proximidades del monasterio. Entre las dos habitaciones del pri-

mer piso, un recinto de la amplitud del oratorio está convertido en gabinete de trabajo. En el piso principal está el depósito de leña y el taller donde el cartujo efectúa todos los días durante dos o tres horas un trabajo manual considerado como simple diversión. Unos fabrican tablones, otros tallan estatuillas, y, finalmente, algunos se contentan simplemente con cortar leña. El jardín se deja a la iniciativa del individuo. Unas veces es un jardín de distracción, otras un huerto, otras un reducto de malas hierbas o un montón de cascotes, todo según los dones, la edad y el humor del jardinero.

La jornada del cartujo no tiene ni comienzo ni fin. Se levanta a las seis, pero deja la cama mucho antes, a media noche, para el oficio, que se celebra hasta las dos de la mañana. Se acuesta a las seis de la tarde, pero reposa sólo cuatro horas. Este acostarse en dos tiempos, completamente vestido sobre un lecho sin blandura, semeja al sueño inconfortable que el viajero realiza entre dos trenes, en el banquillo de una sala de espera. A las diez, un hermano de las cocinas pone en la veranilla de la celda una bandeja que lleva la única comida del día: pescado (nunca carne), legumbres, compotas, todo ello en cantidad abundante, pero de calidad mediocre. Tomado el almuerzo, quedan las veinticuatro horas para hacer el Argel, salvo los cinco minutos que son necesarios por la tarde para tomarse el trozo de pan y el fruto de la «colación», que se suprime durante el ayuno místico, en Cuaresma, de dimensiones verdaderamente cartujas, y que se extiende del 14 de septiembre hasta Pascua.

El cartujo decepciona cruelmente a los Robinescnes voluntarios. Ciertamente, los cartujos viven solos todo un día o casi todo el día, pero no son libres de organizar su existencia como les place. La campana conventual está allí, vigilando puntualmente. Llama al despertar, al trabajo, al descanso, al oficio, a los maitines, a los laudes, a la misa, a las vísperas, a las completas, a las horas canónicas, en fin, constantemente. Todo el claustro obedece en silencio a su voz pura, que parece resonar en una ciudad muerta.

SOCIEDADES INTEMPORALES

No es una sociedad de otra edad la que se abre ante el visitante de una Trapa o de una Cartuja, es una sociedad intemporal. El colectivismo trapense está mucho más avanzado que el de los koljoses, en lugar de sostener la perniciosa ilusión de que todo pertenece a todos, se funda sobre el principio auténticamente socialista de que nada pertenece a nadie.

El cartujo no está nunca pasado de moda, pero nunca ha seguido ésta. El cartujo es casi siempre un gran hombre, deslumbrado por una gloria que no es la suya. Su soledad es la de todas las almas enamoradas del absoluto.

¿Es necesario justificar las vocaciones contemplativas? El mundo moderno se ha encargado bien de ello. Nos ha fabricado una civilización insupportable, enemiga de lo sobrenatural, reñida con todo lo sacro, fría como una máquina, embrutecida por sistema y manifiestamente resuelta a estrangular una libertad que día por día pide a grandes gritos esa forma radical de la objeción de conciencia que constituye la entrada en religión. «Todos los que hacen profesión de llevar una vida solitaria, dice Pío XI en la bula «Umbratitem», no sólo con el fin de aplicar toda la fuerza de su espíritu a la contemplación de los divinos misterios y de las verdades eternas, sino también para expiar y borrar sus propias faltas y las del prójimo, han escogido, como María de Betania, la mejor parte.» Ante la vasta empresa de despersonalización del mundo moderno, el propósito de fidelidad a la luz, que hace el contemplativo, parece una contradicción. No comprendemos al principio la utilidad de estos reclusos inmóviles y de rodillas, con los ojos vueltos hacia una inefable presencia, cuando en este mundo desfigurado experimentamos la necesidad de mirar la faz de un hombre.

UNA LLAMA HISPANA EN UNA LAMPARA ORIENTAL

El Carmelo es una lámpara oriental en donde arde una llama hispana. Dos españoles la encendieron y todavía brilla. De estos dos incendiarios, iguales en ardor, la Iglesia los ha hecho doctores de la vida espiritual, y sólo se les puede reprochar una cosa, la de haber sido el uno y el otro tan

buenos maestros y tan buenos escritores que una multitud de críticas han querido comprenderlos lo bastante bien para poderlos explicar. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila han sido objeto desde hace tres siglos de innumerables tesis y contratesis de psicología, en las cuales los más ambiciosos tratan con una sangre fría perfecta del problema de la experiencia mística, como si existiese alguna posibilidad de resolver el problema sin intentar la experiencia. Porque es totalmente imposible hablar pertinentemente de ésta sin haberla pasado, como no se puede aclarar la muerte sin haber resucitado por lo menos una o dos veces.

San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila son dos almas de la misma raza, de las que no conocen ni la transacción ni el compromiso, y que no respiran a gusto más que en el absoluto. Ambos siguen el mismo camino espiritual, el uno durante la noche, la otra en pleno día. Lo que el primero expresa en la subida del Monte Carmelo en imágenes nocturnas de una profundidad y una limpieza admirables, la segunda lo describe en «Las Moradas», con un remolino de comparaciones luminosas en donde brillan los diamantes, los rubíes, las estrellas y los soles.

Con estas dos antorchas vivientes en su antigua casa, El Carmelo habría faltado a su misión si no hubiese sabido mantener este fuego. Es por lo que, desde los tiempos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, los carmelitas descalzos son lo que les conocemos hoy, es decir, una vida gobernada por una regla y una fórmula de vida religiosa comparable a la de los dominicos, que una estrechamente la contemplación, que hace el cartujo y la acción representada por el jesuita. Al igual que los dominicos, los carmelitas son predicadores, profesores, misioneros, mientras que sus hermanas llevan una existencia, recluidas a perpetuidad, de puras contemplativas.

LOS STAJANOVISTAS DEL DOGMA: LOS DOMINICOS

La Orden de Santo Domingo es, en cierto modo, la «intelligentsia» de la Iglesia. De la «élite» intelectual, los dominicos tienen el saber, la prontitud y la curiosidad de espíritu, y también la inquietud de las ideas, una tendencia habitual a adelantar la crítica y a retener el juicio, «disposiciones todas ellas, que hacen de estos religiosos, en el dominio del pensamiento, los más emprendedores de la Iglesia.

Los dominicos son todos excelentes teólogos, pero desde hace años la teología dominicana ha penetrado heroicamente a nuestro servicio hasta el fondo del pensamiento contemporáneo y el inventario se prolonga. En espera de que termine esta larga exploración, el maestro de los maestros, el regulador de los espíritus continúa siendo para los 8.000 dominicos del mundo entero el más grande teólogo de la Orden, el mejor amigo de la razón, el ángel de las escuelas, es decir, Santo Tomás de Aquino.

Hoy el tomismo nos aparece como el monumento más imponente del pensamiento medieval, y el propio Santo Tomás, como el teólogo fuerte, como el stajanovista del dogma, como el gigante del pupitre, cuya formidable producción aplasta con su masa prodigiosa las miserables plaquetas en donde los filósofos de hoy encierran sus diferentes muestras.

MOVILIDAD ESTRATEGICA DE LOS JESUITAS

Los estatutos de San Ignacio son aprobados en 1540 por el Papa. Hoy, después de la persecución, la supresión y la expulsión, los jesuitas son 30.000 en el mundo. Entre sus alumnos cuentan al cardenal Fleury, Bérulle, M. Olier, Balzac, Descartes, Cornelle, Montesquieu, Molière, Rousseau, Joseph de Maistre, Louvois et Colbert, Condé, Foch, Lyautey, Misioneros, franquean los océanos, atraviesan las Indias, pasan al Himalaya, penetran en China, surcan el Japón, dejando aquí un jesuita-brahmán con hábito amarillo, más brahmán que los propios brahmanes, allí un jesuita yogui que so-

brepara a los yoguis en perfección ascética, más allá a un jesuita jefe de protocolo que supera en ética japonesa a los familiares del Emperador; más lejos todavía, encontramos a jesuitas, encantadores de serpientes, y según el lugar, la ocasión y la necesidad, a geógrafos, relojeros, físicos, astrónomos, médicos y arquitectos. Es un jesuita el que descubre el Mississippi y remontando el Missouri llega hasta los Lagos, un jesuita quien inventa la linterna mágica y el tubo acústico, un jesuita quien nos trae de Filipinas la quinina y la vainilla, un jesuita quien nos enseña a fabricar la porcelana.

Ellos han estado, están y estarán allí donde su misión les imponga estar. Pero ellos también son más y mejor que nadie decapitados, desclados, quemados, crucificados, matados en masas y torturados constantemente. La Orden comparece ante el complaciente tribunal de los historiadores a la cabeza de una magnífica columna de mártires. Hay cerca de un millar que testimonian de esta manera descorazonadora para la polémica, y el catálogo continúa abierto, pues los jesuitas, que hacen todos los oficios y visten todos los trajes, se cubren voluntariamente con la túnica de sangre del martirio.

EL MILAGRO DE SAN FRANCISCO DE ASIS

Si el contemplativo nos irrita porque contempla, si el jesuita nos desagrada porque actúa, hay felizmente en la historia de las Ordenes religiosas un personaje muy puro que recibió la gracia de provocar el homenaje unánime de los creyentes y los descreídos, una especie de anarquista adorado por los intelectuales de moda, un santo caro para los anticlericales, un gran místico sin misterio aparente que obtiene el aplauso general, que predica como un dominico, que canta como un benedictino, que reza como un trapense, y, finalmente, que contempla como un cartujo o que se arroja al fuego como un jesuita. Ante él la hostilidad baja el brazo y la objeción desaparece. Estos son algunos de los milagros de los que nos invitan a terminar nuestro viaje en casa de San Francisco de Asis, que con sus 45.000 religiosos actuales y sus dos millones de terciarios dispone hoy de los más poderosos efectivos de la Iglesia Católica.

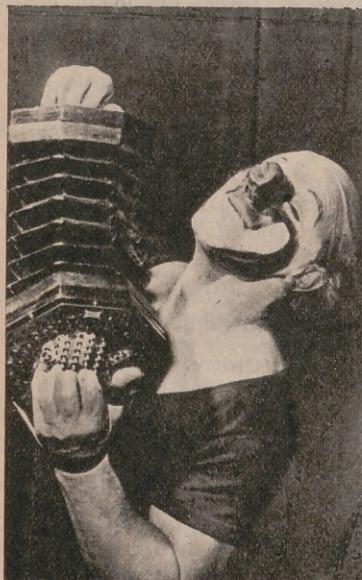
Cada Orden tiene su historia en la historia de la Iglesia, en la Historia del mundo, en la historia de las ideas y, en general, en el conjunto del transcurrir de los siglos. Cada Orden honra a un fundador particular, y si consagramos montones de volúmenes para los fautores efímeros de la guerra y de la política, no dispondríamos de bastante tinta ni papel para contar la de hombres como San Benito, que han atravesado impasibles catórces siglos de historia con su regla bajo el brazo o de San Ignacio de Loyola, cuya personalidad fué tan grande que después de 400 años todo jesuita se semeja a él, como jamás hijo alguno se pareció a su padre. ¿Y qué decir de lo que debemos a San Bernardo? Los santos de España y de Italia son bien españoles o italianos, y fácilmente se reconocen en ellos los rasgos de su pueblo, el genio de su nación, los colores de su país. España era ya una tierra desnuda cuando San Juan de la Cruz descubrió la vía mística del abandono total; las colinas umbrías eran ya el gentil jardín en donde el arte iba a producirse como un fruto cuando Francisco Bernardone se puso a cantar a su hermano el árbol y su hermana el agua. Ante la Historia, España puede enorgullecerse de haber producido a Teresa de Avila, a Ignacio de Loyola, a Domingo de Guzmán, tres hojas de puro acero toledano, sacadas de su suelo y forjadas con su fuego; Italia puede jactarse de haber alimentado a San Antonio de Padua, el teólogo dulce, y a Santa Catalina de Siena, la réplica femenina y espiritual del «condottiere». Pero cuando admiramos en nuestro país a San Bernardo y también a San Luis, esta armonía de lo divino y lo humano en un alma recta, tenemos que reconocer que el origen del claro genio francés está allí y no fuera.

CUATRO POEMAS SIN ESPERANZA Y SIN REMEDIO

POR C. FERNANDEZ LUNA

En el número 33 de la gran revista **POESIA ESPAÑOLA**
También: **EL ALMA EN EL MAR**, por Carmen Conde, y poemas de Ruben Bareiro Saguier, Carlos E. Mesa, Tomás Losa Carretero, P. Damián de Aoiz y Manuel Alcántara, entre otros.

CHARLIE RIVEL, AMIGO DE LOS HOMBRES



Charlie Rivel durante una de sus actuaciones

LA FABULOSA HISTORIA DE UN PAYASO ESPAÑOL Y UNIVERSAL

A las cuatro, en el Palace. Bajo la marquesina más elegante del mundo, pienso que un payaso en el Palace no debe de ser un payaso. Es una simple consideración muy elemental y, sobre todo, la que necesito para enfrentarme con Charlie Rivel. Nunca he querido saber antes de un encuentro profesional los antecedentes de los hombres o de los acontecimientos. Documentarse previamente rebaja la posibilidad de la sorpresa y convierte la bella aventura del periodismo en su instante más entrañable en una vulgar revisión de atestado. La verdad surge por caminos muy distintos a los de la premeditación y el diálogo con espeleta retardada.

Charlie Rivel reconoce al periodista antes que el periodista a Charlie Rivel. Es una muestra de ingenio, muy apreciable. Charlie Rivel es de mediana estatura, ligeramente grueso, rubio, de ojos azules. Viste un traje claro. En sus movimientos introduce subrepticamente ciertos detalles indudablemente profesionales, como si la enorme responsabilidad de ser payaso no le permitiese fingir ni en el hall de un hotel caro.

Nos sentamos en torno a una mesita sin florero. Menos mal.



El gran actor circense en un momento de la entrevista para los lectores de EL ESPAÑOL

Charlie Rivel se arregla la corbata con las dos manos. Son unas manos pequeñas, audaces y duras. Manos de atleta, justas para el trapecio. La voz es fina, parece un grito en voz baja.

Francamente no me imagino a este hombre con zapatos del ochenta y tantos...

Y ahora empieza la puntualísima historia de Charlie Rivel, el clown.

LA RISA SIN QUERER

Charlie Rivel es catalán, de Cubellas. Cubellas tendrá unos setecientos habitantes. En realidad no es Charlie Rivel, sino José Andréu. (Mucho después de esta primera hora de la tarde en el Palace, ya en el circo y con los zapatos del ochenta y tantos puestos, el señor Andréu habría de responder a un periodista graciosamente inoportuno: «Porque si me hubiese llamado Andréu no tendría, probablemente, el dinero que tengo. Vullá...»)

Los padres de Charlie fueron acróbatas en multitud de circos. Él aprendió con ritmo de música inquietante la peligrosa independencia de la pista, cuando el payaso y la bailarina quedan solos entre la risa o la angustia redonda del público. A los tres años actuó por vez primera. Levanta-

ba unas grandes pesas de cartón y lo hacía totalmente serio. El público, que conocía el truco de las pesas, porque nadie trataba de ocultárselo excepto el pequeño atleta, reía con verdadero gusto al ver el gracioso fingimiento de Charlie. Fueron estas las primeras carcajadas que oyó. Claro que fueron contra su voluntad. Era aquél un circo ambulante, y recorrió con él casi todas las tierras de España. Charlie tenía dos hermanos de menor edad, Polo y René. Como en todos los circos dignos, aquél tenía también el simpático cascabeleo de los caballitos enanos. Una de las caballistas, una niña de doce años llamada Carmen, una madrileña por gracia y por suerte, admirable amazona de muchos sueños, llegó hasta Charlie y su corazón. (Cuando avanza hacia nosotros entre el suave oleaje del hall, el antiguo cascabeleo de los caballitos parece que se acerca también y nos devuelve a la infancia y al querer dar una vuelta en los caballitos.)

—Mi señora...—dice Charlie, levantándose.

—Señora...—me inclino hacia su mano. Me inclino ante los ca-

ballitos y los cascabeles, ante el eterno rataplán del circo.

Charlie Rivel salió de España muy joven. ¿Cómo escribir su fabulosa aventura en tan pocas líneas? Veremos.

—¿Cómo fué aquello, Charlie? Había nacido en 1897. Su primera salida fué a París. Allí actuó en multitud de teatros y «varietés», haciendo del trapecio su primer triunfo. El primer contrato lo obtuvo del circo Cañard. Luego, pasó al Caron. Más tarde, al Perle...

—Como el agua—dice el fotógrafo de este reportaje.

—Sí, como el agua—responde Charlie—. Pero más difícil.

En Francia comenzaron a perfilarse sus condiciones de clown. El gran contrato llegó de Inglaterra. (El, dice: «En Inglaterra empecé a levantar nariz.»)

De ahí en adelante, un meateoro.

INTERMEDIO TRISTE

Fué la tristeza de sus dos hermanos, Polo y René. Los dos, con Charlie, habían formado siempre un amable trío que subía cada vez más en la fama de los públicos y en la estimación de los empresarios. Las condiciones personales de Charlie, sin embargo, llevaban en sí una carga de originalidad y de humor tan extraordinaria, que el cauce de la propaganda comercial empezó a darle mayor categoría. Insensiblemente, Polo y René fueron convirtiéndose en los «partenaires» de su hermano. No les agradó la derivación. Entonces, decidieron separarse amistosamente. Una hora antes de actuar, por última vez, juntos, un representante de Polo y René rogó a Charlie que firmase cierto documento. Estaba redactado en alemán. Charlie, que suponía con toda sencillez que se trataba exclusivamente de un trámite legal, sin importancia, se dispuso a firmar. La escena se desarrollaba en un camerino del teatro de la Zarzuela, en Madrid. Pero su mujer opinó que era necesaria una pre-



Dos momentos íntimos del célebre payaso español en su camerino, antes de saltar a la pista para deleitar con su arte a chicos y grandes

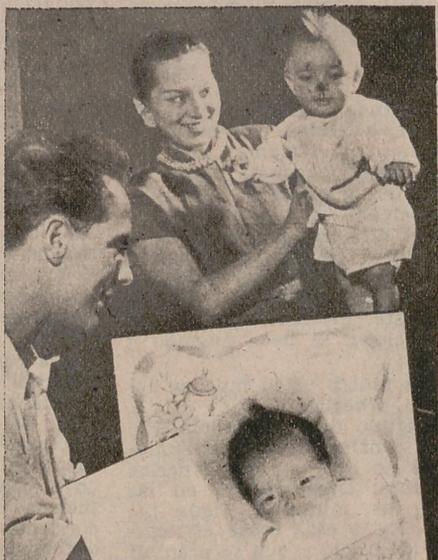
via lectura del documento. Antes de firmar, era necesario leer. No entendían bien el alemán, pero Carmen logró descifrar el sentido de lo que intentaban que su marido aceptase legalmente. Se disculpó ante el representante de sus cuñados advirtiéndole que ya hablarían más tarde de aquel documento. A su marido no le dijo nada. Sabía que aún quedaba una noche de actuación con Polo y René, y descubrir lo que el do-

cumento representaba en aquellos instantes hubiera sido demasiado amargo, aun para un payaso. Era necesario esperar y fingir. (Mientras la señora de Rivel me cuenta esto, Charlie habla con el fotógrafo. Después, al final, Charlie dirá, mirándome: «Es la vida... Siempre dice lo mismo cuando la conversación se pone triste.»)

El documento obligaba a Charlie a no utilizar más el apellido de guerra, y a prescindir para siempre de los trapecios en su trabajo. Cuando Charlie lo supo, muchos días después, aguantó el golpe muy a duras penas. Adió, para siempre, a sus hermanos. Hoy, Polo y René, ganan lo estrictamente necesario para comer en una ciudad de Alemania. Ellos lo quisieron. A Charlie le resulta penoso hablar de esto.

«COPENHAGUE SIN CHARLIE RIVEL NO ES COPENHAGUE»

En Inglaterra comenzó su universalidad. Ganaba allí, vertido a nuestro menedaje de hoy, unas cinco mil pesetas. Y allí fué también donde inició un profundo estudio de sus posibilidades mímicas. Comenzó a prescindir de la palabra para concretar su expresión en el gesto, lenguaje universal y el más contundente sobre la sensibilidad de los niños. Además, al comenzar a llover—por cierto, no sé por qué a la abundancia de algo se le endosa el verbo llover—los contratos,



Izquierda: Estos son los hijos del gran Charlie, que actúan en circos norteamericanos. El primero de la derecha es uno de los mejores trapecistas del mundo.—En la otra foto vemos al primer nieto de Rivel. Su infantil afición a pintarse la nariz de chocolate declara una temprana vocación a la pista

las invitaciones para actuar en todo el mundo, se halló frente al grave problema de aprenderse en poquísimas horas el idioma del país al que llegaba, o prescindir de él.

Aunque su centro radicaba especialmente en Alemania, sus excursiones se desparramaron por todo el Continente, por África y América. En África estuvo cuando lo de Abd-El-Krim. Los moros rebeldes asaltaron el circo una noche. Ocurrió el suceso en Larrache. Los asaltantes, dispuestos al pillaje, arrasaron la mayor parte de las instalaciones y mataron a varios artistas. Rivel pudo abrirse camino hasta el hotel empujando una grandísima pistola de clown. Es curioso. Después, en el año 32, marchó a la Argentina. Estuvo diez meses e hizo una fortuna. Volvió a París. En París, en el parque de Chenneviere sur Marne, construyó una casa. Allí, en cumplimiento de una promesa, entronizó a la Virgen de Lourdes, reproduciendo la gruta en el jardín. En el año 37 se trasladó a Viena, y al año siguiente a Budapest. A continuación, a Inglaterra. La princesa Isabel quiere reírse con el gran payaso, con el tonto genial que recorre el mundo infinito y alborozado de los niños.

En Inglaterra, Londres, actúa durante varios años en el Olympia. Charlie se ha convertido en millonario por primera vez. Churchill quiere verle. Recibe una carta del Rey Gustavo Adolfo de Suecia, París, en el colmo del entusiasmo, le ofrece un contrato inmenso. Pero Charlie Rivel no acepta, porque los niños de Copenhague preguntan por él en los circos de la ciudad. Ganan los niños como siempre, y Copenhague se desploma hacia atrás con la feliz y limpia carcajada de sus niños.

NUREMBERG

Al fin, vuelve a Alemania. En la Scala de Berlín, como principal atracción, permanece hasta el comienzo de la guerra, que coincide con su llegada a Nuremberg. (La señora Rivel parece que tiembla al pronunciar el nombre. ¡Nuremberg! ¡Vimos demasiado! Pobre Nuremberg...)

Bombardeasen o no, Charlie actuaba. Era en un teatrillo que lindaba con el hotel que ocupaban. Bajo el infierno de los ataques aéreos, Charlie obligaba a todos a reírse. Cuando ya no había más remedio que conducir a los espectadores a los sótanos y a los refugios del edificio, Charlie, disfrazado de clown, o sea, con sus verdaderas ropas, bajaba también. Durante días y días recorrió los refugios, los hospitales de sangre, improvisando en medio de las ruinas su parodia y su risa. Se contorsionaba, caía, le pegaban, se convertía en una figura grotesca, y así los niños reían cada vez más fuerte, y así fué la tremenda venganza que el payaso tomó a la muerte. Nuremberg: siete mil muertos. Y Charlie Rivel reía con los niños, con aquel pobre muchachito inválido que se arrastró hacia él para tocarle los enormes pantalones, con aquel a quien una bomba de fósforo le había abrasado los brazos, con la niña que

iba al circo a rogarle a Charlie que se fuese a vivir con ella...

Recorrió los frentes y dió varias representaciones para la División Azul.

Después, la pobreza.

LA PARALITICA DE MUNICH

Al acabar la guerra, Charlie Rivel, que había depositado todo su dinero en los Bancos de Alemania, se quedó sin nada. Pasaron días muy malos. Era necesario volver a empezar. Decidió aceptar un contrato en Munich. Iba a recibir allí una de las mayores alegrías de su vida e iba a encontrar, también, la compensación más extraordinaria que hubiera podido soñar. (Me lo cuenta la señora Rivel. Habla lentamente. En un rincón de esta especie de jardín de invierno del Palace, envueltos en una adorable penumbra, parece que estamos al borde de una gran pista.)

Una mujer de Munich, parálitica a causa de un «shock» durante uno de los bombardeos, vió, un día, la Prensa. Charlie Rivel volvía, después de muchos años, a Munich. Su marido, herido en el frente, como sus cuatro hijos, le recordó la figura y la gracia del payaso inolvidable. Eran otros tiempos. Hacía muy pocos días que se habían casado y su felicidad fué todavía mejor con la actuación de Rivel. (Su señora reproduce, magníficamente, la emoción de la historia. Dijo la parálitica: «Llévame a ver a Charlie Rivel...»)

Llevaron su silla de ruedas hasta el circo. Desde hacía mucho tiempo no se había reído. Al fin, con la última carcajada en los labios y en el pensamiento, volvió a su casa. Al día siguiente, podía mover un pie. A los tres días, aunque debía ir apoyada en la pared, pudo andar. Diagnóstico: un «shock» emocional. La mujer corrió, cuando pudo, a ver a Charlie: «¡Usted es Dios! ¡Usted ha hecho el milagro! Nos ha devuelto la alegría...». Y lloraba, claro. (La señora Rivel, mirando a su marido, me dice: «Vea usted cómo le caen las lágrimas. Sí, el payaso llora.»)

Y continúa la carrera. En Londres, va a abrirse de nuevo el Olympia, y le reclaman con urgencia. La propaganda tendrá un punto de genialidad española. Reconociendo la singularidad de Charlie, dirá al cabo de muchos años sin el payaso que vuelve: «Ayer estubo aquí Charlie Rivel». De nuevo la fortuna.

En este instante, el diálogo con el clown se hace menudo y tierno.

—¿Ha tenido usted muchos accidentes, Charlie?

—Ninguno de importancia. Pequeños contratiempos profesionales que no hay por qué tenerlos en cuenta. Desgarraones en las manos, las muñecas, algún pie roto... Todas esas cosas estrictamente de oficio y que se aceptan de antemano.

—A pesar de sus cincuenta y ocho años continúa usted con los trapecios. ¿No le cansan?

—Al contrario. Yo utilizo los trapecios como reconstituyente.

—¿Y si se cae un día de verdad?

—¿Y si a un torero le coge el toro, un día, de verdad?

—Gana usted, Charlie.

TODAVIA UN POCO MAS DE HISTORIA

Después de sus actuaciones por segunda vez en el Olympia de Londres, recorrió Europa de nuevo. Desarrollada por completo su personalidad, en posesión definitiva de su risueña posibilidad de clown mudo, llegó al reconocimiento universal de su arte. En Francia le conceden la Legión de Honor. En Alemania, la Medalla del Gran Mérito. La Scala de Berlín le distingue con su más alta condecoración. E igualmente Portugal, Grecia, Italia...

—¿Para qué más, Charlie? Es usted millonario y posee todas las condecoraciones. Realmente, ¿para qué más?

—Porque es necesario, en la medida de mis fuerzas, que el mundo continúe riendo.

—Da usted mucha importancia a la risa.

—Quien no se ríe es malo.

(Charlie me lleva al circo en un coche estupendo. Me presenta a sus «partenaires». Los quiere a todos. Una criatura de pocos meses, dentro de una cuna, en un rincón, duerme tranquilamente mientras sus padres actúan en la pista. Charlie la acaricia.)

—¿Ha visto usted «El mayor espectáculo del mundo»?

—Eso no es circo. Los americanos no han sufrido todavía. El circo sólo es posible en Europa.

Me habla de su amistad con el conde de Bailén, representante de España en Berlín, al finalizar la guerra. El conde le dijo en una ocasión que los diplomáticos y los clowns se parecían mucho. Unos llevan las plumas como rabo, y otros en la cabeza. Cuestión puramente accidental. Simplemente cuestión de matices.

(Después, Charlie, mientras va poco a poco pintándose la cara, y el fotógrafo cumple con su obligación, habla de sus hijos.)

Hace pocos meses le han ofrecido un contrato fabuloso en Rusia. Pero no va.

—No debo ir—me dice—. Lo siento por los pobres niños de allí. Además, mis hijos están en América.

El hijo mayor de Charlie Rivel, es el mejor trapecista del mundo. Gana 35.000 dólares semanales. Como bailarín clásico es, también, extraordinario. Dicen de él que es el nuevo Nijinski. Los hermanos trabajan en el mejor teatro de Nueva York con Betty Hutton.

(La señora Rivel ayuda a Charlie a vestirse de payaso. Nunca creí que resultase tan difícil. Se pone una camisa enorme, que ata a la cintura y que luego se quitará en la pista poco a poco. Son lo menos quince metros de camisa. Yo voy recorriendo un gran álbum. Cartas autógrafas de la Reina Isabel de Inglaterra, de Churchill, telegramas de príncipes, diplomas de honor concedidos por los más altos organismos del mundo.)

—Señor Rivel, a escena.

Carlos Luis ALVAREZ

LA SECTA DE LA LOCURA

Mormones, teósofos, "amigos del hombre" y antonistas en tierras de Francia

EL CARTERO DE MONFAVET



Ceremonia realizada para el entierro de la pequeña Joelle Debray en el cementerio de Tolón. Su abuela (señalada con una flecha) dijo: «Mis lágrimas son de alegría»

Toda una serie tremenda de perversiones religiosas se están produciendo en países que llevan siglos de laicismo oficial. Rotas las firmes y claras ataduras del cristianismo, producida la colosal apostasia de la «inteligencia» hacia los campos de la «crazón», he aquí que en naciones con dos mil años de cultura occidental, navegantes de un círculo de pesimismo y angustia que se traduce en el terreno de la filosofía y del pensamiento en cristalizaciones de amorabilidad pavorosa, se va llegando también a una terrible locura colectiva. A un histerismo galopante y asombroso que florece precisamente en pueblos que se presentan y se ofrecen como decisivamente adelantados y racionales.

Locura y enfermedad del espíritu, deseo de evasión y de delirio que entran de lleno en las zonas oscuras y típicas de la demencia y ponen en pie, afiladas como hojas de espadas, las palabras del Evangelio: «Quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.»

Sin embargo, por ser más «progresistas», rotos los vínculos del hombre a su filiación divina, ha venido a resultar que miles de embaucadores, charlatanes de la buena ventura, echadores de cartas, profetas que han pasado por los manicomios, vagabundos pícaros y vaticinadores, son hoy los maestros de sociedades en tinieblas. Agures y agorerós, curanderos y domadores de serpientes, vienen a poner a nuestros días, junto a los rascacielos, un primitivo estilo de cueva y palafito.

«YO PUEDO MANDAR A LOS VIENTOS, A LA LLUVIA Y AL TRUENO»

La verdad es que muchos de ellos se levantan en la mañana,



Esta mujer, madame Barreyre, es un miembro de la secta de los «Testigos de Cristo» y dejó morir falta de cuidados a su hija adoptiva. Barreyre ha sido detenida

acuden a la plaza de la charlatanería y comienzan a propalar su profecía. Y eso ocurre en nuestro tiempo, a nuestro lado, para hacer ciertas las palabras aquellas de que el sueño de la razón produce monstruos. Han retirado a Dios de su existencia y ahora resulta, simplemente, que han levantado altares estupefacientes a la locura. Cada secta es un testimonio de ello. Abramos sus páginas. No hace muchos días un profesor de inglés, de alemán y de esperanto, M. Frantz, anunciaba así su mensaje:

—Yo puedo mandar a los vientos, a la lluvia y al trueno.

Cuando se le preguntó cómo había llegado a su conocimiento la doctrina de la japonesa Oomoto, contestó:

—Yo soy un hombre muy inteligente, muy inteligente, y pue-

do comprender lo que otros no comprenden.

Y todo ello en una habitación destaralada, en un ambiente hosco, en una casa de la calle Alain-Chartier, ante un viejo aparador, un piano, una mesa y un mare magnum de papeles polvorientos. En las paredes sucias cartones japoneses y chinos. Y la incontenible verborrea:

—Yo podría emplear mi poder para vengarme de las injusticias que me hagan..., mis predicciones son infalibles. ¿Quiere una?

—Díjala—contestó el perodista.

—Este año no habrá guerra.

Una mezcla de estupidez y de aspiración de grandeza que, a pesar de ser ostensiblemente clara, no aflige a los discípulos.

Pero éste es un caso sin importancia. Sólo, de curanderos, Francia tiene más de 40.000.

El 17 de febrero de 1954 aparecía en el «Boletín Oficial del Estado» francés una disposición curiosa, no nueva, porque otras parecidas han ocupado las páginas del «Boletín»; pero sí aleccionadora. Con esa fecha se concedía vida legal a la asociación denominada «Iglesia Cristiana Universal», cuyo objeto es la reunión de los cristianos y la celebración de los sacramentos conforme a la enseñanza verdadera del Cristo, manifestada hoy bajo la forma de Georges de Montfavet». Así, la letra.

TIERRA DE HEREJIAS

El triángulo geográfico formado por Lyon, la Auverne y Avignon, ha estado siempre propicia a las formas heréticas. Hoy en día, como un azote constante, pueden encontrarse en su contorno las sectas que van de los Antonistas, Amigos del Hombre, Testigos de Jehová, mormones, discípulos del mago Ivanoff, teósofos, y muchos otros

más hasta llegar a los Testigos de Cristo. Las gentes hablan de las cosas visibles e invisibles con perfecta tranquilidad. Se venden los libros más extraños. Cada mago puede hacer por aquí su gran suerte.

Para dar explicación a tal proliferación de sectas y creencias se ha querido, como es de rigor, buscar las puramente racionales. Se ha dicho de Lyon, por ejemplo, que el suelo granítico ha multiplicado las condiciones para la anomalía; pero ¿puede ser todo ello razonamiento suficiente? ¿No es más claro pensar que la falta de una fe firme, sustancia y sustento de la existencia, es la culpable sencillamente de toda la catástrofe?

Se puede estimar, ha dicho Dariel, que «en Lyon una familia de cada cinco, está afiliada a una secta, practica la astrología o juega al buen juego del espiritismo». Pero seriamente.

Pues más al Sur, siguiendo las aguas del Ródano, el gran río de Francia, está Avignon y, en su comarca, Montfavet, Montfavet que, según la etimología, oportunidad no desaprovechada por Georges Roux, significa el «Monte favorecido». Aquí nació hace cincuenta años un niño colérico y débil.

«EL PEQUEÑO GEORGES ES UN GRAN ENFERMO»

La hoja clínica de Georges Roux, llamado el «Cristo de Montfavet», es más aleccionadora que toda una biografía negativa.

De niño, Georges pasaba por arrebatos terribles de cólera. Cualquiera capricho insatisfecho le arrojaba en un frenesí impresionante. El padre, un hombre con taras, echador de cartas, pero a su modo vaticinador, decía siempre a los amigos que «el pequeño Georges es un gran enfermo». Eso, con decirlo, le tranquilizaba.

Pero Georges, después de los arrebatos, se complacía en un hostil silencio impenetrable. En una de esas épocas tuvo una congestión cerebral.

La familia se componía de cinco hermanos, pero sólo Georges, quizá el más débil, consiguió sobrevivir. Una herencia difícil, áspera, parecía pesar sobre su persona. Y he aquí que la muerte de los hermanos, consecuencia de la que hablaría más tarde para señalar que murieron por «no haber tenido Cristo hermanos», le convierte en centro de la casa: en hijo único.

TRES CARRERAS FRUSTRADAS

Su primer gran sueño se trasladó al deseo de convertirse en un gran músico. Un violín que le regalaron llega a ser su juguete favorito. «Mi destino —decía— es la composición.» Pero la voluntad no seguía al sueño. Es cierto que intenta componer, en el estilo de Gustave Charpentier una ópera, «Louise»; pero el simple deseo de sus padres de verle tomar una profesión más práctica interrumpe sus estudios. El padre es un campesino que desea se ocupe en negocios más lucrativos que la música.

¿Lucrativos?

Entonces Georges Roux, cambiando de tema y de esperanza, sueña, otra vez sin la voluntad necesaria, con ser médico. Tampoco esta vez consiguió llegar a serlo. Pero la medicina es la gran tentación subconsciente. Late ocultamente en toda su «predicación» el odio al médico. Y su aberración, su repulsa, hay que situarla, psicológicamente, en ese fracaso.

Georges Roux tiene, entonces, tras sí, amarradas a las débiles espaldas, dos caminos cegados: la música y la medicina no son más que polvo bajo las sandalias.

De esa primera época nos han dejado este retrato suyo: «Acostumbraba a ir a un paso corto e inquieto. Tenía la mirada extrañamente lúcida y sorprendía a veces por su incoherencia». Quien cuenta lo anterior, añade: «Siempre pensé, entonces, que era por ser un muchacho joven...»

Van ya a morir los veinte años. Apenas hay tiempo para escoger más veces. Apenas si queda tiempo para intentar otra decisión desafortunada.

Y es entonces cuando piensa en ser sacerdote. Se atiborra de libros teológicos. Reúne en una lectura sin consejo ni consulta prudente una serie de libros religiosos. Solo que lo que piensa, lo que se propone, no lo decide nunca: no puede ser sacerdote, piensa, porque la castidad, que es inherente al estado de sacerdote, lo que hay de ejemplarmente sacrificado en la vida del hombre atado a Dios, le asusta. Y entonces, una vez más, retrocede.

Por tres veces elige: la primera, músico; la segunda, médico; la tercera, sacerdote. Y las tres veces fracasa.

Pero, inconscientemente, esas tres decisiones infortunadas van a ser el eje de su desvarío futuro. Durante casi treinta años de «incubación del predicador y verdadero Cristo», Georges Roux de Montfavet va construyendo dentro de sí mismo, en su desvarío, un sistema de vida que le permita conciliar la verdad del fracaso con la verdad de la existencia. Así cuando diga que es el «Cristo redivivo» reunirá todos los sueños. Será médico con capacidad de curación milagrosa, sacerdote, pero con seis hijos. Pero ni aun en ese momento olvidará los resentimientos subconscientes: los médicos no deben curar a los enfermos. Al catolicismo, y a su Santo Padre, les enviará mensajes de admonición.

Mientras tanto, porque los padres no esperan, hay que hacer algo. Y este algo, ¿qué es?

Su padre, «un hombre simple», dice uno de sus convecinos, trabaja en Correos. Y allí, entra, despojado aparentemente de los viejos sueños, Georges Roux. Durante años clasifica y reparte cartas. Es un oficio casi mecánico, distributivo, que le permite seguir hilvanando sus ideas.

Cuando tiene veintitrés años se casa con una joven de buena familia de Cavailon, que tie-

ne diecisiete. Como Montfavet resulta pequeño a Georges, la pareja decide irse a vivir a París, donde los padres les habían comprado una casa cerca del parque de Montsouris. ¿Es ello la paz?

EL SUEÑO DE GRANDEZA

En París, Roux, comienza una vida dispendiosa. Se le ve en todas las partes. Aparece como un triunfador. Pero el dinero, que es personaje intranquilo, se acaba. El matrimonio vende la casa y regresa con las manos a la cabeza al terruño. Es otra derrota.

Un día, antes del regreso, Georges Roux se siente enfermo. Es una extraña enfermedad paralizadora, psíquica, nerviosa, que aparece repentinamente. Como su odio a los médicos es claro, aunque en más de una ocasión haya recurrido a ellos, se presenta en casa de un curandero. El mismo ha dejado impresiones concretas de estas visitas: «Le sobrecogió el aire de misterio que envolvía la tarea auscultadora del hombre ante quien se había presentado. Después de estar tendido en una especie de camilla durante cierto tiempo, el millagrero le impuso las manos sobre la cabeza.» Nada más.

Pero sí, lo bastante para que ello dejara una huella dilatada en su espíritu enfermo. El acto de imposición de las manos para la curación, tal como en aquella ocasión lo vio, se queda grabado en su memoria.

Su madre, mientras tanto, contaba a todo el mundo que la quería oír, que para sostener la vida de lujo de sus hijos, había tenido que vender todas las fincas. Y añade a las vecinas: «¡Con tal que no termine en loco!»

LA CURACION DE UN PERRO

El médico frustrado aparece de forma insospechada, y por el medio más extraño y propio de la locura, la picardía o la bufonía en el año 1947.

Roux, que reparte las cartas, encuentra en la calle a un perro que ocupa, estirado y somnoliento, esa sombra en medio de la calle, donde la tierra está más fresca. Para el carterero de Montfavet el perro está muerto, o, cuando menos, enfermo. Por ver qué pasa, animado por sus recuerdos, por sus deseos, impone las manos al animal. Este, animosamente, se levanta. Quizá menea la cola. El caso cierto es que, sobre este caso terminante, comienza a crearse en su cabeza un estado de superioridad absoluta. Cuando llega a su casa deja la bicicleta con la que diariamente va y viene de su trabajo y cuenta la escena a su familia. Una familia compuesta por seis hijos, su esposa y su madre. Allí están, también, su yerno, su cuñada y sus nietos.

Pronto, Roux, comienza una nueva etapa: la de curandero. Explota hábilmente los delirios de los enfermos, la bancarrota de una sociedad que no está recuperada de la guerra, y comienza a tener (uno más entre los miles y miles de curanderos), sin más, una gran clientela. No he de decir que con todas las ventajas económicas, porque, buen hijo de

campesinos avaros, a los que sólo él ha conseguido gastar los ahorros, consumírseles, le gusta el dinero. Lo ama imperiosamente. Y ello, naturalmente, por un motivo concreto: porque el dinero es poder, y a este enfermo de la inferioridad el poder le parece la sustancia misma de la vida.

EL PRIMER LIBRO: «PALABRAS DE UN CURANDERO»

Durante estos años, animado por los enormes ingresos, se decide a publicar un libro bajo el título significativo de «Palabras de un curandero». En este libro, Roux intenta penetrar en los senderos de un sistema doctrinal. Pero todo él es un nebulosa que adviene, al fin, a una serie de recomendaciones. Es de esa época cuando se cree comienza a enlazarse ideológicamente con la secta americana de los «Testigos de Jehová», para constituir, al fin, los elementos básicos de su «Iglesia Cristiana Universal».

Pero ya en 1950 la locura, unida a la herejía, alcanza planos cuya significación estremecen. Porque del «Cristo de Montfavet», de su secta y seguidores, los mal llamados «Testigos de Cristo», se pueden decir muchas cosas, pero ninguna que resista la superior condición de ésta: ¿Cómo ha sido posible? ¿Cómo en un país civilizado puede llegarse a tal grado de pavorosa indiferencia? ¿Cómo en nombre de la libertad puede permitirse la degradación moral de sociedades enteras?

El caso es que, al finalizar el año 1950, y a comienzos de 1951, Georges Roux se hace anunciar como «Cristo redivivo». René Van Gerdinge, que es el encargado de anunciar oficialmente la colosal aberración, la proclama en las calles. En las calles, donde las gentes siguen su paso tranquilo y lo único que las ha despertado es algo, al fin y al cabo, anecdótico: que una de las teorías de la secta sea el negarse, juramentadamente, a recibir ayuda médica de ninguna clase. Y que sólo se admita la imposición de manos de los fieles, o del propio Roux, por lo que hasta el presente han perecido cuatro niños. Eso, al fin y al cabo, es el resultado lógico y concreto de un estado de colectiva locura. Lo que es incomprensible es que ante la colosal herejía no se reaccionara inmediatamente. Con los barrotes.

«TÚ HAS PERDIDO LA RAZÓN»

Cuando Roux anuncia a su madre que él es el «Cristo redivivo» y de paso su alto destino, ésta, que tiene setenta y nueve años, exclama horrorizada: «¿Tú has perdido la razón! ¡Estás completamente loco!»

Pero eso no quita para que voy apoye a su hijo en la herejía y viva ella también una cierta locura de avara. A pesar de sus bienes, todavía tiene dos casas en Avignon, y otros ingresos que obtiene por caminos extraños: juegos, carreras de caballos, imposiciones en la Bolsa, en cuyas jugadas suele acertar, vive miserablemente. Una y otro se complementan admirablemente: de un lado, la vida dispensiosa, que es como una venganza. Del otro, la vida sórdida y oscura que no ha dejado ni aun en los momentos



Una anciana de ochenta y dos años dice ser «la nueva María de la Iglesia universal», mientras un mundo se proclama primer vicario de los «Testigos de Cristo»

en que su hijo vive en un verdadero castillo, en un palacio con grandes salones. Ni en ese momento ha dejado de vestir y vivir como siempre: cuando está en la cocina, donde hace su vida, lleva un pañuelo atado a la cabeza que se cae, en una leve oscilación, hacia adelante. Una blusa de manga corta, sin cuello, deja ver las extraordinarias arrugas que la cruzan. La mirada, una mirada sobre la que se derrumban los párpados, es extraordinariamente bñiosa y burlona. Mientras tanto, Geneviève Roux, la hija de Georges Roux, explica:

—El «maestro» ha terminado los cuatro años de predicación.

—¿Por qué cuatro años?

—Porque el número cuatro es la cifra de la tierra. Para que comprendierais esto sería preciso que estuvierais versados en la ciencia de los números, que tuvieran conocimiento ustedes de los secretos de la gran pirámide y estudiando los cuadros mágicos.

CINCUENTA MILLONES DE FRANCOS DE INGRESOS

Después de agosto de 1950, fecha en que, según Geneviève, su padre comienza a cumplir su destino, éste ha renunciado ya a su empleo definitivamente. El puesto de Correos queda vacante y, además, definitivamente, porque ha renunciado a todos los derechos laborales.

Publica rápidamente «Diario de un curandero» y «Misión divina», que, con el anterior, forman la trilogía que es obligado adquirir a todo nuevo discípulo.

La cosa resulta tan impresionante que no se alcanza a comprender bien su sentido si no es atendiendo a la cuarta obligatoriedad que es la adquisición,

también imperativa, de la revista mensual «Messidor». Todo ello, como es obvio, proporciona a Georges Roux tan notables ingresos que se calcula que en los últimos tiempos han desbordado la suma anual de los cincuenta millones de francos. Por otra parte, sus adeptos, cuya cantidad oscila entre los 4.000 ó 6.000, están obligados a subvenir todas sus necesidades.

LA LOCURA ES CONTAGIOSA

Si a las aberraciones y blasfemias del demente de Montfavet se unen sus peligros prácticos, se encontrará explicación a la campaña y a los juicios que existen contra la secta en Francia. Si la pequeña Yves Payan, de Gap, no hubiera sido arrancada de manos de los médicos para seguir los consejos de Georges Roux, es seguro que estaría viva. Tenía trece años cuando un ataque de reumatismo la paralizó, abandonada a otra medicina que no fuera la imposición constante de las manos ante la muerte.

Algo semejante ocurrió con Chantal Darremont, cuya madre adoptiva despidió con cajas destempladas al médico que se atrevió a entrar llamado por una vecina próxima. Y que nada pudo hacer tampoco «porque la ley lo prohíbe».

Pero el caso que ha colmado la paciencia de las gentes ha sido el de la pequeña Joëlle Debray, de tres meses, que ha muerto de una otitis por no haber querido los padres acudir a un especialista. Y muerta de una manera patética, cuando sus padres volvían en coche con ella y con otro hijo de dos años, Guy, después de haber estado en Brest, dedicados a actividades de la secta. Al llegar a

Toulon, donde, por cierto, está el grueso de los «Testigos de Cristo», se dirigieron al «templo de la Luz», un viejo «dancing», donde celebran sus reuniones. Allí, sonrientes, erguidos, ante los ojos asustados y llorosos de Guy, enseñaron a Joëlle muerta. Cuando se trató de su enterramiento fué necesario, como es lógico, el certificado de defunción, pero el médico encargado de extenderlo se negó a ello.

EL JUICIO DE TOULON: LA HORA DE PILATOS

Los padres de Joëlle han pasado a la cárcel, donde serán juzgados por lo único que autoriza el Código: «Por no prestación de auxilios a persona en peligro», lo que quiere decir que, como en casos anteriores, la cosa no tiene gran importancia.

Pero el caso de Joëlle ha tenido importancia desde el punto de vista personal del propio Georges Roux.

Monsieur Bonnefond, juez de Instrucción de Toulon, convocó la presentación en su gabinete de quien se puede decir es el responsable de la muerte de los niños.

Después que, nervioso, acabó de entregar su documentación, Georges Roux permanece durante tres horas en el despacho del juez disculpándose de las acusaciones: «Cuando llegaron M. y Mme. Debray a Montfayet, el 24 de septiembre, transportaban en el co-

che a su hijita Joëlle..., yo nada tengo que ver con su muerte. No he intentado «resucitarla» porque no lo consideré útil.»

El juez mira pasmado, asombrado, al hombre que tiene delante: «Tiene unos cincuenta años, no grueso y con el cráneo calvo, pero aureolado, publicitariamente, por unos pocos cabellos de un blanco immaculado».

Pero la ley se ha visto impotente para poner fuera de la ley a Roux. Este sale otra vez a la calle, y nada más llegar a su casa, al palacio, pide al criado le suba este refrigerio: trigo crudo y miel. Georges Roux es vegetariano.

Cuando los periodistas llegan a su mansión, a «La Prefete», de Montfayet, y tocan la campanilla de la casa, sale a recibirles su mujer. Luego viene su cuñado, René Van Gerdinge, que hace esta afirmación extraordinaria:

—El «maestro» no verá más a nadie; se encuentra en estado de «espiritualización» total.

Es decir, el millonario de Montfayet sintió, desde el coche, el relámpago de una multitud airada, y ha preparado la escenografía de un nuevo personaje: yo no tengo nada que ver. Yo soy Pilatos, un hombre que se lava las manos.

Pero antes ha llegado a la más dura blasfemia, al más terrible y descarnado insulto al escribir al Santo Padre. Su carta, irreproducible, le sitúa, simplemente, en las tinieblas. Pero, ¿y sus seguidores?

Hace bien poco tiempo, la «France Catholique» llamaba la atención sobre el desarrollo impresionante que estaban tomando las sectas en Francia. Advertía que el caso de Roux es un caso singularmente horrible, pero inseparable del conjunto total del problema.

EL CULTO A LA RAZON

La ley nada puede hacer en casos como éstos. El Código del país, basado en el culto a la razón, no está pensado para calcular en qué momento está en la obligación de proteger, de una vez y de golpe, la sociedad que representa. Todo se deja hacer. Mientras tanto, en las pequeñas aldeas, en las villas y en las ciudades, las sectas han florecido casi prodigiosamente. Ellas han respondido al desarrollo interior, más o menos conscientemente resentido, decía la «France Catholique», de una época que hace descansar todos sus motivos de esperanza y confianza en la victoria de sus potencias «laicas».

Y todo ello en los momentos justos en los que Europa necesitaba, más que nunca, la entera y cabal reciedumbre de sus fuerzas. De aquellas raíces cuya consistencia y sustancia última era su fe firme, su fe absoluta. Su fe equilibrada y segura. Hasta ese día. Otro día seguiremos hablando de lo mismo. Que las sectas son, hoy, un testimonio más del caos.

Enrique RUIZ GARCIA

EL ARBOL, RIQUEZA NACIONAL

CON la inauguración por el Jefe del Estado español del Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias comienza una etapa nueva en la repoblación de España. Las circunstancias nuevas, los lados esenciales del porvenir próximo quedan reflejados en las siguientes palabras del Ministro de Agricultura: «Van a redoblar los esfuerzos relativos a las investigaciones que tienen por objeto la mejor utilización de los productos forestales y la industrialización de los mismos, con vistas a conseguir el máximo rendimiento a nuestros bosques».

Hay que recordar, ahora que la alta investigación forestal aparece en el perímetro universitario de la vida española. que la ley de 26 de agosto de 1939, esto es, nada más que terminarse la Cruzada, restableció la creación del Patrimonio Forestal del Estado. Una preocupación de tal índole, tan inmediata y próxima al final de la liberación de España, invita a pensar lo grave de su necesidad económica.

Ese mismo año de 1939 se repoblaron en nuestro país 793 hectáreas de tierras estériles o francamente desnudas y parasitarias. Si queremos la comparación práctica, el nivel exacto de lo que ha significado la repoblación en el año 1953, nos encontramos ya con la cifra amplísima de las 111.000 hectáreas repobladas. La cifra que significa, sin más, que en esta carrera de la vuelta a la riqueza del árbol, España ha hecho más que ningún otro país del mundo. También lo necesitábamos más.

Y no es que España no supiera ni sintiera la necesidad de la repoblación forestal. Podría decirse, al revés, que la necesidad del bosque era una exigencia sentida por todos los hombres españoles. Y no sólo por una clase social, el campesino, sino por todas las tierras y hombres españoles. Lo que faltaba, simplemente, era el clima político imprescindible que acometiera la tarea y la empresa dispuesto a partir desde esa primera y corta cifra de las ochocientas hectáreas. Faltaba el entusiasmo político, el amor a la cifra concreta, el amor a las obras menores para que, sobre ellas, pudiera depositarse la obra mayor y más alta de llegar a ser la primera nación repobladora. Y,

sin embargo, como tantos otros, el problema estaba ahí, con sus cifras exactas.

Cuando después de promulgarse las leyes desamortizadoras se procedió a hacer el catálogo de los montes nacionales, se llegaba a este resultado desesperanzador: en un país de cincuenta millones de hectáreas, de las cuales veinte millones no pueden sustentar otra cosa que especies forestales y pastos, únicamente seis millones constituirían la superficie de arbolado o pradera. Lo demás, el resto, eran nuestras zonas desérticas. El famoso «mal de piedra» que dijera Joaquín Costa.

No se trataba, pues, de problemas de poca monta, de soluciones para realizarlas a la sombra de un domingo escolar con plantaciones de arbolitos, sino de comenzar un vastísimo plan de operaciones que viniera a significar, sin más, una recuperación de paisajes, de tierras y de hombres perdidos en el polvo. Si la política es una misión que ha de resolverse siempre por lo verdadero y profundo en vez de por lo accesorio y accidental, no hay duda que se ha sabido inyectar a la repoblación forestal española una singular medida de servicio a España. Porque no sólo se ha emprendido la tarea de la siembra, sino que, a su compás, se ha sabido implantar y establecer la creación de un Servicio de Plagas Forestales, de cuya eficacia pueden dar fe los propietarios de las 70.000 hectáreas de monte, que han sido tratadas y jumigadas, por el aire y por tierra, durante la pasada campaña.

Todas esas actividades tienen ahora, con el Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias, un arma de combate de gran precisión, puesto que dentro de sus laboratorios y dependencias de investigación se estudiará el árbol como un elemento de riqueza y de redención del hombre y de la tierra.

La política forestal, un todo congruente dentro del complejo agrario, viene a constituir con la de

La política forestal, un todo congruente dentro del complejo agrario, viene a constituir, con la de los regadíos y las obras hidráulicas, una empresa política de tal envergadura que modificará en su total aspecto el paisaje y la tierra española.

EL ESPAÑOL

UNA GRAN EXPOSICION DE ASTRONOMIA ORGANIZADA POR "ASTER"



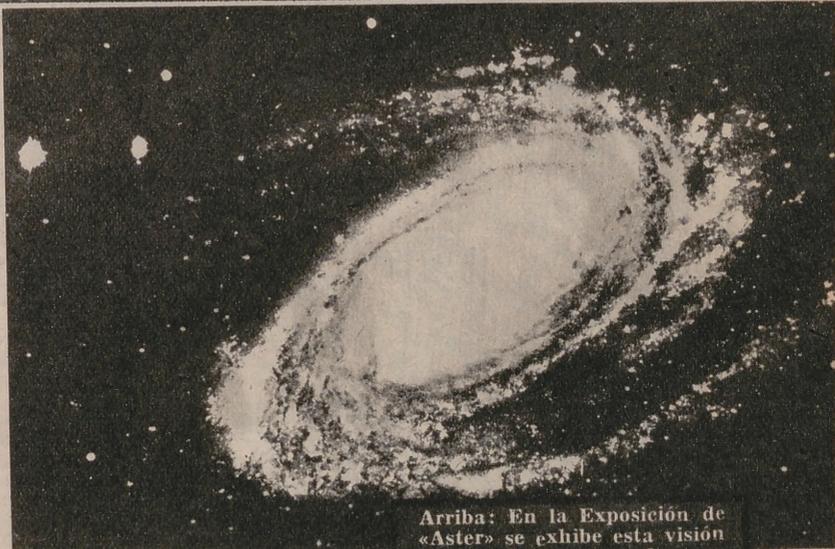
BARCELONA, CLAVE DEL UNIVERSO

ASTRONOMOS DE TODO EL MUNDO SE DAN 'CITA EN EL PALACIO DE LA VIRREINA

Por obra y gracia de la juvenil Agrupación Astronómica «Aster», Barcelona se ha convertido en la clave del universo. En estos días de noviembre, el histórico, anchuroso y bello palacio de la Virreina es el marco donde se dan cita astrónomos de todo el mundo—o por lo menos, sus obras, sus observaciones, trabajos y fotografías del cielo—para ofrecer a todos los barceloneses, por primera vez en España, dada la importancia del certamen, las últimas noticias del firmamento. Tanto es así, que al lado de los más modernos aparatos meteorológicos, la Exposición organizada por «Aster» presenta un completo «stand» dedicado a los viajes interplanetarios. Pero ya hablaremos de ello más adelante; ahora, comenzando por el principio, abrimos un pequeño parentesis histórico.

EL PADRE PUIG INAUGURA UNA EXPOSICION ASTRONOMICA

Esto ocurrió también en Barcelona, el día 28 de mayo de 1950,



Arriba: En la Exposición de «Aster» se exhibe esta visión ideal del despegue de una astronave.—Abajo: Nebulosa extragaláctica de la Osa Mayor, según fotografía del Monte Palomar, expuesta en este certamen

con motivo de la II Exposición Internacional de Astronomía, celebrada en el local de «Aster». Antes, cuando la Agrupación Astronómica «Aster» contaba tan sólo con un año de vida, se había celebrado el primer certamen astronómico de España. Pero en cosa de un solo año, los muchachos que constituyen esta popular entidad recorrieron mucho camino..., y no sólo con la vista pegada al telescopio, sino también en Barcelona, en España entera, donde en la actualidad son conceptuados, y no sin razón, como la entidad de «amateurs» más importante de nuestro país. El reverendo padre Ignacio

Puig, S. I., prestigioso director de la revista «Ibérica», abrió con un bello discurso inaugural la II Exposición organizada por «Aster». Ello ya demuestra el rápido progreso realizado por esta agrupación de astrónomos aficionados, a los cuales el padre Puig dedicó estas palabras:

«La ciencia debe a los aficionados una parte muy considerable de los descubrimientos astronómicos. Tal, por ejemplo, fué el

caso de Williams Herschel, descubridor de Urano, gran constructor de telescopios, primer astrónomo que acertó a diseñar en su forma moderna la Vía Láctea; o el de Lassell, asimismo creador de uno de los mayores aparatos de observación que existieron en el siglo XIX, o, en nuestra época, y para citar tan sólo a un hombre ya famoso, el del inglés Prentice, gran descubridor de estrellas «novae».

»Los aficionados—prosiguió el padre Puig—pueden dedicarse con provecho al estudio de los «radiantes» de estrellas fugaces, a la estadística de la curva de luz de las estrellas variables y a la observación diaria de la actividad del Sol, con sus grupos de manchas; estudios que aun pueden hacerse extensivos al aspecto físico de los planetas y a la búsqueda, siempre emocionante, de cometas...»

Después se procedió a inaugurar la Exposición, en la que participaron, entre otros importantes centros científicos nacionales y extranjeros, los siguientes: Observatorios de Monte Palomar, Harvard y Monte Wilson, por parte de los Estados Unidos; los de Bolonia y Trieste, por la de Italia, y la mayoría de observatorios españoles.

Desde entonces, en «Aster» se han distinguido por dos cosas: Por su inscripción en el Registro Internacional de Zurich como consumados observadores del Sol y por su colaboración—dentro del dominio meteorológico—como miembros muy activos de la Rey Nacional de Meteorología; con todo lo cual, el prestigio de la jo-

ven entidad ha recibido el espaldarazo de la ciencia oficial, tanto en España como en el extranjero.

Y todavía me olvidaba de una cosa: Cuando en España apenas se hablaba de viajes interplanetarios, el que esto escribe, en compañía de don Juan Arboles Zapata, fundó la primera Agrupación de Astronáutica existente en España, fruto de la cual fué, ya en la primera Exposición del año 1949, la exhibición de una maqueta de astronave y de varios diseños de cohetes interplanetarios, uno de ellos representando el momento del despegue, y otro, en el instante de aterrizar (sería mejor decir «alunizar») sobre nuestro satélite.

Luego, «Aster» patrocinaría el estreno en Barcelona de la película «Con destino a la Luna», y editaría mensualmente un Boletín que reciben todos los Observatorios de España y del extranjero, entrando en su mayoría de edad, como lo demuestra la Exposición Internacional de Astronomía que, en íntima colaboración con la Delegación en Barcelona del Ministerio de Información y Turismo, está en vísperas de ser inaugurada solemnemente en plenas Ramblas, en el suntuoso palacio de la Virreina.

CONCENTRACION DE ESTRELLAS Y PLANETAS

Cuarenta y cinco casas expositoras y doce países han colaborado con «Aster» para llenar una docena de «stands», con unas 500 fotografías del cielo, según la última palabra de la Astronomía.

La bandera española y la de «Aster»—Saturno y cinco estrellas sobre fondo azul—presiden otras doce banderas terrestres, como una invitación a esa paz y concordia que siempre han mantenido los astrónomos de todo el mundo, tan acostumbrados a calibrar la extrema pequeñez del planeta que habitamos.

Los países expositores son los siguientes: Alemania, Argentina, Canadá, Ciudad del Vaticano, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Italia (con Trieste), Portugal, Suiza y Unión Sudafricana. En todos estos países son fa-

mosas, desde ahora, las postales astronómicas divulgadas por «Aster», cuyos miembros escriben a sus camaradas de todo el mundo al dorso de bellas fotografías lunares y siderales. De cara al gran público, estas postales están destinadas a tener un gran éxito. Y ya estoy viendo a más de un novio despistado encargar una serie de la Luna para escribir a su «dulce enemiga»: «Contigo, ¡hasta la Luna!».

Pero como la Astronomía es una cosa seria, voy a corregirme sin dilación. Los que aun son novios no irán a la Luna; pero es posible que puedan ir sus hijos, y es casi seguro que sus nietos tendrán opción a los paisajes seculares. Por lo menos, las fotografías, dibujos y textos sobre astronavegación, que llenan un importante «stand» de la Virreina, proclaman a quien tenga ojos para ver y corazón para soñar un poco, que la Astronáutica ha entrado ya en vías de franca realización. Y, por otra parte, la reciente entrada de España en el seno de la Federación Internacional de Astronáutica, viene a corroborar el entusiasmo de los «amateurs» de «Aster», que, hoy por hoy, en Barcelona, han batido todos los récords de actividad.

De todos los países expositores, Norteamérica es el que causa más sensación. No en balde poseen allí los dos mejores Observatorios del mundo. Monte Palomar y Monte Wilson exponen 22 fotografías, siendo de destacar la siguiente: Descubierta por el telescopio «Hale», de cinco metros de diámetro; el visitante tiene ocasión de admirar la singular belleza de la nebulosa más lejana captada hasta ahora por un objetivo astronómico. Se halla situada a 1.500 millones de años-luz de nuestras regiones. ¡El trayecto que recorre la luz durante mil quinientos millones de años, a razón de 300.000 kilómetros por segundo! Junto a esta sensacional imagen del cielo aparece la primera fotografía obtenida con el gigantesco «Hale», que es una nebulosa variable descubierta por Hubble. Asimismo, otra foto sensacional—esta vez de la Luna—produce enorme impresión al visitante. La Luna, región de Copérnico, a través de Monte Palomar, se ofrece como un paisaje dantesco, cuajado de infinidad de pequeños cráteres y de innumerables ondulaciones de su desolado terreno.

El Observatorio de Harvard y el McMath Ulbert Observatory completan, junto con el Sprout Observatory, esta impresionante participación norteamericana.

EL TELESCOPIO ELECTRONICO

Francia también colabora, en plan destacado, en esta gran Exposición Internacional de la Virreina. Los Observatorios de París-Meudon—dedicados especialmente al Sol—y el de Pic du Midi, especializado en física planetaria, compiten con el de Saint-Michel d'Haute-Provence, que posee un telescopio de 1,20 metros de diámetro y escruta el lejano Universo, en su especialidad de fotografía galáctica (nebulosas es-

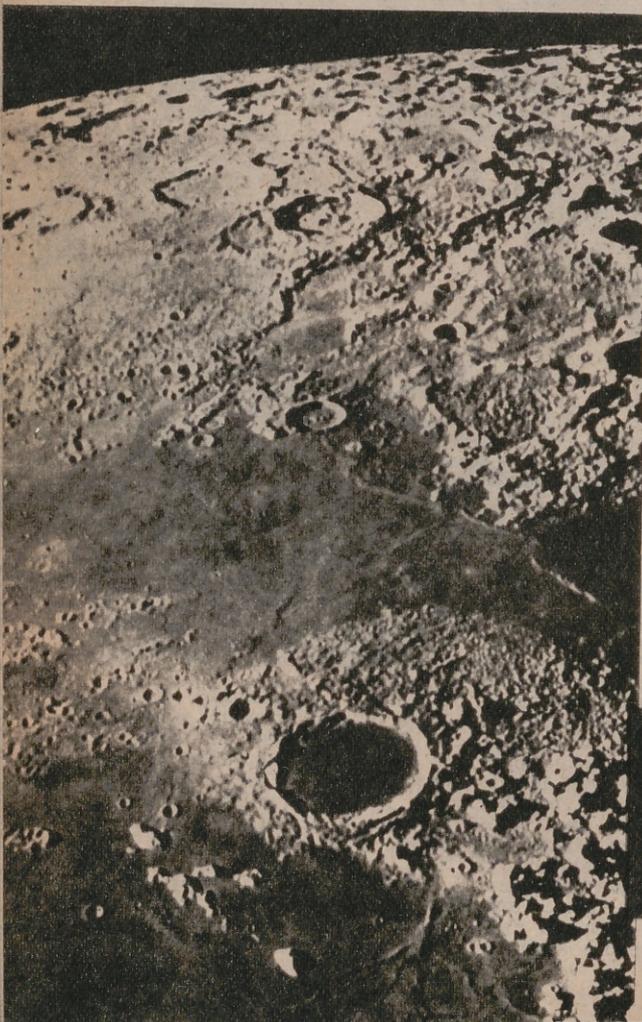


Imagen de la Luna (región de «Platón»), obtenida en Pic-du-Midi (Francia), y reproducida en la serie de postales del cielo «Aster»

pirales). Pero lo que más llama la atención es el telescopio electrónico, cuyos diseños son debidos al Observatorio de París, primer centro mundial donde se ha experimentado este revolucionario instrumento, capaz de centuplicar el poder luminoso de un telescopio astronómico, con evidentes ventajas en el campo de la fotografía estelar.

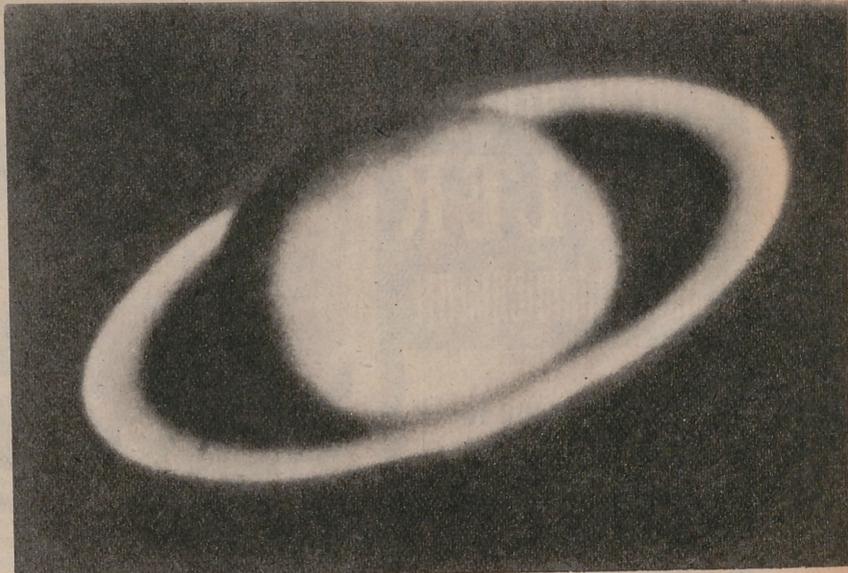
También la renacida Alemania se luce en esta exhibición. La Casa Fuess, de Berlín, ha destacado especialmente a uno de sus mejores técnicos, con objeto de montar una serie de aparatos meteorológicos verdaderamente revolucionarios. Entre ellos, el «Barolux», nuevo tipo de barómetro, cuya mayor precisión con respecto a los de mercurio es indiscutible.

No cabe reseñar aquí, naturalmente, todo lo que contiene este certamen, instalado en el segundo piso del palacio de la Virreina, en pleno corazón de las Ramblas y de Barcelona. Pero, por lo menos, completaré esta información añadiendo que la Argentina presenta una enorme bibliografía y una síntesis de todos los trabajos ejecutados en el Observatorio de Física Cósmica de San Miguel, que fundó hace diez años el sabio jesuita español reverendo padre Ignacio Puig. El Canadá aporta, entre otras, una maravillosa fotografía del cúmulo de Hércules, con sus 90.000 estrellas hacinadas en forma de plato (no confundir con un «plato volante»). Trieste, ya italiana, tiene una importante participación dentro del «stand» dedicado a Italia: una serie de fotografías obtenidas con el «último grito» en materia de óptica astronómica, o sea, el famoso telescopio Tasselli, de 1,80 metros de apertura, inventado por Guido Horn d'Arturo, a base de espejos ensamblados... Las fotografías son de una nitidez extraordinaria, que dice mucho en favor de este nuevo instrumento.

En fin; Suiza presenta los más modernos y variados tipos de cronómetro, ¿cómo no?; La Unión Sudafricana—muy interesante para nosotros, por hallarse en el hemisferio opuesto—aporta un estupendo Atlas Estelar del Hemisferio Sur y varias fotografías de cometas y de Marte. Y Portugal y Grecia, aparte el meticuloso y ya tradicional trabajo del Sindicato Nacional dos Engenheiros Geógrafos, contribuyen con excelentes fotos del eclipse total de Sol visto en Jartum, en 25 de febrero de 1952, y el director del Observatorio de Atenas, doctor Focas, con sus inimitables estudios sobre Venus y Marte.

LA APORTACION ESPAÑOLA

Casi todos los Observatorios de España están presentes en la Virreina, desde el de Madrid, al propio Observatorio de la Agrupación Astronómica «Aster», cuya cúpula ciudadana mira al cielo desde el número 71 del barcelonés paseo de Gracia. Los Observatorios de San Fernando (Cádiz), del Ebro (Tortosa), Cartuja (Granada), Fabra (Barcelona), Pratdesaba (Vich)..., ven completada su aportación por distintas casas de óptica barcelonesas, el



A casi 3.000 metros de altura, los astrónomos de Pic-du-Midi obtuvieron esta maravillosa fotografía de Saturno, que figura en la Exposición de la Virreina



Dos extraordinarias vistas de Marte, en las que aparece una ligera diferencia de diámetro que corresponde a la altura de la atmósfera marciana

Instituto Kavex entre ellas, la Fundación Experimental Menora Alsina y otros centros catalanes que sería largo de enumerar aquí.

La Agrupación Astronómica «Aster» presenta trabajos de todas sus Comisiones de estudio, libros y otras ediciones resumiendo su labor y una completa Sección de mapas antiguos, entre los cuales hay una estupenda reproducción del de Juan de la Cosa, que dicen que sirvió a Cristóbal Colón para descubrir América. Pero en una Exposición—y más si es astronómica—lo que cuenta es lo que se ve y no lo que se dice... Y lo que se ve en la Virreina es mucho y bueno, de modo que desde los estudios diarios del Sol, hasta los dibujos relativos a la última oposición de Marte, los muchachos de «Aster» se acreditarán, una vez más, de excelentes astrónomos, al propio tiempo que, con el éxito extraordinario de su original Exposición, habrán cumplido nuevamente con su divisa: «Divulgar la Astronomía a todos».

Si la idea era buena, la realización aun ha sido mejor, porque la Delegación en Barcelona del Ministerio de Información y Turismo ha acogido con gran sim-

patía los desvelos de «Aster»—cosa natural tratándose de astrónomos y de periodistas—y ha dado, con su patrocinio, un relieve extraordinario a este certamen internacional. Puede decirse, pues, que la Astronomía acaba de recibir los honores oficiales de cuantos formamos parte de este gremio tan curioso, que todo lo mira y lo ve, llamado Prensa.

Y fruto de esta colaboración ha sido el ofrecer a la curiosidad de todos—periodistas y no periodistas—los últimos paisajes del cielo. Ahora todos estaremos «a la page». La última noticia de Marte la tenemos en un Museo; en el palacio de la Virreina. ¡No malgasten el tiempo, señores! Por espacio de diez días, las llanuras lunares, los casquetes polares marcianos, los anillos de Saturno y la luz de las estrellas más lejanas serán las grandes «vedettes» de las barcelonesas Ramblas, por obra y gracia de un puñado de jóvenes astrónomos, patrocinados por el Ministerio de Información y Turismo y «empujados» por los mejores Observatorios españoles y del mundo entero.

Mario LLEGET

9 AÑOS DESPUES, HITLER MUERE JURIDICAMENTE

El hombre que tenía la prueba del fallecimiento del Führer estaba en un campo de concentración ruso

DURANTE la conferencia de Potsdam, en julio de 1945, el entonces Presidente Truman preguntó a Stalin si creía realmente que Adolfo Hitler había muerto. Stalin contestó sin una vacilación:

—Estoy completamente seguro de ello.

Puede decirse que esta seguridad era compartida por todo el mundo, pese a las leyendas que inmediatamente se pusieron en circulación, y según las cuales Hitler fué visto, sucesivamente, en una isla del Océano Indico, en un castillo de los alrededores de Cannes, en el Tibet, en Suecia, en España, en Patagonia y en otros muchos y distantes lugares del globo. Poco más o menos, los mismos lugares en que había sido visto Martín Bormann.

A título de mera curiosidad recordemos que cuando desapareció Otto Skorzeny de un campo de concentración aliado hubo una buena señora del Canadá que aseguró muy seria que le había visto pasearse por las calles de Montreal montado en un siniestro caballo negro. «Parecía el mismísimo demonio.»

Todo el mundo, repetimos, estaba convencido de la muerte de Adolfo Hitler en el famoso «bunker» de la Cancillería del Reich, y más que nadie, Stalin. Pero existía la misma unanimidad en cuanto a la ausencia de pruebas. Churchill, Truman y Eisenhower preguntaron a Stalin en diversas ocasiones si tenía alguna sobre el fallecimiento del Führer. El dictador rojo contestó negativamente. Pero ello no impidió que la Enciclopedia soviética, en 1951, al ocuparse de Adolfo Hitler, dijese que éste había muerto el 30 de abril de 1945.

Ahora acaba de certificarse oficialmente la defunción del Führer el 30 de abril de 1945, a la vista de un testimonio contundente, y hemos de decir que no se trata de una mera coincidencia de fechas. Realmente el Canciller alemán salió al encuentro de su muerte, de la que él mismo había elegido, el citado 30 de abril. Y los rusos tenían la prueba de ello. Por qué la han guar-



EL ULTIMO CAPITULO DE LA HISTORIA DEL III REICH SIDO ESCRITO EN EL REGISTRO CIVIL DE BECHTERGAU

dado tan celosamente es cosa que nadie puede explicarse; habrá que atribuirlo a su pueril manía de rodearse de misterios.

POESIA Y VERDAD

La controversia sobre la muerte de Hitler comenzó al día siguiente de caer la Cancillería del Reich en poder de los rusos. Los pocos testigos de vista que sobrevivieron a la catástrofe berlinesa hicieron declaraciones contradictorias. Para unos el Führer y Eva Braun se habían suicidado. Una vez muertos, sus cuerpos habían sido incinerados con unos bidones de gasolina y sus cenizas aventadas. Para otros, los dos protagonistas de esta historia wagneriana habían abandonado Berlín bajo los obuses de la artillería roja, tomando un avión y trasladándose a lugar seguro, lejos de Alemania.

He aquí dos testimonios típicos de esta polémica.

Erich Kempka, que había sido chófer de Hitler, declaró que éste y Eva Braun se habían suicidado diez días después de contraer matrimonio.

—Después—añadió—y de acuerdo con las órdenes que me habían dado, roció sus cuerpos con gasolina y les prendí fuego.

A su vez, Peter Baumgart, que había sido piloto del Führer, declaró que éste y Eva Braun habían tomado un avión en el último momento, que los llevó a Magdeburgo, donde Hitler se entregó a los rusos, trabajando después para ellos en la creación de un nuevo Ejército alemán, juntamente con el mariscal Von Paulus, el hombre de Stalingrado.

Como es natural, la versión de Erich Kempka era la más verosímil y a partir de ella cada una de las potencias ocupantes de Alemania hizo sus averiguaciones, con la esperanza de hallar una prueba concluyente. No la encontraron porque, como queda dicho, la tenían los rusos guardada en un pequeño cofre depositado en el mismo Kremlin.

Gran parte de los resultados de estas investigaciones han visto ya la publicidad. Sin duda el trabajo más exhaustivo fué el realizado por un comisionado del

Intelligence Service británico, Trevor Roper, uno de los hombres que más saben hoy sobre la vida y el pensamiento de Adolfo Hitler, y que también ha publicado un interesante prólogo a las «Conversaciones sobre la guerra y la paz» del Führer, según notas taquigráficas coleccionadas por Martin Bormann y sobre cuya autenticidad es muy difícil pronunciarse.

Del ingente trabajo de Trevor Roper se deduce que, en efecto, Hitler tuvo su fin en el «bunker» de la Cancillería en los últimos días de abril de 1945. Pero tampoco pudo aportar pruebas decisivas. Al menos, esas pruebas que exigen los jueces de cualquier país para dar por legalmente fallecida a una persona.

UN OSCURO JUEZ ENTRA EN LA HISTORIA

Declarada la muerte física de Adolfo Hitler, quedaba por declarar oficialmente su muerte civil. De no aportarse una «pieza de convicción», el Führer habría fallecido civilmente el año 1975.

De lo que pudiéramos llamar encuesta civil sobre la muerte del Canciller del Reich fué encargado un oscuro juez de Baviera llamado Heinrich Stephanus, por el mero hecho de que Hitler estaba domiciliado oficialmente en Berghof, Baviera; es decir, en la jurisdicción administrativa de Herr Stephanus. La investigación judicial se abrió por indicación de la Alcaldía de Berchtesgaden. O sea, que se siguió el trámite puramente administrativo.

Fué así como un simple juez de pueblo, habituado a intervenir en los asuntos legales ordinarios de sus vecinos, ha entrado inesperadamente en uno de los dramas históricos más apasionantes de todos los tiempos.

En principio, lo único que se proponía Herr Stephanus era poder certificar la defunción de su ex vecino Adolfo Hitler. Pero después se complicaron las cosas. Un Tribunal de Viena, a petición de Paula Hitler, hermana del Führer, y de Greta Braun, hermana de Eva y en consecuencia cuñada del canciller, solicitó del juez de Berghof noticias sobre el paradero de un «tal» Adolfo Hitler. Ambas mujeres reclamaban, según la ley, los bienes puramente personales de aquél, entre los que figuraba un cuadro de Vermeer, que Hitler había comprado en 1940 al conde Czernin-Morzin. Se trata del célebre cuadro «El artista en su taller».

Herr Stephanus abrió su expediente y comenzó a trabajar sobre el caso en su despacho de Berchtesgaden, instalado en la bodega de un monasterio de franciscanos.

A él fueron llegando todos los informes obtenidos a lo largo de estos años por los agentes especiales americanos, ingleses y franceses, y también los testigos, en número de cincuenta, procedentes de toda Alemania. Se repitió la historia de las investigaciones efectuadas sobre este caso: si bien podía darse por segura la muerte de Hitler, en cambio seguía faltando una prueba. Herr Stephanus había llegado a la conclusión de que sería preciso esperar a 1975, treinta años después

de la desaparición de Hitler, para darle por muerto, según lo establecido por la ley.

Así estaban las cosas cuando el 15 de enero de este año un avión procedente de Moscú aterrizó en Schönefeld, el aeropuerto berlinés en zona soviética.

Este avión traía la prueba que faltaba.

LA MANDIBULA DE HITLER

Veamos lo que había ocurrido con ella. Es toda una historia por sí misma.

En cuanto las vanguardias del Ejército Rojo penetraron en las ruinas de lo que había sido Cancillería del III Reich, un grupo de soldados, al mando de un comandante de la N. K. V. D., comenzó a registrar minuciosamente lo que quedaba del vasto inmueble y a remover los escombros. Sabían que Hitler había muerto y estaban buscando sus restos. ¿Qué encontraron? Entonces no se supo nada. Existía solamente el testimonio de unos soldados alemanes empleados por los rusos en descombrar la Cancillería, los cuales declararon ante un Tribunal de Nüremberg que aquellos habían encontrado unos cuantos huesos y un par de mandíbulas. A esta declaración no se le concedió mucho crédito. Todo lo sucedido en los últimos días de resistencia en el «bunker» de la Cancillería había sido muy confuso. Pero hoy estamos en condiciones de reproducir exactamente esta historia, en todos sus detalles.

Efectivamente, el comandante soviético y sus hombres habían hallado en el «bunker» unos cuantos huesos calcinados y un par de mandíbulas en mal estado. ¿Habían pertenecido a Hitler y Eva Braun? Esto fué lo primero que trataron de averiguar. Sabían que a consecuencia del atentado del 20 de julio de 1944 Adolfo Hitler había perdido parte de su dentadura y que las piezas que le faltaban se las había puesto el odontólogo berlinés que había arreglado la boca de los personajes más relevantes del III Reich: el doctor Blaschke, que vivía en el número 213 de la Kurfürstendamm. Le encontraron en su clínica y le trasladaron al cuartel general de la N. K. V. D. en Schweinbech. Allí se le unieron sus principales ayudantes, Haase, Catalina Haussermann y Fritz Ehtmann.

Todos ellos fueron conducidos, a mediados de mayo de 1945, a un despacho de la N. K. V. D. Sobre una mesa había un cofre y dentro de este cofre unos cuantos dientes y un par de mandíbulas.

Ehtmann, que había preparado las prótesis de Eva Braun y de Hitler, fué invitado a dibujarlas, de memoria. El ayudante del doctor Blaschke así lo hizo. Dibujó los dientes y muelas que había colocado en la boca del Führer e igualmente las piezas, en número de nueve, correspondientes a Eva Braun.

El comisario político que estaba en el despacho de la N. K. V. D. abrió entonces el cofre. Se comprobó, comparando los dibujos de Ehtmann con el contenido del cofre, que, en efecto, aquella mandíbula había sido de Adolfo

Hitler y que aquellos dientes habían pertenecido a Eva Braun. No podía existir la menor duda. Allí estaba la prueba que faltaba.

EL REGRESO DE ECHTMANN

Nunca sabremos con qué propósitos los rusos, el 29 de mayo de 1945, metieron en un avión al doctor Blaschke y a sus ayudantes, expidiéndolos a Moscú. En el mismo avión fueron instalados el almirante Voss, de las S. S., que había desempeñado hasta el último momento la jefatura del «bunker» de la Cancillería, y Karl Schneider, jefe del parque móvil de la Cancillería, el cual, juntamente con el ya citado Kempka, había incinerado los cuerpos de Hitler y Eva Braun. Diríase que los rusos deseaban acaparar a los protagonistas supervivientes de este sombrío drama de la Cancillería.

El mismo 29 de mayo de este año el avión aterrizó en Moscú. Todos sus pasajeros fueron internados en la famosa prisión Lubyanka, donde permanecieron hasta noviembre de 1945. En esta fecha, los ayudantes del doctor Blaschke—este falleció en la prisión— fueron destinados a diversos campos de concentración. Ehtmann fué a parar a Vorkuta.

¿De qué se le acusaba? ¿De ejercer su profesión de dentista? Probablemente, Ehtmann no se hacía la menor ilusión de salir con vida de Vorkuta. Pero, inesperadamente, y por alguna razón que no se sabe, los rusos le devolvieron tras nueve inútiles meses de cautiverio. Así, el 15 de mayo de este año, Fritz Ehtmann descendió en Tempelhof—Berlín Occidental— de un avión procedente de Moscú.

Inmediatamente fué interrogado por los agentes amigos de investigación. El pobre hombre contó su historia, que le fué comunicada oficialmente a Herr Stephanus, y éste, siguiendo los trámites rutinarios, le llamó a declarar el 16 de octubre pasado en su bodega de Berchtesgaden. Todo esto se hizo con gran sigilo, pero cuando Ehtmann llegó al Juzgado de Herr Stephanus le esperaban 150 periodistas y fotógrafos. La sesión se hizo a puerta cerrada, pero cuanto en ella se dijo trascendió a la Prensa de todo el mundo.

EPILOGO JURIDICO

Fué así como Heinrich Stephanus dió por liquidadas sus diligencias, escribiendo en el libro de Registro Civil: «Hitler, Adolfo, nació el 20 de abril de 1889, en Braunau, sobre el Inn. Contrajo matrimonio el 20 de abril de 1945 (día de sus cumpleaños) con Eva Braun. Murió el 30 de abril de 1945 en Berlín. No se le conocen hijos».

Adolfo Hitler acababa de morir legalmente, nueve años después de que sus cenizas, juntamente con las de la única mujer que había amado, se las llevó el viento de fuego y de pólvora en que se consumía Berlín. Aquel mismo día terminó la historia y comenzó la leyenda, y ésta también acaba de morir ahora en la prosa escueta de un Registro Civil de Berschtesgaden, una vez atalaya del águila y hoy curiosidad turística.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

9 AÑOS DESPUES HITLER MUERE JURIDICAMENTE

EL HOMBRE QUE TENIA LA PRUEBA DEL FALLECIMIENTO DEL FÜHRER ESTABA EN UN CAMPO DE CONCENTRACION RUSO



Un oficial norteamericano conversa con un soldado ruso sentado a la mesa del despacho del Führer, en la Cancillería alemana, donde, al parecer, murió Hitler. Vea esta información en la página 62

EL ULTIMO
CAPITULO DE LA HISTORIA
DEL III REICH HA SIDO
ESCRITO EN EL REGISTRO
CIVIL DE BECHTERGADEN